

LA TRAMA DEL CLUB

IVÁN DARÍO BASTIDAS ARTEAGA

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2022**

LA TRAMA DEL CLUB

IVÁN DARÍO BASTIDAS ARTEAGA

Trabajo de Grado

ASESOR:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2022**

“Las ideas y conclusiones planteadas en el siguiente trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1º del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, 23 de agosto de 2022

A mi hijo de otra madre, Manuel Alejandro.

AGRADECIMIENTOS

El autor desea expresar sus agradecimientos:

A la Universidad de Nariño, por brindarme los espacios y herramientas para mi desarrollo integral.

Al Departamento de Humanidades y Filosofía, al cuerpo de profesores y en especial al Magister Gonzalo Jiménez Mahecha, por sus enseñanzas, su dedicación y paciencia.

A mis padres, por enseñarme el valor de la palabra.

RESUMEN

Al perder a sus padres, Gabriel, un muchacho joven e inexperto descubre un secreto: sus padres habían robado las identidades que utilizaban, por lo que él mismo comienza a dudar de su propia identidad. Luego, en su vida aparecen diferentes actores. La forma de actuar, influenciado por los demás, y también por el uso de medicamentos, cambia; lucha por construir una identidad casi a diario. Al descubrir la existencia de un extraño Club que roba las identidades de las personas y enfrentarlo, lo pierde todo, pero, a la vez, llega al interrogante respecto a si alguna vez ha tenido algo. El poder de la burocracia, imperceptible para él todos los años que había vivido, parece ser monstruoso y acaba por engullirlo y también a sus allegados.

Palabras claves: escritura, ficción, Literatura, narrativa, novela.

ABSTRACT

With the loss of his parents, Gabriel, a young and inexperienced boy, discovers a secret: his parents had stolen the identities they used, so he begins to doubt his own identity. Then, different actors appear in his life. The way of acting, influenced by others, and also by the use of medications, changes; he struggles to build an identity almost daily. When he discovers the existence of a strange Club that steals people's identities and confronts him, he loses everything, but, at the same time, he comes to the question of whether he has ever had anything. The power of the bureaucracy, imperceptible to him all the years he had lived, seems to be monstrous and ends up engulfing him and his relatives as well.

Keywords: fiction, Literature, narrative, novel, writing.

CONTENIDO

	Pág.
PRESENTACIÓN	11
IDENTIDAD, INMORTALIDAD, BUROCRACIA	11
NOVELA, ESCRITURA, FORMACIÓN	17
LECTURA, ESCRITURA Y PENSAMIENTO	21
BIBLIOGRAFÍA	25
LA TRAMA DEL CLUB	27
PARTE I. LA LÁPIDA EN EL MALETERO	28
PARTE II. EL CLUB DE LOS MUERTOS	59
PARTE III. EL REENCUENTRO	73
PARTE IV. EL CAMBIO	140

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. La carga de la lápida	29
Figura 2. El Club de los Muertos	60
Figura 3. Un muerto doble	82
Figura 4. El medicamento	109
Figura 5. El sepulturero	113
Figura 6. Daniel	122
Figura 7. El candidato	128
Figura 8. Golpear un nombre	152

PRESENTACIÓN

La trama del Club es un ejercicio de creación en el área de Literatura, que trata de reinterpretar hechos de la vida cotidiana. La ficción tiene una innegable relación con el mundo real, pues, aunque de vez en cuando se la obvie, la realidad está repleta de historias, y el escritor no es más que, al citar a Ronald Tobías y establecer un símil entre la figura del escritor y el guionista, “un explorador de la condición y la naturaleza humana”.¹

Entonces, *La trama del Club* surge de la idea de preguntarse por el sujeto frente a la burocracia, y la incertidumbre ante su negación, en una sociedad sistematizada a tal punto que la suplantación y el robo de identidades no es una utopía, sino una realidad: personajes que llevan nombres recordados debido a su poder o su dinero en una organización son la proyección de infinitas formas de permanencia que provee el mundo real y que se trasladan a la ficción.

Otros elementos propios de la ficción que se quiere representar son el poderío de un sistema y el peligro que implica ese poder, la sensación de la falta de identidad y la influencia de personajes u otros actores sobre la propia concepción identitaria. Desde el punto de vista pragmático, la creación de esta novela se desarrolla, no solo como la constatación de las capacidades personales y profesionales de un docente, sino también como la expresión enriquecida del espectro social; esta es una ficción, como la gran mayoría, a la que se le adjudican criterios y valores éticos y morales, que toman como base su relación personal con la realidad.

IDENTIDAD, INMORTALIDAD, BUROCRACIA

la vida es infinitamente más extraña que todo cuanto la mente del hombre podría inventar. No osaríamos concebir ciertas cosas que resultan verdaderas en lugares comunes de la existencia.²

Con estas palabras, Sherlock Holmes advierte a Watson que la existencia de situaciones hilarantes o fantasiosas, por descabelladas que parecieran, son factibles de ocurrir en la realidad. Así comienza su relato *Un caso de identidad*, que es una representación de la avaricia, un sencillo acertijo que se resuelve con bastante rapidez y sin dificultades, pero ya advertía sobre los problemas de la identidad como tal.

La historia de la humanidad está repleta de luchas, que son la transformación de la eterna competencia por la supervivencia de los más aptos; esto se denomina, si se evoca a Darwin, evolución o selección natural, pero no es aplicable únicamente al ámbito biológico, sino también al social. Dados los contratos que supuso la creación de un Estado, estas luchas se ven mediadas por leyes y, dentro de las leyes, se incluye el concepto de identidad como un

¹ Ronald B. Tobías. *El guion y la trama. Fundamentos de la escritura dramática audiovisual*. Madrid: Ediciones internacionales universitarias, 1999, p. 2.

² Arthur Conan Doyle. *La aventura de un caso de identidad*. Disponible en: 130017.pdf (biblioteca.org.ar), p. 1.

derecho fundamental, puesto que, en un Estado organizado, la identidad supone la existencia misma y otorga acceso a beneficios y derechos civiles:

Cada sociedad particular llega a comprender su fuerza; esto produce un estado de nación a nación. Los particulares, dentro de cada sociedad, también empiezan a sentir su fuerza y procuran aprovechar cada uno para sí las ventajas de la sociedad; esto engendra el estado de lucha entre los particulares.³

Ese aprovechamiento de ventajas y esa disputa de particulares, mal orientada, produce la concentración de poder o de riquezas; en este caso particular, se aborda la concentración del poder con respecto al individuo y los colectivos, donde se genera su concepción de identidad. En la ficción actual, se representa la difícil relación existente entre los cambios a nivel individual y colectivo en la consecución de la identidad, lo que trae como consecuencia momentos de crisis que destacan la incapacidad del personaje para concebirse fuera de su existencia social y que ahondan en su naturaleza humana; para ello se utiliza un espacio artificial, literario, en el que se puede divergir del ordenamiento social, para reinterpretarlo.

Entonces, el surgimiento de un ser social, que pueda identificar su individualidad y su participación en el colectivo, mediado por esas leyes, es indiscutible. El proceso de formación de identidad se dice dialéctico; es decir, la construcción simbólica de la identidad propia (autodefinición) valida la individualidad del sujeto, mientras tanto la concepción social de identidad, por la cual los sujetos devienen iguales con un grupo específico, al que se cree pertenecer, valida la semejanza o diferencia que se percibe con ese grupo.

El problema que se quiere trasladar de la sociedad a la ficción asimila la existencia problemática de la identidad social, aquella que media el Estado y que, en muchas ocasiones, genera problemas burocráticos, que dan paso a los llamados “ciudadanos invisibles”, que son personas que no gozan de una identidad que les brinde acceso a sus derechos civiles y la agudización de este problema y de otro, recurrente en la sociedad actual, como es la suplantación, dan paso a elementos de la ficción como el Club de los Muertos, que representa esas problemáticas.

Un análisis semántico de la palabra crisis revela conceptos que son ricos en significado psicológico. El término chino de crisis (we/jf) se compone de dos caracteres que significan peligro y oportunidad, concurrentes a un mismo tiempo. (Wilhelm, 1967)⁴

Peligro y oportunidad, dos palabras que bien pueden definir las diferentes etapas en esta narración y, así mismo, lo pueden hacer en la vida humana, sujeta ineludiblemente a cambios, como ya lo había advertido antes el propio Heráclito: “dice que todo pasa; que nada permanece; y comparando las cosas con el curso de un río, dice que no puede entrarse dos

³ Charles Louis de Secondat, Señor de la Brède y Barón de Montesquieu. *El espíritu de las leyes*. Disponible en: https://www.sijufor.org/uploads/1/2/0/5/120589378/esl_espiritu_de_las_leyes_montesquieu_31000000630.pdf, p. 5.

⁴ Karl A. Slaikeu. *Intervención en crisis. Manual para práctica e investigación*. México: El Manual Moderno, 1987, p. 16-17.

veces en un mismo río”,⁵ cambios que en la vida humana los suscitan factores externos, como situaciones problemáticas, o bien internos, como la comprensión de la naturaleza propia del individuo.

Pero la creación de esta y de cualquier ficción, para parafrasear la concepción de Saer, no tiene como finalidad eludir, ni tergiversar la verdad, pues esta verdad no es un antónimo de la ficción, ni tampoco pretende la ficción convertirse en un artificio de la subjetividad; todo lo contrario, Saer da cuenta de la importancia de la ficción como un plano extenso para la resolución de conflictos que, en la realidad inmediata, son mucho más limitados y rudimentarios, pues es, en definitiva, la imitación de la realidad, combinada con elementos imaginarios, utilizada por el autor, que crea una visión del mundo en la que se propician diferentes alternativas de tratamiento para los problemas.

Escribir sobre algo es intimar con ello, precisando, no únicamente los aspectos intelectuales del objeto sino también, y, sobre todo, los emocionales.⁶

Inherentes a la propia existencia humana, dice Tobías, “las ficciones fluyen en el aire”⁷ y son, por tanto, la reinterpretación de fenómenos que acontecen allí, en la realidad, y que, al llevarse a la ficción, se convierten una imitación enriquecida; se desea explotar la emotividad y la racionalidad en aspectos propios de la realidad, con la utilización de la ficción en forma catártica.

En este mismo sentido catártico emerge la faceta pedagógica de la creación literaria, pues la relación entre el texto y el lector se suscita a raíz de la pertinencia de la trama y su conexión con la visión del lector que a su vez le reconoce credibilidad a la narración y establece una conducta ética guiada por los juicios valorativos propios del texto.

La infinitud de peripecias que el autor plasma en la narración, si bien son métodos para problematizar y, a la vez, plantear alternativas de solución, guías que, de forma directa o indirecta, buscan proponer cambios o crear elementos propios para la vida y el desarrollo de la sociedad, no busca únicamente quedarse en el hecho de ser un acto de creación estético o técnico, sino ir más allá, a esa transformación personal y social que se valen de elementos tales como la comunicación y la ejemplificación de valores en la ficción a ocurrir.

La figura utilizada para que se lo llevase a cabo es la del héroe; sin necesidad de reconocer actitudes heroicas, siempre se representan en él esas virtudes éticas o morales presentes o alcanzadas y que plantean esa idealización que quiere alcanzar para incidir en los demás; señala Campbell: “El efecto de la aventura del héroe cuando ha triunfado es desencadenar y liberar de nuevo el fluir de la vida en el cuerpo del mundo”.⁸

⁵ Platón. *Cratilo o De la exactitud de los nombres*. Edición electrónica de www.philosophia.cl / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. Disponible en: <https://www.philosophia.cl/biblioteca/platon/Cratilo.pdf>, p. 21.

⁶ Slaikou, *Op. cit.*, p. 78.

⁷ Tobías, *Op. cit.*, p. 9.

⁸ Joseph Campbell. *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. México: FCE, 1972, p. 30.

La falta de experiencia, la juventud, la ingenuidad, el enfrentamiento a una realidad desconocida y burocratizada son ejes temáticos que se han propuesto con frecuencia, sobre todo para abordar las inquietudes de cara al futuro de personas desorientadas, poco preparadas o superadas por la realidad social, algo incompatibles con la convivencia en sociedad, pero, también, y no menos importante, la Literatura crea lazos, vínculos que promueven actitudes críticas, y humanizadoras, al apelar a la emotividad para llevarse a cabo.

Por otro lado, el trato que recibe la sociedad, claramente ficcional en esta obra, es una reinterpretación del mundo; este es un mundo donde priman la ambición y las ansias de poder, un mundo donde el Estado administra la capacidad de ser de los individuos y la niega o la acredita de acuerdo con parámetros burocráticos, en su mayoría documentos legales que, en este caso particular, favorecen la conservación de las riquezas o el poder, con afectación, en forma directa, para otro u otros.

Mucho antes, ya había escrito Cervantes, en el *Coloquio de los perros*, donde ahonda en temáticas, increíblemente actuales, tales como la supervivencia contra las injusticias sociales, la perversión generada por el poderío de aquellos que lo ostentan y la avaricia, cuando señala: “pocas o ninguna vez se cumple con la ambición, que no sea con daño de tercero”.⁹

Resulta que esa condición humana, esa naturaleza contradictoria y problemática, se representa en la ficción y el autor trata de participar como creador de juicios valorativos. Irremediablemente, como ya se ha mencionado, la ficción y la Literatura guardan una relación de reciprocidad con la realidad, que le provee a la ficción problemas que son la proyección del eterno conflicto de las sociedades humanas y, mientras tanto, la ficción trata de darles un término, educar en valores y principios a través de ejemplificaciones que, aunque pudieran sonar inverosímiles, son muy reales.

Pero la forma en que se constituye una ficción requiere de una reinterpretación y organización del mundo trasladado a ella; según Eco,

La narrativa es, en primer lugar y principalmente, un asunto cosmológico. Para narrar algo, uno empieza como una suerte de demiurgo que crea un mundo, un mundo que debe ser lo más exacto posible, de manera que pueda moverse en él con absoluta confianza.¹⁰

La construcción ordenada de esa realidad, por ficcional que fuese, debe resultar creíble; el autor debe, según Eco, “construir el mundo narrativo, que marca el estilo de la novela”.¹¹ Esa credibilidad en el autor proviene de la demostración del funcionamiento de ese mundo específico, manifestado intrínsecamente en la actuación de los personajes existentes y el funcionamiento de su entorno.

Las responsabilidades y deberes adquiridos por la participación en la sociedad también constituyen esa identidad de los personajes en el texto y su relación con su entorno organizado; sobre ese individuo, señala Joseph Campbell, ejerce una función como “órgano

⁹ Miguel de Cervantes Saavedra. *Coloquio de los perros*. Biblioteca Virtual Universal, p. 11.

¹⁰ Umberto Eco. *Confesiones de un joven novelista*. Editor digital: Titivillus, 2015, p. 21.

¹¹ Ibid., p. 26.

de la sociedad”.¹² Análogamente a la participación en la sociedad, la sensación de individualidad y, sobre todo, de identidad, se halla desprovista de una confirmación lícita que no evoque duda alguna, sino solo tiene confirmación en la sociedad en un escenario como el que plantea *La trama del Club*, ya que a la existencia la median unos entes burocratizados; la identidad no es sino la propia existencia, tal como lo reconoce Viktor E. Frankl cuando narra:

Mientras esperábamos a ducharnos, nuestra desnudez se nos hizo patente: nada teníamos ya salvo nuestros cuerpos mondos y lirondos (incluso sin pelo); literalmente hablando, lo único que poseíamos era nuestra existencia desnuda.¹³

No obstante, también se abordará la figura del burócrata y una de las diversas formas de permanencia, de alguna forma, simbólica. Resulta que, para la sociedad actual, la organización estatal se vale de mecanismos y organizaciones para ejercer su poder; cada escalafón o cargo en ese organigrama administrativo se ejerce desde, señala Webber, “documentos escritos o archivos”,¹⁴ lo que imposibilita una serie de delitos contra la identidad, que se diversifican en función de aquello que se desea obtener, usualmente dinero, servicios o poder. Esta es una realidad, pero aquí mismo se subvierte el aporte de la realidad a la ficción, dado que la imagen ficcional es la representación de un modo de concebir un problema y una alternativa de tratamiento que propone el escritor.

Este es el caso de escritores que han querido plasmar la incidencia, dado su poder cohesivo, del Estado sobre quienes lo componen, que no es un tema ajeno a interpretaciones de grandes autores como, por ejemplo, George Orwell, en su novela *1984*, en la que da cuenta de una sociedad futurista, controlada en extremo, subyugada y desprovista de toda capacidad o virtud reconocible, una sociedad vigilada, controlada y castigada. Más que reconocer la capacidad de Orwell para imaginar una idea semejante, su representación de un poder totalitario en las ideas del Estado llama poderosamente la atención. Las individualidades de los sujetos en la obra se exaltan, pues, en la realidad con que ellos conviven, desaparecen. Los únicos que se ven eximidos de ello son un pequeño porcentaje de la población, quienes, además, deciden sobre cómo reescribir la historia, qué enseñar y qué resulta ética y moralmente correcto.

Esa representación de una sociedad ansiosa de poder, desigual y masificada entrega la visión de la naturaleza humana, y provee pautas para entender la concentración de poder y su importancia, no solo económica, sino ideológica, pues plantea Orwell que “El poder no es un medio, sino un fin en sí mismo”.¹⁵ Por mencionar otro ejemplo, en la novela póstuma de Franz Kafka *El proceso*, se narra ese poderío de grupos sectarios pertenecientes al gobierno, compuesto por personas poderosas que ejercen un gran poder y calumnian al protagonista, en este caso “K”; se representa una justicia que se advierte intervenida y manipulada, que

¹² Campbell, *Op. cit.*, p. 210.

¹³ Viktor E. Frankl. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, 1991, p. 23-24.

¹⁴ Max Weber. *¿Qué es la burocracia?* Libros Tauro, p. 6.

¹⁵ George Orwell. *1984*. Disponible en: <http://www.suneo.mx/literatura/subidas/George%20Orwell%201984.pdf>, p. 100.

actúa de formas arbitrarias y, además, lo hace con torpeza. Reconoce Kafka, en la voz del personaje “K”, cuando lo someten a interrogatorios y arrestos:

no hay ninguna duda de que detrás de las manifestaciones de este tribunal, en mi caso, pues, detrás de la detención y del interrogatorio de hoy, se encuentra una gran organización. Una organización que, no sólo da empleo a vigilantes corruptos, a necios supervisores y a jueces de instrucción, quienes, en el mejor de los casos, sólo muestran una modesta capacidad, sino a una judicatura de rango supremo con su numeroso séquito de ordenanzas, escribientes, gendarmes y otros ayudantes, sí, es posible que incluso emplee a verdugos, no tengo miedo de pronunciar la palabra.¹⁶

Entonces, se reconoce que aquella organización estatal es un tema recurrente donde se representa al individuo como una parte muy ínfima de todo un sistema.

Otra concepción interesante es la de J. D. Salinger, cuando, en su novela *El guardián entre el centeno*, muestra a un joven Caulfield indeciso y poco preparado para la vida en general, lo que se expresa desde su poca adaptación a la vida escolar y civil, en una transición de la niñez a la juventud, y un choque con el mundo, que parece no comprender; además, un incesante cuestionamiento sobre algunas cosas lo turba, pero muestra un desprecio absoluto por casi todas ellas. La crisis de identidad que padece el protagonista Holden Caulfield es recurrente en el mundo actual, pues personas que no se pueden adaptar a una vida en sociedad o simplemente les cuesta más de lo común abundan y Caulfield es una representación bastante fidedigna de esa población específica.

Entonces, se convive con una realidad repleta de historias, donde la literatura juega el papel de representación ficcional de problemas sociales, culturales o personales innegables. Anatole France, por ejemplo, precisa que en el mundo real existe la maldad, la ineptitud, el vicio; el mundo, señala, es un mundo suficientemente grande para dar paso a la imperfección de la humanidad; es el mal casi como una necesidad, se precisa de él para que se pudieran destacar las virtudes y el bien mismo; aun conociendo la naturaleza humana, se afirma acerca de su visión del hombre: “nada humano le era extraño”.¹⁷ De alguna forma, la avaricia y el ansia de poder siempre han sido una señal representativa de una humanidad inconforme, pero necesaria en tal magnitud, según France, que denomina al vicio como: “el colorido de la existencia”.¹⁸

Para concluir y establecer un símil entre la literatura y la realidad, a ciencia cierta resulta que la búsqueda incansable, de los protagonistas de *La trama del Club*, de esa identidad social, mediada por procesos burocráticos, se supone, en primera instancia, para no formar parte de esos “ciudadanos invisibles” y recuperar sus derechos civiles, pero las circunstancias que acarrea la burocratización de ciertos aspectos de la vida, aunque necesarias, constituyen una

¹⁶ Franz Kafka. *El proceso*. Disponible en: <http://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/Kafka,%20Franz%20->, p. 32.

¹⁷ Jaime Scolnik. Anatole France, su vida y sus obras. *Revista de la Universidad de Córdoba*. Año 25, No. 56 (1938), p. 18. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/REUNC/article/view/10343/11049>

¹⁸ Ibid., p. 20.

problematización que se ha adjudicado, como lo anticiparía France, como un mal “imaginario”; así, señala:

Lo que sucede es que nadie se conforma con su suerte. La enfermedad, las penas, las preocupaciones del dinero, devoran a los mortales. Los que poseen, temen perder y son más infortunados que los que no poseen. Los oscuros quieren brillar; los ilustres, brillar aún más. En fin, los que no tienen males reales, los tienen imaginarios.¹⁹

NOVELA, ESCRITURA, FORMACIÓN

La educación superior debería desarrollar en el estudiante la conciencia de la importancia de la literatura en muchas formas. Pero como la literatura desempeña un papel vital en la educación orienta a formar ciudadanos del mundo.²⁰

Escribir, como una actividad educativa tradicional, conlleva bastantes beneficios; aparte de ser un ejercicio que mejora aspectos formales del lenguaje como la correcta utilización de reglas ortográficas, plantea ventajas como la adquisición de un vocabulario más amplio y da apertura a la imaginación; así mismo, la habilidad de escribir se correlaciona con la lectura, anota Larrosa, luego, para mejorar aspectos como la competencia lectora y aprehensión de conocimientos, pero no únicamente es útil en el sentido estricto de la mejoría de la utilización del lenguaje; además, señala Nussbaum, forma ciudadanos del mundo. En seguida, se entenderá de mejor forma cómo se correlaciona la Literatura con el quehacer de un docente como formador, y la relación de la Literatura, en el proceso formativo, no solo para el docente en su rol como creador de una producción literaria, sino, también, como transmisor de esos mismos conocimientos y formador de seres integrales.

El cerebro, durante los procesos de lectura y escritura, capta información y la traduce en creación de nuevas ideas; esta formulación se establece mediante la reflexión sobre pasajes emotivos, racionales o de cualquier otra índole; en una narración, por ejemplo, las situaciones, personajes y características del contexto le brindan al lector un panorama semejante a la realidad o, al menos, recrean muchos de sus elementos propios, para alcanzar así verosimilitud, no en tanto realidad inmediata, sino como descubrimiento de la naturaleza humana y creación de juicios valorativos, para que, a través de la narración de un hecho, se pudieran sacar conclusiones, deducciones o intuiciones, lo mismo que constituye el ejercicio de la imaginación.

Una visión no tan formal del proceso de creación literaria lo plantearía William Faulkner, cuando, al recibir el Premio Nobel de Literatura reconociera que aquel era un premio a su trabajo, más que a sí mismo como individuo, y argumentara que la única finalidad de la

¹⁹ Ibid.

²⁰ Martha Nussbaum. *El cultivo de la humanidad*. Barcelona: Paidós, 2012, p. 121.

escritura o, al menos, su propósito más adecuado era el relativo a escribir sobre “el conflicto del corazón humano consigo mismo”. Diría, entonces:

El deber del poeta, del escritor, es escribir acerca de estas cosas. Es un privilegio aligerar el corazón del hombre para ayudarlo a resistir, al recordarle el valor y honor y orgullo y esperanza y compasión y caridad y sacrificio que han sido la gloria de su pasado.²¹

Según Faulkner, no hay discusión sobre el uso de la Literatura, la ficción misma sirve como repositorio para ahondar en las desdichas del corazón humano, en su naturaleza. La única forma de escribir, plantea, consiste en sopesar en ella la tragedia de la humanidad. A través de la exposición de momentos, sucesos y personajes se puede evidenciar la relación propia de la realidad con la ficción y la injerencia de esta última en la primera para aquel que lee. Para el educador, la Literatura cumplirá el papel de una alternativa eficaz para el desarrollo humano:

La escritura es una herramienta particularmente útil para estimular el desarrollo cognitivo y lingüístico, que beneficia a la educación global del estudiante, a su desarrollo social en el futuro y a su participación en una sociedad democrática.²²

A partir de la palabra escrita también se puede educar; esto resulta innegable, pues, al entrar en las consideraciones éticas o morales propias de una narración, se termina, en última instancia, por acudir al encuentro más íntimo, el de sí mismo, el del hombre. Y sucede que, al explorar tanto las pasiones humanas como su razón, se ayuda a la formación propia de criterios de valor para afrontar problemas éticos, morales o espirituales. La formación integral de seres con capacidad crítica se inicia, entonces, desde el mismo acto de escribir, pues se requiere de diferentes procesos de construcción y transformación, inevitables para la identificación de rasgos personales y propios que, al verlos representados en una obra, alude a la persona, puesto que la pone en el papel de juez y, como resultado, señala Larrosa, afecta y mueve la subjetividad.

Si bien la narración tiene como finalidad primordial relatar una historia, también abarca dentro de sí diversos procesos de análisis, significación, argumentación y resolución, pues se ejercita la capacidad intuitiva y sentimental del lector, y a estas características, la intuición y la sentimentalidad, las reconoce Howard Gardner como intrínsecas a cualquier representación artística, como lo es, por ejemplo, la Literatura, y allí se le da valor a una narración.

Por otro lado, plantea Larrosa, la lectura de cualquier obra incita a la escritura y la escritura incita a la lectura: “Leer y escribir son, en el estudio, haz y envés de una misma pasión”,²³ pues el ejercicio constante de ambas actividades se ve como recíproco y al formular el hábito

²¹ William Faulkner. “Entrega Premio Nobel”. Discurso pronunciado al recibir el Premio Nobel en 1950. Disponible en: <https://www.retoricas.com/2010/05/discurso-faulkner-entrega-nobel.html>

²² Lennart Björk e Ingegerd Blomstrand. La escritura en la enseñanza secundaria. Los procesos del pensar y del escribir. Barcelona: Graó, 2006, p. 1.

²³ Jorge Larrosa. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México: FCE, 2008, p. 9.

de leer y, en correspondencia, una actitud creadora, como ya se había anticipado, esta ficción surge de una lectura y reinterpretación constante de sucesos propios del contexto.

Además, el sentido social y cívico de la novela es el de la representación de la realidad en cualquiera de sus manifestaciones, bien fuesen de carácter cultural, económico, ético, moral, político o espiritual, y la transformación de la individualidad de quien lee, pues esa confrontación de su realidad con las representaciones enriquecidas, propias de la Literatura, que se aprovisionan de ella, ofrecen momentos en los que se motiva a la elección en cuanto se plantean dilemas de cualquier índole que bien puede hallarse que suceden en el mundo real, la formulación de distintas formas de tratar problemas que se presentan en la realidad y se diversifican en el texto.

Nussbaum, a partir de su acercamiento a las novelas y, sobre todo, a los personajes de Dickens, afirma que la novela en muchas ocasiones propone la existencia alternativa de “hombres y mujeres más o menos similares” a ella (el modo en que Dickens describe a las personas que sus personajes encuentran, cuando leen novelas) que han vivido en forma diferente de la suya, en un relato de cosas que podrían ser de otra forma,²⁴ de tal modo que cada caso en particular lo aborda la Literatura desde la percepción particular, y se crearán juicios valorativos personales; como señala Nussbaum, se da paso a la valoración de la narración, al interpretarla y evaluarla de diversas formas.²⁵ La creación, así como la lectura de una narración exige, pues, de una constante verificación de aquello que acontece en el mundo ficcional, en tanto puede ser factible que ocurriera en el mundo real, es posible. Según Nussbaum, en una alusión a Booth, señala que se exigen elementos tales como tanto “la inmersión como la conversación crítica, porque nos insta a comparar lo que hemos leído, no sólo con nuestra experiencia sino con las reacciones y argumentaciones de otros lectores”.²⁶

La cotidianidad se trata con cierta semejanza, de modo que, para aquel que lee o escribe, resulta innegable, por ficcional que pareciera, que un personaje puede asemejarse ampliamente a él o representar su situación personal; esto plantea Nussbaum dada la caracterización individual de personajes que, en mayor o menor medida, han de parecerse a las personas. De allí que la extracción de recursos éticos o morales, de modos de actuar o de formas de tomar una decisión se influyan por el mismo carácter de los personajes, así como, en la novela, la hondura de cada individuo se puede hallar contenida en los rasgos básicos que se crean más propias de un personaje y ello puede llevar a la identificación con él; señala Nussbaum que: “Las deliberaciones abstractas de la novela, pues, surgen de vidas humanas concretas y expresan sólo una parte de la riqueza interior de esas vidas”.²⁷

²⁴ Martha C. Nussbaum. *Justicia poética. La imaginación literaria y la vida pública*. Barcelona: Andrés Bello, 1997, p. 33.

²⁵ Ibid., p. 34.

²⁶ Ibid.

²⁷ Ibid., p. 55.

En la ficción, la interacción de los personajes con su entorno trata, no necesariamente, con la voluntad, pero lo efectúa, casi de forma precisa, para emular la realidad de la índole humana y la relación social; con frecuencia, la cualidad de los seres humanos relativa a la libre elección, se ve exaltada en los personajes, aunque también se suele representar el tipo de participación social y su rol, en tanto actores éticos, morales o cívicos, en los que se ve mermada esa capacidad de elección. La caracterización de los personajes orienta al rechazo o a la aceptación, plantea Nussbaum, pues la situación en que se expresan, afirma que estimula y cultiva la imaginación.

¿Cómo lo logra? Pues, en primer lugar, lleva a que el lector se ubique en ese lugar o en esa situación específica y logre cuestionarse, para dar paso a la formulación; entonces, se ejercita la competencia propositiva, cuando la persona, lector o escritor, se ubica en el lugar o en la situación específica de este o aquel personaje y se pregunta ¿qué haría? o ¿cómo lo afrontaría? Por este motivo, se exalta el carácter educativo de la Literatura y, en este caso, del ejercicio de creación literaria; la formación de criterios y principios individuales se logra a través, usualmente, de la sensibilización e interiorización de sensaciones que evocaran unos valores:

El lector evalúa e interpreta con actitud crítica pero afectuosa, pues el texto lo retrata como un agente social responsable de crear un mundo que puede parecerse o no al mundo que hay en esas páginas, un agente que en la vida debe entablar una relación emocional y práctica con los problemas de la clase obrera y la conducción de los gerentes y dirigentes.²⁸

Es más, en el quehacer docente, la enseñanza de la Literatura, y de la práctica de hábitos de lectura, implica la formación y potenciación de cualidades individuales, competencias útiles para la vida en sociedad, tales como la actitud crítica, la formulación de un punto de vista parcial y la capacidad para emitir juicios de valor. Pero la Literatura no se vale de discursos éticos o morales dirigidos al lector para que, de forma directa, se sintiera aludido; se trata de un trabajo de apropiación basada en el juicio; señala Nussbaum que el lector de novela no busca encontrar en ella directrices sobre cómo actuar, sino formuladas en contextos similares o distintos, ¿por qué no?, pues la novela trata, también, de resultar agradable, entretenida, y, concluye Nussbaum que el lector alcanza “la razón por medio de la tierna luz de la fantasía”.²⁹

Desde el punto de vista formativo, se debe recalcar en que la narración, como ya lo había mencionado Aristóteles, en su *Poética*, no refiere, como sí lo hace la Historia, a la particularidad de un caso acontecido, sino, por el contrario, plantea Aristóteles: “no corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, esto es, lo posible según la verosimilitud o la necesidad”.³⁰

²⁸ Ibid., p. 60.

²⁹ Ibid., p. 64.

³⁰ Aristóteles. *Poética*. Madrid: Gredos, 1974, p. 157.

Para concluir, la educación que es un proceso transversal a la vida misma; tiene como objetivo la adquisición y exaltación de competencias fundamentadas, no únicamente relativas a la individualidad, sino, también, para el desarrollo a nivel social del individuo; para ello, como ya se ha visto, se puede utilizar a la Literatura, pues, además de favorecer con elementos formales en la utilización del lenguaje, ayuda a la transformación personal. La lectura, escritura o análisis de obras literarias enriquece la visión del individuo, para exaltar en él las capacidades críticas, constructivas y analíticas ante las situaciones de carácter individual o social que presenta la sociedad.

LECTURA, ESCRITURA Y PENSAMIENTO

Existen muchas formas de pensamiento, de expresión en la amplia gama de manifestaciones humanas de las cuales el votante deriva el conocimiento, la comprensión, la sensibilidad a los valores humanos: la capacidad de emitir un juicio sano, objetivo que, en lo posible, el voto debería expresar. El pueblo necesita de las novelas, del teatro, de las pinturas, de los poemas, «porque será llamado a votar». Alexander Meikle John, «The First Amendment Is an Absoluten (La Primera Enmienda es un absoluto).»³¹

La definición de “ciudadanos del mundo” invita a lo mismo, a la convivencia en sociedad, pero Nussbaum, en su cita de Alexander Meikle John, muestra que parte de esa convivencia en sociedad se forma a partir de la comprensión de la naturaleza humana y, para ello, se necesitan la lectura y la escritura como una manifestación del pensamiento y las emociones, pero la lectura y la escritura como procesos van más allá de su simple utilización para recabar saberes; en sí mismos, ya constituyen grandes herramientas de pensamiento.

Para demostrar la injerencia del proceso de lectura y escritura en la conformación de saberes o conocimientos académicos, se establece un recuento de las relaciones implícitas en el proceso de lectura y escritura, pero el asunto es identificar la ruta que siguen esos procesos en la conformación de sujetos con capacidad crítica y propositiva. La capacidad intelectual de una persona para aprehender, se dice, requiere de unas herramientas que viabilicen la aprehensión misma; Serrano llama a estas herramientas “instrumentos de estructuración”; dicho de esta forma, como instrumentos, su labor es favorecer la conformación de un “Dominio discursivo fundamental para el ejercicio de la ciudadanía en democracia.”³² Semejante a la concepción de Nussbaum sobre los “ciudadanos del mundo”, busca proponer la educación a través de procesos de conformación de individualidades de “pensamiento y competencia discursiva oral y escrita.”³³

Pero la acción misma de ejercer procesos de escritura o lectura no es una sucesión de hechos ajena a las contratos o convenciones sociales; estos últimos se los adquiere permeados por la cultura del entorno y, también, dictaminan de forma indirecta, cómo se lee o cómo se escribe; es decir, la cultura se expresa a través de rasgos específicos en la relación de las capacidades

³¹ Nussbaum, *El cultivo de la humanidad*, p. 117.

³² Stella Serrano. La lectura, la escritura y el pensamiento. Función epistémica e implicaciones pedagógicas. *Lenguaje*, Vol. 42, No. 1 (2014), p. 3.

³³ Ibid.

intelectuales y cognitivas del hombre con el lenguaje y su asimilación en procesos de escritura o lectura. Esto se presenta inmediato, al menos según Serrano, en su interpretación de Vygotsky, pues afirma que

el lenguaje y el pensamiento se encuentran completamente entrelazados en la vida humana, forman, junto con la atención y la memoria lógica, un sistema de relaciones interfuncionales que caracterizan a la conciencia humana.³⁴

En la educación, el proceso de aprendizaje se entenderá que resulte en la transformación del individuo que ha experimentado la aprehensión y valoración de saberes que lo construyen como un sujeto nuevo. Estos saberes únicamente puede decodificarlos el hombre a través de un sistema de signos, que es el lenguaje. De ahí se conviene como un hecho la necesidad indagar sobre la pertinencia de la lectura y la escritura como procesos mediadores, a través de los cuales se accede al mundo, se lo explora, es posible comunicarse con otros para expresar la propia individualidad a través del lenguaje y, también, el ser humano es capaz de captar conocimientos a través de ese sistema de signos. Esta forma de expresión y aprehensión de saberes mediante la ejecución de procesos de lectura y escritura conforma en sí misma experiencias comunicativas que favorecen el desarrollo del pensamiento.

Al citar a Olson, señala Serrano que el carácter utilitario de las actividades de lectura y escritura reside en su uso para “Operar las ideas, transformarlas y producir nuevos conocimientos”;³⁵ de modo más específico aún, atribuye a la producción de cualquier tipo de texto un carácter fundamentalmente “representacional”; sobre la escritura como proceso, afirma que promueve capacidades, tales como:

a) determinar los significados del mundo y proporcionar definiciones para ellos, y b) transformar las ideas en hipótesis, inferencias y suposiciones que pueden luego transformarse en conceptos, principios y explicaciones, es decir, en conocimiento.³⁶

En la constitución de esa acción de pensar racionalmente es aún más identificable este proceso de la representación simbólica. La novedad de estas representaciones en el proceso lógico de formación de conocimientos indica el uso de los signos como materia fundamental de las abstracciones, aquellas que invitan al diálogo con el pensamiento, para desarrollar así conocimientos nuevos y, por ende, transformaciones en el individuo como una consecuencia casi natural. Por ello la importancia de la escritura conforma lo epistémico, que “se refiere a los modos como se usa el lenguaje escrito para construir conocimiento y aprender”.³⁷

Hasta ahora se ha intentado entender la actividad de escribir; de forma más específica, se ha encontrado en afirmaciones como las de Serrano, en que se detallan los procesos de escritura como productores de conocimiento y, además, escribir como una labor que desarrolla el pensamiento. Así mismo, la lectura se entiende como un proceso de significación, construcción y aprehensión. La

³⁴ Ibid., p. 4.

³⁵ Ibid., p. 5.

³⁶ Ibid.

³⁷ Ibid., p. 6.

persona que lee lo lleva a cabo con el aporte de su subjetividad a la lectura; desde sus expectativas hasta sus experiencias, todo incide en la lectura de un texto.

Ya que se ha referido al lenguaje como ese sistema simbólico de comunicación, se requiere, también, de su decodificación. La activación de diferentes procesos en la ejecución de la actividad lectora lleva al ejercicio crítico y orientador; el lector no se halla en un rol pasivo, sino activo y constructor. La comprensión del texto requiere de un diálogo interno, un cuestionamiento, unos juicios, la valoración de algunos elementos y el reconocimiento de relaciones textuales o intertextuales a diversos niveles.

Así se plantea el “potencial epistémico” como un concepto atribuible a ambas actividades, lectura y escritura. Esta posibilidad de conocimiento radica no solo en la existencia de textos que contengan signos reconocibles para una lectura mecánica, sino en la propiedad que se conserva en las dos actividades. No solo leer pasivamente, de forma mecánica, sino leer activamente, en una apuesta por ese análisis reflexivo que es, en últimas, el movilizador de la capacidad crítica y creadora.

El conocimiento viejo requiere ser repensado y organizado de manera diferente para volverse compatible con los requerimientos de la tarea redaccional.³⁸

Es evidente que los procesos de lectura y escritura son eminentemente formativos; de allí su necesidad. La correlación de la actividad lectora se muestra claramente en los procesos de significación, análisis, decodificación, etc. Todos estos procesos, en mayor o menor medida, incluyen activamente al sujeto; se requiere de su actividad para que el carácter formador de la lectura se presente. La escritura también aporta facetas muy diferenciadas a la formación; la expresión organizada y elocuente de las ideas requiere de procesos estructurados de pensamiento.

Ahora, si la docencia, ejercida como una labor de enseñanza, requiere de herramientas para su adecuado desempeño, podría decirse categóricamente que ambos procesos (lectura y escritura) sirven como herramientas indudablemente necesarias para la “confirmación y elaboración del saber”;³⁹ la transformación de los individuos en, como lo enuncia Nussbaum, “habitantes del mundo” es similar a la afirmación de Serrano, cuando se refiere a la capacidad que desarrolla el ser humano al leer y escribir “para el ejercicio de la ciudadanía en democracia” y esto es desarrollo humano a través del aprendizaje.

Entonces, la composición de un texto adecuado debe cumplir unos requerimientos necesarios, como, por ejemplo, una serie de reglas, gramaticales, estructurales, o características para llegar a producir conocimiento. Acerca de esta posibilidad de “incidir” sobre el pensamiento de quien lee, señala Carlino que el autor debe elegir bien la medida de sus palabras, “minimizar” las ambigüedades; puesto que el lector y el escritor no permanecen en una comunicación directa, tienen que valerse de otros medios para organizar sus ideas de modo tal que no se presten a interpretaciones erradas.

Acerca de una constitución formal del libro, propone Carlino que se debe clarificar: qué, para qué y cómo se quiere escribir algo; después, deberá someterse el texto a una aclaración, de tal suerte que se plantea, en el proceso de escritura, un proceso de revisión adecuado y metódico, pues escribir requiere de una organización: “releerlo, pensarlo de nuevo, objetarlo

³⁸ Paula Carlino. *Escribir, leer, y aprender en la universidad. Una introducción a la alfabetización académica*, Buenos Aires: FCE, 2005, p. 24-25.

³⁹ Serrano, *Art. cit.*, p. 19.

y cambiarlo”, plantea Carlino, son labores recurrentes en la conformación de un texto que se precie de tratar de componer un pensamiento.

Sobre este punto recae una importancia especial, pues la labor recurrente de revisar un texto fortalece y construye la misma capacidad de escribir; propone Carlino que hay dos formas o modelos en que se puede abordar la escritura de un texto:

en el primer modelo el que escribe recupera de su memoria lo que sabe sobre un tema y lo expresa en el papel. En el segundo modelo, quien redacta considera la situación retórica en la que compone, es decir, analiza qué quiere lograr con su texto y anticipa expectativas de su destinatario.⁴⁰

Y resulta que ambos son formas válidas en la composición de una ficción; la narración, en diferentes momentos, se constituye a partir de “saberes retóricos” en los que se proponen situaciones hipotéticas, netamente pertenecientes a la ficción, pero, al final, ella siempre se vuelca sobre la naturaleza humana. En varias ocasiones se acude a la experiencia de situaciones para definir pasajes dentro de la creación o al conocimiento específico de una temática; esto resulta, quizá, parte de ese proceso de verificación en cuanto a la validez de lo que se expresa.

Respecto a la lectura de textos para este trabajo se tiene en cuenta el ordenamiento planteado por Carlino: para una adecuada asimilación académica de los textos, el docente asesor orienta la lectura, propone y, a la vez, permite que el autor elija y exponga sus puntos de vista de acuerdo a temáticas concretas, en este caso, útiles para el trabajo. Más allá de entender este proceso de lectura como una construcción de saberes para el autor, se erige como una fórmula aplicable al quehacer docente.

Se podría coincidir en que la escritura funciona como fuente y mecanismo de conocimiento, a través de una serie de procesos de organización y expresión de ideas que concentran diversas etapas de la formulación de razonamientos como método, procesos de evocación de conocimientos y su adaptación; crítica, argumentación, revisión, se anteponen como una forma de entender mejor aquellos conceptos que viven en el hombre o que se requiere aprender.

⁴⁰ Carlino, *Op. cit.*, p. 26-27.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. *Poética*. Madrid: Gredos, 1974. Disponible en: <https://desarmandolacultura.files.wordpress.com/2018/04/aristoteles-poetica-trilingue.pdf>
- Björk, Lennart y Blomstrand, Ingegerd. La escritura en la enseñanza secundaria. Los procesos del pensar y del escribir. Disponible en: [http://www.xtec.cat/~ilopez15/materials/expressioescrita/la escrituraenlaensenanzasecundaria.pdf](http://www.xtec.cat/~ilopez15/materials/expressioescrita/la%20escrituraenlaensenanzasecundaria.pdf)
- Campbell, Joseph. *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. México: FCE, 1972. Disponible en: <https://jpgenrgb.files.wordpress.com/2019/09/campbell.pdf>
- Carlino, Paula. *Escribir, leer, y aprender en la universidad*. Una introducción a la alfabetización académica. Buenos Aires: FCE, 2005. Disponible en: <https://www.aacademica.org/paula.carlino/3.pdf>
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Coloquio de los perros*. Biblioteca Virtual Universal. Disponible en: <https://biblioteca.org.ar/libros/656181.pdf>
- Conan Doyle, Arthur. La aventura de un caso de identidad. Biblioteca Virtual Universal. Disponible en: 130017.pdf (biblioteca.org.ar)
- Eco, Umberto. *Confesiones de un joven novelista*. Editor digital: Titivillus, 2015. Disponible en: <https://docer.com.ar/doc/nes0e0v>
- Frankl, Viktor E. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, 1991. Disponible en: https://www.inaes.edu.py/application/files/6515/8516/6361/RESILIENCIA._FRANKL_VIKTOR_-1979_-_EL_HOMBRE_EN_BUSCA_DE_SENTIDO.pdf
- Kayser, Wolfgan. *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Madrid: Gredos, 1948. Disponible en: <file:///D:/descargas/kayser-wolfgan-interpretacion-y-analisis-de-la-obra-literariapdf.pdf>
- Kafka, Franz. *El proceso*. Disponible en: <http://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/Kafka,%20Franz%20-%20El%20Proceso.pdf>
- Klee, Paul. *Confesión creativa*. Disponible en: <https://descontexto.blogspot.com/2013/07/confesion-creativa-de-paul-klee.html>
- Kundera, Milán. *El arte de la novela*. Disponible en: <https://biblioteca.unedteruel.org/images/img/ElArteDeLaNovelaMilanKundera.pdf>
- Larrosa, Jorge. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México: FCE, 2008. Disponible en: <https://www.studocu.com/es-mx/document/universidad-nacional-autonoma-de-mexico/hisde-la-filosofia-iii/la-experiencia-de-la-lectura-jorge-larrosapdf-version-1-copy/10181853>

Montesquieu, Charles Louis de Secondat, Señor de la Brède y Barón de. *El espíritu de las leyes*. Disponible en: https://www.sijufor.org/uploads/1/2/0/5/120589378/esl_espiritu_de_lasleyes_montesquieu_31_00000063_0.pdf P. 5.

Niño Arteaga, Yesid. *Fragmentos*. Pasto, 2011. Trabajo de grado (Licenciatura en Filosofía y Letras). Universidad de Nariño, Facultad de Ciencias Humanas.

Nussbaum, Martha C. *Justicia poética. La imaginación literaria y la vida pública*. Barcelona: Andrés Bello, 1997. Disponible en: https://kupdf.net/download/nussbaum-martha-justicia-poetica-pdf_58ab882b6454a70421b1eaf3_pdf

Orwell, George. 1984. Disponible en: <http://www.suneo.mx/literatura/subidas/George%20Orwell%201984.pdf>

Ramírez Rodríguez, Jessica Alejandra. *Solum*. Pasto, 2019. Trabajo de grado (Licenciatura en Filosofía y Letras). Universidad de Nariño, Facultad de Ciencias Humanas.

Revelo López, Armando. *Podreunder*. Pasto, 2017. Trabajo de grado (Licenciatura en Filosofía y Letras). Universidad de Nariño, Facultad de Ciencias Humanas.

Salinger, J. D. *El guardián entre el centeno*. Madrid: Alianza editorial, 1995. Disponible en: <http://biblioteca2.ucab.edu.ve/anexos/biblioteca/marc/texto/AAM8264.pdf>

Schiller, Friedrich. *Cartas sobre la educación estética del hombre*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 2016. Disponible en: https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/7709/schiller-con-tapas.pdf

Scolnik, Jaime. Anatole France, su vida y sus obras. *Revista de la Universidad de Córdoba*. Año 25, No. 56 (1938). Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/REUNC/article/view/10343/11049>

Serrano, Stella. La lectura, la escritura y el pensamiento. Función epistémica e implicaciones pedagógicas. *Lenguaje*, Vol. 42, No. 1 (2014): 97-122 Disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/leng/v42n1/v42n1a05.pdf>

Slaikeu, Karl A. *Intervención en crisis. Manual para práctica e investigación*. México: El Manual Moderno, 1987. Disponible en: <http://api.cpsp.io/public/documents/1586729593875-intervencion-en-crisis-manual-para-pract.pdf>

Spang, Kurt. Ética y estética en literatura. Disponible en: <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/2310/1/06.%20KURT%20SPANG%2C%20Etica%20y%20est%3A%20etica%20en%20la%20literatura.pdf>

Tobias, Ronald. *El guion y la trama. Fundamentos de la escritura dramática audiovisual*. Madrid: Ediciones internacionales universitarias, 1999.

Weber. Max. *¿Qué es la burocracia?* Libros Tauro. Disponible en: https://ucema.edu.ar/~ame/Weber_burocracia.pdf

LA TRAMA DEL CLUB

PARTE I
LA LÁPIDA EN EL MALETERO



Figura 1. La carga de la lápida.

CAPÍTULO 1

EN EL CEMENTERIO

Inacabado, el maldito libro está inacabado. Se percató al notar que las palabras se cortaban de golpe. ¡Qué sensación más difícil de describir! Podría decirse que se acercaba a la ira, aunque rápido cambió su parecer; el sentimiento se esfumó. Leer, a duras penas podía hacerlo y, más aún, lo hacía como una actividad para distraerse. ¡Cuán ínfima se veía su vida! Conducir le parecía tedioso y, aunque así fuera, era la labor que con mayor frecuencia ejercía.

Esa mañana era extraña; permanecía en casa como de costumbre, trataba de leer algo, aunque por los pasillos de su casa apenas encontraba folletos y aquel libro inacabado. Algún insensato, con seguridad, le había arrancado las hojas. Encendía la TV y pasaba canales aun sin ver lo que en ellos se reproducía; era como un modo formal de decirse que buscaba algo que hacer, aunque todo le hastiaba. Afuera, ¡cómo no!, llovía a cantaros y el tejado de su vivienda se lo dejaba saber a su conciencia, aunque el calor que le tibiaba el cuerpo lo confundía. No dijo nada. El teléfono fijado a una de las paredes del hogar sonó:

—Aló, —dijo Gabriel, que contestó con rapidez y con un tono más bien neutro.

—Muchacho —dijo alguien del otro lado de la bocina. ¡Diablos!, sentía irritación al oír esa palabra; el que llamaba pretendía que lo conocía, aunque si no conocía su nombre y lo llamaba así, era más bien una pretensión falsa. De todas formas, decidió proseguir:

—Hum —gruñó, en el intento de dejar que se supiera que algo le había molestado.

—Lamento darte esta noticia —le dijeron—, pero tus padres han muerto.

Gabriel se quedó paralizado:

—¿Qué?!, —dijo, confuso, y entre tartamudeos trató de continuar:

—¿Con quién hablo?, —pero el teléfono solo continuó con un ininterrumpido sonido que se sostenía de forma en apariencia demasiado prolongada. Pensó que dada la forma presurosa en que le habían hablado, solo se trataba de una broma; empezó a llamar a los pocos números que recordaba eran para emergencias, pero en ninguno le dieron noticia alguna de sus padres. Marcó a sus teléfonos personales, pero tampoco hubo respuesta. Podía tratarse de una coincidencia muy extraña —se dijo, y fue la primera vez...; era un susurro que provino de sus adentros y apenas pudo contestarse. Seguramente, confirmó

Entrada la tarde llegaron a casa dos amigos, los más cercanos a sus padres. Abrió la puerta y ambos, un poco regordetes, se miraron uno al otro:

—Lo sentimos muchacho —le dijo uno de ellos, extendiéndole la mano. El otro se la apretó fuerte también y le dio algunas palmaditas en la espalda. Solo allí entendió que la voz en el teléfono correspondía a uno de ellos, pero no pudo decir a quien.

—Creo que se trata de una confusión —dijo Gabriel, tratando de contenerse.

—No, muchacho; también quisiéramos decirte lo mismo, pero no —afirmo el que parecía más tosco en su trato.

—¿Qué?, ¿qué, me quiere decir que eso es verdad?

—Sí, muchacho, es verdad, —le confirmó el otro.

—Pero, ¿cómo?, ¿dónde?

—No se preocupe; creo que esos detalles no son pertinentes por ahora —le dijo el hombre calvo, del que no podía recordar tampoco el nombre

—¿¡Cómo que no!?

—No lo son, ¿entiende? Nosotros nos haremos cargo del papeleo. No tendrá que intervenir en este tipo de diligencias legales.

—Les he preguntado que cómo ha sido, qué ha pasado. —El otro, que parecía ser más consecuente con el uso de la palabra, le dijo:

—No es que queramos ocultárselo, sino que no lo sabemos.

—Pero tengo derecho a saberlo.

—Y lo tiene, es cierto, pero le repito: yo, al menos, aún no sé lo que les ha pasado. Solo nos han dado la noticia...

—Nosotros nos vamos; volveremos después, si sabemos algo más.

—Sí —dijo el otro y ambos abandonaron la entrada de la vivienda.

Jamás alguien lo notificó formalmente del asunto, la policía no lo contactó. Supuso que los amigos de sus padres se habían encargado, como habían prometido, del papeleo, pues tenían muchos conocidos y los asuntos legales eran muy propios de su quehacer. La desolación lo acompañó mientras se sentaba en un sillón, del que se levantó pocas veces durante el resto de la noche. Sus preguntas, aunque válidas, jamás se las respondieron. Gabriel no supo con certeza a quien más preguntarle. Pasada la tarde y la noche, no recibió ninguna otra noticia. Nada, no pasaba nada.

La noche era atenazante; su novia Bárbara lo había acompañado, pero, al igual que él, no creía que lo que le habían dicho fuera cierto. Casi entrada la madrugada pudo oír el sonido del coche de sus padres, inconfundible para sus oídos, pero en él solo se pudo ver una sombra opaca y grande.

Era otra vez el hombre calvo que había estado en la entrada durante la tarde, pero esta vez había venido solo. Camino hasta la puerta y, cuando se halló frente a ella, sus manos grandes la golpearon con una delicada secuencia. Ellos, que habían visto arribar el auto, se habían acercado de a pocos a la puerta y allí se encontraron de nuevo con él:

—Muchacho, soy yo de nuevo —dijo y sonrió levemente como una forma de saludo, que se había visto torpe, pues era el momento menos indicado para semejante signo de familiaridad—. Este es el auto de tus padres; lo han recuperado. —Gabriel le echó un ojo y estaba bien, al menos en apariencia.

—Tiene un cristal roto; se ha tratado de un robo que salió mal —reveló, —pero ya he hecho que limpien cualquier desperfecto dentro de él.

Gabriel, abrumado por todo lo que estaba pasando, no pudo prestar atención a lo que dijo el hombre, que le entregó las llaves a Gabriel y se volvió hacia la vía para echar un vistazo a uno y a otro lado.

—No creo que a esta hora pasen por aquí taxis, caminaré un poco... —Casi se marchaba, cuando algo lo inmovilizó en su sitio y, al final, llevó a que se volviera:

—Esta es la tarjeta, allí está la dirección, aquí está la funeraria; mañana temprano podrás ir. Los sepultarán en la tarde. —Una vez el individuo se marchó, Gabriel cerró la puerta, se dirigió a su cuarto y se recostó en su cama; Bárbara lo acompañó; durante la noche no durmieron, ni él ni la muchacha. Gabriel le dijo, antes de que los envolviera el silencio:

—Mañana iremos temprano; tengo la esperanza de que se trate de una broma de muy mal gusto.

La mañana fue dura; el encuentro con la realidad suele ser difícil y lo era más aun para Gabriel, que había quedado pasmado al darse cuenta que no se trataba de ninguna broma. Durante la mañana permaneció estático en un asiento, mientras observaba los ataúdes. No quiso abrir ninguno; aunque quería constatar que fueran ellos, lo mismo lo aterraba. Entonces, solo se quedó estático. En un acto casi robótico, subió al auto después de que algunos hombres bien vestidos subieran los féretros en la carroza fúnebre. Tras él, y en un movimiento algo afanado, también había subido al auto Bárbara.

Ya en el cementerio, nada perdió el toque ritual de estas situaciones; ni siquiera el paisaje se alejaba mucho de lo formal de la ocasión. Echó un vistazo rápido y vio que se alzaban sumamente organizados los pinos a las orillas de los senderos por donde pasaba la carroza fúnebre; las grandes y ásperas baldosas indicaban caminos y pasillos que desembocaban en grandes jardines abarrotados de lápidas con escasos dolientes. Tras la carroza fúnebre se encontraba Gabriel andando en su coche de manera muy calmada. Tras él vendrían quizá un par más de coches, con ningún familiar, sino únicamente amigos de sus padres. Gabriel, que no era un hombre muy entrado en edad, era más bien un muchacho, obviamente abatido por la muerte de sus padres, pero aún más abatido porque de vez en cuando, en la situación que se encontraba, olvidaba aquello que debía sentir

Tenía sentimientos encontrados por ellos, a quienes había perdido en una tarde lluviosa, no muy distinta a aquella en la que los sepultaría. En el asiento trasero del coche venía Bárbara, su novia. Como él, era una joven, que no rebasaría la treintena ni por asomo. El coche fúnebre frente a ellos se detuvo con bastante calma, de forma muy suave y, una vez lo hizo la carroza, Gabriel hizo lo propio, se inclinó sobre el timón del coche y sollozó una y otra vez, aunque uno o dos sollozos de aquellos se sentían más como un protocolo. Bárbara ponía su mano sobre el hombro de Gabriel, aunque no sabía con exactitud elegir las palabras adecuadas, como si para este tipo de situaciones las hubiera, y solo atinó a guardar silencio. Sobre el amplio tapete verde se veía a lo lejos a los dos hombres encargados de cavar la tumba; de pie y notablemente extrañados en espera de una orden, se petrificaron cuando vieron arribar el coche fúnebre. Atónitos empezaron a hablar con rapidez entre ellos, a hacer gestos y, al fin, uno de ellos corrió hacia la carroza y habló con el conductor.

A pesar del silencio del lugar, apenas se escucharon breves voces, que trataban de volverse susurros entre dientes y se camuflaban muy bien entre la ventisca que arreciaba en los pinos. El conductor de la carroza salió del vehículo y corrió hacia la tumba abierta. Breve, parecían señalarle la tumba y uno de ellos, presuroso, se puso en cuclillas y le mostró una lápida. Notablemente desconcertado, el hombre se dirigió a la carroza fúnebre, mientras Gabriel lo ignoraba todo, pues aún no despejaba la cabeza del timón; entonces, no había presenciado nada de aquella escena; la única que había estado presta a esos detalles había sido Bárbara, que no había dicho nada para no interrumpir a Gabriel en su dolor. El conductor de la carroza y su compañero hablaron unos minutos; parecían discutir sobre el tema; uno de ellos insistía en llamar a la funeraria y explicarles el caso. Pero rápido decidieron tratar de darle una solución provisional; ambos asintieron; el conductor de la carroza se dirigió hacia donde estaban los hombres que cavaron la tumba y conversaron un momento. Después, tomó aire y exhaló para prepararse a hablar con Gabriel:

—Disculpe, señor; creemos que lo más prudente es que nosotros dispongamos los ataúdes en su respectivo lugar y usted nos acompañe por la lápida, para corroborar los datos de los nombres de sus padres y las fechas, ¿estaría bien? —Los coches que venían atrás ya los habían alcanzado en su totalidad y descendieron de ellos alrededor de seis u ocho personas, los amigos más cercanos de Lorenzo y Ana. Aunque Gabriel no contestó al conductor, ambos sepultureros caminaron hacia la carroza y entre cuatro hombres llevaron el primero de los ataúdes hasta la tumba abierta y, rápido, volvieron por el ataúd restante.

El más amigo de su padre era Rafael Almirón. Rafael era un hombre no muy alto, pero bastante robusto, alopécico y con cara de bonachón. Era bastante capaz de romper el hielo en esta situación y en muchas otras para hablar plácidamente con cualquiera, aunque, tras un breve tiempo, por el carisma y el tipo de humor que Almirón manifestaba, las charlas se tornaban extrañamente desagradables. Él, que era un hombre muy seguro de sí mismo, al que Gabriel reconocía de antes y que en un momento del funeral había apretado con firmeza la mano de Gabriel y le había dado un abrazo y algunas palabras de condolencia, fue el primero en descender de su coche.

El ex jefe de su madre y también gran amigo de ambos era Antonio Baquero, que era el equivalente no alopécico de Rafael, pues eran de contextura similar, aunque Antonio fuera más bien serio y el cabello le acompañara aún. Baquero y Almirón se conocían, pues apenas habían descendido de sus vehículos habían entablado rápido una conversación; además, de seguro las reuniones sociales de los padres de Gabriel habían dado el chance para que ambos interactuaran y se conocieran. Entre tanto, Gabriel veía la lápida en la carroza, vio que los sepultureros habían puesto ya en la tumba los ataúdes y se hallaban dispuestos, ante una pila relativamente pequeña de tierra, a picotear con sus palas y cubrir en su totalidad la tumba. Gabriel no demoró en dirigirse en dirección a la tumba y pasó por sobre otras. Baquero y Almirón habían cruzado camino para cortarle el paso:

—¿Qué tienes, muchacho? —le preguntó Almirón, mientras Baquero se adelantaba a hablar con los sepultureros.

—Que van a dejar caer sobre ellos la tierra y ni siquiera ha llegado el sacerdote que ha de officiar las exequias. Tienen que esperar, —dijo Gabriel—, pues todavía no se oficia la ceremonia con el sacerdote, —mientras se dirigía esta vez a los sepultureros y a los hombres de la funeraria.

Mientras Rafael lo tranquilizaba, Baquero caminó por entre las tumbas para acercarse más a los otros hombres; sus zapatos impecables resaltaban bastante entre el pasto que había crecido considerablemente por las lluvias que solían caer durante la noche. Cuando logró, por fin, estar a un lado de la tumba, trató de evitar la tierra amontonada, que podía ensuciar su calzado. Entonces, empezó a dirigirse a ellos, mientras veía los ataúdes:

—¿Que está pasando? —les preguntó. Avergonzados, se miraban los unos a los otros, pero, como en culpas, el sepulturero no sentía que le pesara ninguna, comenzó a decir:

—Señor, aquí ya hay dos ataúdes y por más que quisiéramos poner estos dos sobre aquellos, no alcanzarían y sobresaldría uno casi por completo.

—Y ¿cómo es que no vieron que esta tumba ya estaba ocupada? —Los hombres esta vez guardaron silencio y uno de ellos dirigió la mirada a una lápida, cubierta de maleza. A Baquero no le tomó mucho tiempo entender por qué no habían visto esa lápida y es que se había mimetizado bastante y parecía incluso no estar allí. Pidió, entonces, a uno de los sepultureros que con la pala removiera un poco de la maleza que cubría la lápida. El señalado raspó la herramienta contra el mármol de la lápida envejecida y entonces se vislumbraron dos nombres.

—Abra un hueco a un costado, —les dijo, decidido.

—No podemos, —le respondieron—, pues esa no es la orden que nos dieron.

—Entonces, ¿qué pretenden? —preguntó Baquero—, dejar los dos ataúdes en espera de qué, con exactitud.

—Discúlpeme, pero esto tengo que notificarlo —le respondieron.

Entonces, Baquero, que para ver con más claridad los nombres, la había alzado un poco, soltó la lápida, limpió sus manos con un pañuelo, echó su mano al interior del abrigo y sacó su cartera de un bolsillo:

—No tenemos por qué discutir; miren, ustedes van a ayudar al muchacho, que está lo bastante afligido como para tener que atender estos asuntos, ¿entienden? —les dijo—, mientras ponía en sus manos algunos billetes.

—¿Y qué hacemos con la lápida? —preguntó uno de ellos—. Cuando alguien venga a visitar la tumba que aquí existe, ya no va a encontrar nada.

—¿Usted cree que, si alguien viniera de manera regular, la lápida estaría en ese estado?

—¿Y dónde la ponemos?, ¿junto con aquella? —preguntaron, mientras señalaban con su mirada en dirección a la carroza fúnebre.

—Traten de ocultarla; una vez hayamos logrado pasar este momento, levántela hasta el baúl de mi coche.

En esas, bajó de un coche blanco, en compañía de un ayudante, un sacerdote ya entrado en años. Una vez el acompañante corroboró que ese era el lugar, el sacerdote comenzó a cambiarse las ropas por unas más acordes para la práctica del ritual funerario. El sacerdote mantenía su postura seria, con un rostro que bastante se acomodaba a su profesión. Después, caminó lento hasta el muchacho y, una vez le dio unas condolencias protocolarias, presidió la ceremonia.

Aprovechando que los pocos asistentes al funeral se habían reunido alrededor de la tumba abierta con ambos ataúdes, con gestos hacia los sepultureros, Baquero empezó a caminar lentamente de vuelta a su coche, uno de los sepultureros cargó la lápida en medio de un montón de maleza y, cuando abrió el baúl del coche, allí descansó la lápida, que rápido se cubrió de oscuridad cuando desapareció el último haz de luz dentro del baúl.

Para todos, el hecho había pasado inadvertido, menos para Bárbara y para Rafael, que habían visto con claridad cómo habían llevado la lápida hasta el coche. Por otro lado, a todos les causó algo de extrañeza la cantidad de tierra con que los cubrirían y la profundidad a la que los enterrarían; todos empezaron a llegar hasta otras tumbas, para acompañar, mientras a los pies de ambos cofres, lloroso, Gabriel solo se aferraba a Bárbara que, en la emotividad del momento, había olvidado ya todo lo que había visto en ese breve lapso.

Los pocos asistentes empezaron a abandonar el lugar ni bien la tierra acabó por cubrir los ataúdes y entre los que se marchaban estaban Baquero y Rafael, que hablaban entre sí bastante serios. Llegaron a sus coches, los abordaron y salieron uno detrás del otro.

Mientras tanto, dispuesta a apoyarlo, Bárbara seguía a su lado, mientras el hombre lloraba, a la vez que se mostraba aturdido. Bárbara, que se preocupaba bastante por Gabriel, lo miraba expectante, a la espera de algún gesto suyo que le indicara que necesitaba ayuda. Quizá esa había sido siempre la característica que Gabriel había visto en ella y que tanto le atraía. Era

amable y de corazón caritativo; ello lo había cautivado y ¿por qué no?, le alimentaba la esperanza, aunque de vez en cuando Gabriel fuese una persona distante e introvertida, debido al trato que había recibido de sus padres.

Tras estar un tiempo así, Gabriel caminó junto con ella en dirección al coche, abrieron las puertas y esta vez ella también se sentó delante.

—Bárbara, te llevaré a casa; te agradezco mucho toda tu ayuda y comprensión, pero debes estar cansada —le dijo Gabriel, visiblemente agotado. Bárbara negó amable, mientras se abrochaba el cinturón y se acomodaba en el asiento.

—No te preocupes, —le dijo, para que se sintiera acompañado y obviara el cansancio que se notaba en las ojeras que a ambos les habían aparecido.

Arrancó el coche despacio y prosiguió por el sendero hasta una pequeña glorieta, en la que se alzaba un ángel, hecho seguramente en bronce un tanto desgastado. Al igual que en la ida hasta aquel cementerio, en la vuelta todo fue silencio. Y aunque él conducía, era un craso error, pues se hallaba claramente turbado y de vez en cuando su mirada se alejaba de la vía y se posaba en el infinito. Con mucha fortuna, evitó chocar el vehículo en dos ocasiones; los reflejos se manifestaron buenamente tardíos y pudo más la pericia de los otros conductores, que solo apretaron sus bocinas en señal de advertencia y desaprobación, cuando ya él estaba peligrosamente cerca.

Bárbara conocía el camino que tomaban; sin duda, la llevaría a casa. Él seguía sin pronunciar palabra y ella, por respeto a su duelo y su aparente turbación, solo le acariciaba el hombro y le besaba la mejilla, cuando el auto se detenía en uno u otro semáforo.

Una vez llegaron a la calle donde Bárbara vivía, Gabriel le dijo:

Voy a tratar de descansar un poco, después si quiere, podemos cenar y pasar la noche juntos. Por ahora tratare de dormir. —Bárbara liberó el broche del cinturón de seguridad y, tras darle un beso en la frente, bajó, abrió la reja de su antejardín y camino hasta su puerta. Una vez la abrió, volteó a ver a Gabriel en el coche y él arrancó despacio y, pasados algunos segundos, viró en la esquina más próxima.

Una vez Bárbara entró en su casa, volvieron a su cabeza imágenes del funeral: Baquero, los sepultureros, la carroza..., había sido confuso; ¿cuál era el afán?, ¿por qué habían echado maleza de un cementerio en la cajuela de quien fuera el jefe de Ana, la madre de Gabriel? Bárbara también los conocía, pues ya se había cruzado con ellos en una que otra reunión en casa de su novio y, por Gabriel, sabía que Ana había trabajado en el despacho de Baquero y había sido durante muchos años su secretaria o asistente personal, cuando trabajaba en un juzgado y, después, cuando fue director de la Registraduría; habían pasado más de 15 años trabajando juntos.

CAPÍTULO 2

LA VISITA

Una vez en casa, Gabriel puso el coche a algunos centímetros del andén, bajó del vehículo sin constatar si se había cerrado correctamente o ver si alguna ventana había quedado abierta. Como su casa no tenía un antejardín, llegó rápidamente a su puerta y la abrió. De golpe, todos los fantasmas de una casa, en la que había crecido con sus padres, se le vinieron encima y le impidieron que fuera más allá del umbral; esos recuerdos eran buenos y malos: malos en su mayoría —pensaba—; allí, en el umbral, estuvo de pie algunos segundos o quizá minutos. Siguió su camino y, cuando llegó a la sala, dio unos pasos atrás, abrió mucho los ojos y, crispados los sentidos, solo atinó a apoyar su mano en una columna. Una figura femenina, de pie, acompañaba a un hombre delgado y alto; los dos estaban juntos, pero uno, el hombre, siguió sentado y la mujer permanecía de pie a un lado del mueble.

—¿Y ustedes quiénes son? —preguntó, visiblemente asustado.

—Cálmese, muchacho; no queremos hacerle daño.

—Pero ¿cómo han entrado en la casa?

—De hecho, esta es nuestra casa; es usted quien ha entrado en ella.

—Pero, a ver, ¿están ustedes locos? Yo llevo aquí viviendo más de 25 años.

—Lo sabemos; aun así, eso no impide que sepa la verdad.

—¿Cuál verdad?

—Esa que le han querido y, al parecer, han logrado ocultar.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, la historia es larga —dijo la mujer, interrumpiendo.

—Ustedes quieren engañarme; llamaré a la policía —dijo Gabriel.

—Adelante, llámala —le dijo el hombre—, ¿qué les va a decir?

—Que hay dos intrusos en mi casa.

—No somos intrusos; somos los propietarios de esta casa.

—Los propietarios son mis padres.

—Error —le dijo la mujer.

—Ya veremos si es un error, —le replicó Gabriel.

—Mira, muchacho, la realidad es que, si nos da tiempo de hablar, va a entenderlo todo.

—Hablaemos, con la policía presente.

—Eso no servirá.

—¿Por qué?

—Porque la policía no podrá ayudarlo en este caso.

—¿Cómo que no?, ¿eso es una amenaza?

—No; de hecho, si solo nos permite algunas palabras, podrá entender que no queremos y, además, tampoco podemos hacerle daño.

—A qué se refiere?

—Sí; en realidad, no vamos a hacerle daño y, también, no podemos hacerlo.

—¿Y por qué no podrían?

—Porque nuestra existencia es incorpórea, muchacho.

—¿Cómo así? —Para ser más efectiva, la mujer trató de empujar con fuerza el florero de la mesa de centro: primero, se inclinó y, después, lanzó su mano contra él con agilidad, pero no pasó nada.

—¿Ahora lo entiende? —le preguntó la mujer—. Gabriel no daba crédito a lo que veía; con la voz titubeante trató de decir algunas palabras, que se apagaron en su boca incluso antes de que las exteriorizara; palideció y, al fin, se fue hacia el piso; por fortuna, no se golpeó en su caída, pues el muchacho se hallaba apoyado en la columna. Una vez volvió en sí, trató de hablar con ellos, para encontrar la causa de aquello que le había pasado y respecto a lo cual, en realidad, hasta ahora, había entendido muy poco.

Entonces, una vez recuperado, se sentó en un mueble, frente a los dos:

—Bueno y ¿por qué están aquí?

—Alguien ha retirado la lápida de nuestra tumba.

—¿Y qué tengo que ver yo en eso?

—Nada; en realidad, nosotros solo sabemos que hoy alguien la retiró.

—Entonces, ¿por qué han venido hasta mi casa?

—Porque en vida esta era nuestra residencia.

—¿Hace cuánto vivieron aquí?

—Ya hace algunos años; sería más exacto si me dice en que año estamos.

—2020.

—Entonces, hace más de unos treinta años.

—Y ¿cómo voy a encontrar su lápida?

—Quizá si preguntara en el cementerio; esa sería una buena idea.

—Mire, no quiero volver al cementerio.

—¿Por qué?

—Acabo de llegar de allí.

—¿De visitar a alguien?

—No, de enterrar a mis padres. —Los dos se quedaron en silencio durante un tiempo:

—Lo lamento —dijo el hombre frente a Gabriel.

—Mire, muchacho, —le dijo la mujer, e intentó sonar más familiar y cercana—: Entiendo por lo que ha pasado. Entonces, podemos esperar con paciencia; solo que no podemos salir de esta casa, pues no depende de nosotros —y los dos le sonrieron amables.

Gabriel pensó que todo era producto del cansancio, por lo que fue a su cama para recostarse y tratar de entender lo que pasaba. Se durmió y, cuando despertó echó un vistazo rápido alrededor en su cuarto, pues se había quedado dormido boca abajo sobre un edredón, que había terminado mojado de saliva. Caminó hasta el baño, abrió la llave y lavó su cara para enjuagarse la tristeza y la inquietud que en ella se percibían. Incapaz de hacerlo, fue a la cocina y preparó agua caliente para hacerse una infusión.

Apoyado en la mesa, mientras tomaba la infusión, dirigió la mirada a la sala y vio que ya no se encontraban en los muebles aquellas figuras; ahora los muebles estaban vacíos; caminó para sentarse en uno de ellos, pero, a medida que se acercó al portal, y pasó a la sala, vio que los dos visitantes caminaban por la sala y veían uno y otro cuadro y fotografías aquí y allá.

Él los miro en silencio; cuando el hombre notó la presencia de Gabriel, este trató de disimular y fingir que no los había visto:

—Sí, siempre estuvimos y estamos aquí, a pesar de que su mente insistiera en negarnos.

—Insiste, pero aún no creo lo que está ocurriendo.

—Mire, nosotros tampoco queremos estar aquí; queremos irnos.

—Y como les ayudaré para que se vayan.

—Ayúdenos a conseguir a lápida.

—Está bien; mañana iré a preguntar por esa lápida; por ahora, no me siento bien; además, Bárbara vendrá para acompañarme a cenar.

CAPÍTULO 3

OTRAS VISITAS

Bárbara se encontraba ya de camino; en vista de la situación, había optado por no arreglarse demasiado; solamente iría para acompañarlo y poco importaría cómo seguía vestida. La tarde acabó por convertirse en noche y Bárbara, al tomar el aire suficiente para un suspiro, antes de tocar a la puerta exhaló hondo y golpeó.

—La asustarán, —dijo Gabriel, dirigiéndose a la pareja.

—No sabemos aún si ella puede vernos.

—¿Quiere que nos ocultemos? —Gabriel pensó que aquella idea de constatar que, en efecto, la pareja no era producto de su imaginación, sino que alguien más, en este caso Bárbara, constatará su existencia, lo calmaría. Entonces, abrió la puerta y alzó la vista para encontrarse con los ojos de ella. Sin perder tiempo, ella caminó hasta encontrar sus brazos cálidamente apretados alrededor del torso de Gabriel, que también la abrazaba. Al sentirlo, el corazón de Gabriel titubeó de nuevo y sus ojos se llenaron de lágrimas, aun sin saber exactamente lo que sentía.

—Adelante, —le dijo Gabriel —y se quedó cerrando la puerta, mientras ella caminaba en dirección a la sala.

—¡Buenas noches!, —dijo Bárbara. —Con claridad, la escuchó que pronunciaba el saludo, pero dudó un momento sobre si ellos le contestarían o, en realidad, quien debería contestar el saludo era él. Entonces, se dispuso a contestar el saludo, cuando la entonación coral que provocaban ambos le volvió a crispar los sentidos, pues la pareja respondió lentamente:

—¡Buenas noches! —Gabriel alargó su cuello e inclino su torso para ver la escena. Bárbara aún permanecía de pie, en su espera, para que hiciera las veces de introductor en este encuentro, pero Gabriel solo veía como la pareja permanecía sentada en el mueble y Bárbara empezaba a jugar con sus manos, gesto que la relacionaba con sus nervios frágiles. Entonces, Gabriel se puso de pie, a la par de Bárbara, y antes que referirse a ellos, se dirigió a ella.

—¿Puedes verlos?

—¡Qué!, ¿cómo así? —Bárbara se sentía razonablemente desconcertada. ¿A qué venía esa pregunta? Claro que los veía, pues estaban sentados frente a ella.

—¡Sí, sí puedes verlos!

—Obviamente, pero no entiendo a qué viene tu pregunta.

—¡A que ellos no están aquí!

—¡Claro que están allí, en el sillón! —le dijo Bárbara, mientras le señalaba a los dos.

Aquella elección de palabras había sido totalmente imprudente; quizá debió haberle explicado el hecho de que, en efecto, la mujer y el hombre sentados frente a ellos, no se hallaban materialmente ahí.

—¡Son dos espectros! —le dijo Gabriel. Bárbara lo miró con más extrañeza todavía, mientras buscaba algo que decir. Todo ello le parecía algo tonto; de seguro era consecuencia del cansancio mental, la turbación emocional o incluso, ¿por qué no?, un desequilibrio generado por las situaciones que estaba viviendo él; para no tornar más larga e incómoda la charla entre la pareja, el hombre dijo:

—Eso es cierto.

—¿Qué es cierto? —le preguntó Bárbara.

—Que no estamos, no sé cómo decirlo para que no suene mal, vivos.

—De hecho, lo están: razonan, hablan, nos estamos comunicando —dijo Bárbara, con ironía.

—No tenemos una existencia material; sería mejor expresarlo así, tal como la existencia de ustedes; además, hemos muerto ya hace más de dos décadas. —Esa explicación del hombre le pareció aún más extraña a Bárbara, quien solo miraba a uno y otro de la pareja y luego a Gabriel, en espera de que alguien riera por la broma, hasta que la mujer espectral aclaró todo el embrollo al pasar su mano a través del florero nuevamente, como lo había hecho con Gabriel. Ella palideció y trastabillando se apoyó en los brazos de Gabriel, que siempre habían estado prestos a esa reacción, pues durante todo este tiempo había ya aceptado algo más esta situación y se hallaba aún expectante de la reacción que vendría de ella. Ella se perturbó más aún que él. Empezó a tratar de tomar aire, mientras intentaba regular su ansiedad.

—Evidentemente, estás confundida y no es para menos; en realidad, nosotros también lo estamos. Tampoco queremos quedarnos aquí. Nos vemos limitados a este lugar y no hay mucho que hacer en estas paredes.

—Pero ¿cómo podemos ayudarles?

—Bueno, lo único que recuerdo es que, cuando hemos vuelto, lo hemos hecho porque han arrancado nuestra lápida de la tumba en que sepultaron nuestros cuerpos.

—Entonces, debemos buscar su lápida; eso es lo que necesitan, que la encontremos y la devolvamos a su tumba —dijo Gabriel—; me dijeron lo mismo a mí.

—Y ¿dónde vamos a encontrarla? —preguntó Bárbara.

—Pues, podrían comenzar por preguntarles a los encargados del cementerio.

Mientras conversaban, habían oído que los coches iban y venían, pero, al fin, dos se estacionaron afuera de la casa; para Gabriel, que los vio por la ventana, eran conocidos. No eran sino los coches de Rafael Almirón y el de Antonio Baquero, que había, al parecer, acordado pasar a visitar al muchacho para ver cómo se encontraba y, además, para hablar un poco acerca de temas importantes.

—Son amigos de mis padres, hmmm... —y esperó un tiempo, para pensar con cabeza fría, algo no muy común en él—. Podrían no estar aquí en tanto ellos se van; no queremos involucrar a más personas en este lío.

—Está bien —dijo la pareja, casi al unísono.

—Yo me quedaré contigo —le dijo Bárbara, para hacer nuevamente las veces de un soporte emocional para Gabriel, por si cualquier comentario de Baquero o de Almirón lograban afectarlo, así fuera por accidente.

Mientras la pareja iba hacia las habitaciones traseras, Gabriel se levantó lentamente y caminó hacia la puerta, incluso sin que los hombres del otro lado hubieran llegado hasta ella para tocarla; de hecho, cuando les abrió, alcanzó a sorprender a los hombres hablando y los dos, al oír el chirrido de la puerta, volvieron la cara contra su rostro.

—¿Va de salida, muchacho? —le preguntó uno de ellos, mientras trataba de cambiar de repente la expresión de su cara.

—No, es que los he visto llegar en los coches y he venido a abrirlas. —Pues, espere un momento, me devuelvo por un poco de comida, que le hemos comprado, pues supusimos que no había cenado y tampoco tendría ánimos de preparar nada de comer —le dijo Almirón, mientras abría la puerta trasera izquierda del coche.

De hecho, eso era cierto, pues Bárbara le ayudaba mucho en la preparación de los alimentos; en realidad, Gabriel no preparaba su comida, porque le era imposible; no sabía más que preparar infusiones y hacer uno o dos platos más, algunos de los cuales solo necesitaban algo más de cocción.

—Claro, pasen —les dijo, a la vez que Almirón sostenía entre sus manos una caja grande de arroz de algún comercio chino, de los que abundaban en la ciudad.

Dicho esto, entraron y, mientras Almirón iba derecho a la cocina, con la confianza de alguien que se encuentra en su propia casa, Baquero se sentó en uno de los muebles, en espera de Gabriel y Almirón, para hablar un poco.

Baquero, a pesar de ser un hombre bastante preparado —eso suponía Gabriel, dados los cargos que ocupaba—, era un hombre de palabra emocionalmente torpe, poco locuaz, en realidad. Cuando se sentaron los tres en la sala, comenzaron a hablar, aunque Baquero le cedía la palabra a Almirón, para que este último, más audaz, encarrilara la conversación que, para él, era un acto tortuoso. En busca de parecer más familiar y no generar aversión en las

conversaciones que sugerían, ambos siempre utilizaban la palabra hijo, o muchacho, para referirse a Gabriel, pues en ocasiones ni siquiera recordaban su nombre.

—Mira, hijo, hemos venido a comprobar que estés afrontando bien este momento; nosotros fuimos grandes amigos de tus padres y, por la misma razón, queremos cuidar de ti.

—Cuidar de mí. ¿De qué, con exactitud, me cuidarían?

—Por ahora, de nada inminentemente peligroso, pero tienes que tocar temas necesarios con nosotros.

—Temas, ¿como cuáles?

—La herencia de tus padres, —intervino Baquero en la charla que mantenían Almirón y Gabriel. Esa era la razón por la que procuraba no hablar; se sabía imprudente y, como antes se dijo, poco locuaz; además, no tenía sensibilidad para afrontar charlas delicadas, como aquella.

—Y ¿qué tienen que ver ustedes con eso?

—¿Cómo así? —preguntó Almirón.

—Sí, ¿qué importancia tiene ese tema ahora?

—No te estamos presionando, sino tratando de advertirte.

—¿De qué?

—De las trabas burocráticas que a veces se presentan.

—Y ¿por qué iba a haberlas? Soy su único hijo y, en lo que a mi conocimiento respecta, el único en la línea de la sucesión.

—Aunque eso es verdad, uno nunca sabe cuándo, en estos casos, se entra en pugna por los bienes.

—Y ¿qué quiere que haga?

—Reclamar lo que es tuyo.

—Pero me parece que no es momento de hablar de esto.

—Nosotros no vinimos a apurarte para que lo hagas; solo queremos recordártelo.

—Lástima que es en un pésimo momento —replicó Gabriel. Claramente, no era el momento indicado, pero el afán de esos dos se justificaba en algo más que el hecho de la preocupación por él, pensó.

—¿No será más bien que ustedes quieren una parte de esa herencia?

—¿Qué dices, muchacho? Nosotros no somos multimillonarios, pero tampoco les robaríamos a los amigos.

—Miren, creo que este no es el momento para hablar de esto. —Aunque Almirón sabía que sí era el momento para ello, quiso que Gabriel lo notara algo más cercano y le dio la razón, en busca de su aprobación.

—Es cierto, Antonio, deja el tema; lo hablaremos luego. —Entonces, se levantó y miró inquisitivo a Baquero, para que lo acompañara hasta la cocina.

—Vamos a servir un poco de comida, que la hemos dejado en el horno para que se calentara un poco más.

—Vamos —dijo Baquero, casi inexpresivo, y se levantó por pura inercia.

Bárbara había optado por no estar en la sala; seguía tratando de digerir el cúmulo de cosas que estaba sucediendo, mientras las figuras espectrales de la pareja andaban en esa y en otras habitaciones y evitaban acercarse a la cocina o a la sala. Además, para ser sinceros, Bárbara no solo no disfrutaba de la compañía de los dos individuos que se hallaban con Gabriel; en verdad, los detestaba.

Bárbara no oyó nada de la conversación que sostuvieron los hombres, que en la sala ya habían enmudecido; en cambio, cambió de posición donde se hallaba recostada y no pasaron muchos minutos para que se hallara sumergida en un profundo sueño.

Respecto a los dos hombres que visitaban a Gabriel, como el tratamiento del tema en el que querían intervenir no se había dado, optaron, entonces, por comer con tranquilidad e irse, sin caldear más el ambiente. Una vez se fueron, se presentó el hombre espectral:

—¿Ya se han ido? —preguntó.

—Así lo han hecho —le respondió Gabriel.

—Su amiga ha terminado por dormirse en una de las camas.

—Es mi novia.

—Ah, ¡eso!; pues, ella ya se durmió.

—Está bien —le dijo. Estaba tan aletargado, que su reacción fue la de un hombre que habla con total calma con otro, sin recordar que aquel con el que hablaba era un espectro; estaba, en realidad, muerto.

Al omitirlo, fue hasta la habitación y halló a Bárbara de costado; tomó una manta de un armario y la cubrió. Lejos de sentir algo, ella siguió durmiendo, con tranquilidad; él fue, se recostó en uno de los muebles en la sala y se cubrió con otra manta, para evitar ir a reposar en la cama de sus padres.

CAPÍTULO 4

UN NUEVO DÍA

Al día siguiente por la mañana, los dos habían despertado; Gabriel sentía dolor de cabeza y un poco de cansancio, cosas normales seguramente tras soportar la carga emocional, que podría haberlo hundido. Entró al baño y lavó su cara; se frotó los ojos, enjuagó sus manos y, con la mano mojada, giró el pomo de la puerta. Al salir, allí, de pie, se encontró con Bárbara.

—Buenos días, amor —le dijo ella.

—¿Como pasaste la noche?

—Muy bien, gracias; perdona que me hubiera quedado dormida, pero me recosté para descansar un poco y me dormí.

—Tranquila; de hecho, no te has perdido de nada.

—Eso creo; sabes que a mí ninguno de esos dos tipos me cae bien.

—Sí, lo sé, cariño; tranquila.

—Sobre todo, ese Baquero, que habla muchas veces sin pensar.

—Sí; anoche, como siempre, dejó que se deslizaran algunos comentarios bastante desafortunados.

—Y ¿a qué vinieron?

—A hablar conmigo

—¿Cuál era el tema?, si puede saberse; ellos nunca han sido amigos tuyos; es más, a veces hasta olvidan tu nombre; por eso, insisten en llamarte hijo o muchacho.

—La herencia de mis padres.

—¿Y eso? ¿Cuál es su interés en esa herencia?

—No sé qué interés tengan, pero les dije que no hablaría de ese tema con ellos.

—Muy bien; ahora, ¿puedo usar tu baño?

—Claro, adelante.

—Yo iré a la cocina. —Allí su realidad era más cruda; cuando Bárbara entró en la cocina, lo vio apoyado en el mesón; su realidad más inmediata, la de ambos, era que siempre habían sido muchachos a medio educar, sin una preparación para afrontar el mundo real. Ello aplicaba para estas situaciones; más allá de algunas infusiones herbales y uno que otro plato, si es que así se les podía llamar, no sabían preparar muchas cosas. Tenían mucha hambre,

aunque pocos conocimientos sobre cocina; Gabriel, con la falta de experiencia en el ámbito culinario, le preguntó:

—¿Qué quieres desayunar?

—Fríe unos huevos y yo prepararé el café, —le dijo Bárbara, al notar su falta de ideas sobre lo que debía ser un desayuno.

—Vale. —Entonces, se agachó y buscó una pequeña sartén, donde podría freír los huevos. Con cada movimiento de Gabriel en la cocina, se notaba más su impericia en ella, la misma que, en parte, Bárbara compartía; ambos eran torpes, realmente; a la hora de cocinar, se podría decir que ninguno de los dos era hábil. A los pocos minutos de estar experimentando en la cocina, se dieron cuenta del desastre.

Él había tomado una sartén muy grande, que poco importaría, si hubiera podido medirse en la cantidad de aceite que puso para freír los huevos. Ella, por su lado, había logrado un café consistente, aunque era más bien virtud del producto, un café instantáneo, el que había preparado, pero, a la hora de endulzarlo, se excedió en la cantidad de azúcar que podía darle un sabor más dulce y terminó por ser un café empalagosamente amielado.

Tras su fracaso culinario, los dos se vieron a los ojos fijamente e hicieron una mueca extraña; cada uno quería disculparse por su fracaso en la preparación de un simple desayuno, aunque ninguno lo hizo de forma verbal. En esas estaban, cuando entraron los dos espectros:

—Nosotros siempre quisimos tener hijos —dijo la mujer.

—Pero no lo conseguimos a tiempo —dijo el hombre.

Gabriel y Bárbara saltaron, levemente sorprendidos, pues, a pesar de que los dos habían confirmado que lo que veían era real, ninguno de ellos le había dado suficiente credibilidad aún.

—Había olvidado que ustedes seguían aquí —les dijo Gabriel.

—Sí, muchacho, así es —dijo el hombre—.

—Habrá que solucionar el tema de su lápida —dijo Gabriel, al dirigirse a ambos con un leve sobresalto que, aunque se viera mínimo, era notorio.

—Nosotros podemos ayudarles con su desayuno —dijo el hombre.

—Claro; en realidad, eso no es algo complejo; además, así dejarán un poco la aversión que sienten por nosotros —añadió la mujer.

—Está bien —dijo Gabriel, aunque la duda se le notaba en el rostro—. Si eso es lo que desean hacer, por mí está bien.

Si bien Gabriel actuaba de vez en cuando por inercia y fingía que daba el mayor crédito a lo que sucedía, sentía dentro de sí que aquello que veía ahora podía fácilmente ser un artificio de su cerebro para evadir pensamientos inconvenientes sobre sus padres y la percepción que tenía Bárbara de esas figuras espectrales podía ser por compasión o bien se podía tratar, en efecto, de un fenómeno de histeria colectiva.

Bajo la guía de las dos figuras espectrales fueron preparando un desayuno mucho más completo; mientras lo hacían, Gabriel reflexionaba y cada vez se convencía más de que aquello que vivía era cierto, pues ¿cómo podría su cerebro, incapaz de preparar un buen desayuno, dar instrucciones?, y ¿cómo, además, las instrucciones diferirían en este caos en la voz de cada uno de los individuos de la pareja espectral? Pasados algunos minutos, no solo habían conseguido preparar un desayuno más agradable a la vista, sino bastante delicioso.

—Ya está, —dijo la mujer.

—A mí me surge una duda —prosigue el hombre.

—Sí, claro; puede decírnosla.

—¿Por qué no sabían cómo hacer un desayuno? Esas son cosas bastante sencillas.

—Pues, en realidad, en mi caso no tiene demasiado misterio. Mis padres solían hacer todo por mí y, como ya lo ha oído antes, ahora que no están, hay muchas cosas que debo aprender a hacer por mi cuenta —contestó Gabriel.

—Y es comprensible, pero esa sobreprotección es nociva —dijo la mujer.

—Pero ellos, seguramente, no lo hacían con una mala intención —añadió el hombre.

—Eso está claro. ¿Y tú, cariño? —dijo la mujer con tono maternal, al dirigirse a Bárbara.

—Su historia es más compleja y personal, —intervino Gabriel, interrumpiendo la conversación.

—Tranquilo, Gabriel; no tengo problema en decírselo; ellos lo han preguntado por curiosidad. —La verdad era que quien escuchara la historia se extrañaría de la naturaleza de los padres que había tenido Bárbara, y digo tenido, puesto que ella ya no los concebía como tales. Tras una serie de sucesos, que habían desembocado en lo que, en realidad, era un abandono, aunque se quisiera paliar con modismos, puesto que su papel había sido el de una distracción.

Los padres de Bárbara, una pareja de abogados, se habían mezclado con personas a las que les servían de testaferros; un día, descubiertos completamente, habían decidido emprender la huida y, en el afán de crear distracciones suficientes, la pobre Bárbara habría de esperar por muchísimo tiempo a las afueras de su colegio a que sus padres, ya en la huida, llegaran en su socorro, cosa que nunca ocurriría.

Tiempo más tarde, tras vagar en hogares de paso, le notificaron acerca de la creación de una cuenta a su nombre en un banco, donde regularmente aparecía algún dinero, con lo cual ella se mantenía. Como vivía sola, cocinaba poco y consumía gran cantidad de comidas en restaurantes de comidas rápidas, cosa que sorprendía pues su contextura, a pesar de su alimentación, seguía siendo la de una mujer esbelta, con unos hermosos ojos marrón, un cabello moderadamente largo y una nariz respingada. A esas alturas de la vida, Bárbara ya había dejado atrás las largas reflexiones sobre ese tema, ya no se cuestionaba nada; no quería hacerse de más ideas al respecto.

A Bárbara, durante el relato que, aunque breve, era emotivo, no se le escapó un gesto, una mueca; fue totalmente inexpresiva, pero a todas luces era el método con que se protegía de sí misma; fingía que aquello ya no era una herida abierta, a pesar del dolor que suponía le había generado.

De manera clara, la pareja era, en realidad, tan co-dependiente como necesaria; a los dos nunca los habían educado para que vivieran fuera de las comodidades de un techo familiar que, a la par, ninguno tenía. Eran tan inútiles en la preparación de un desayuno, como lo eran en el resto de cosas relativas a la vida diaria; las razones, varias; de hecho, decir que la razón únicamente se refería a que ahora los padres de ambos estaban ausentes de forma permanente no era la única.

Así como Bárbara, Gabriel tampoco había recibido una buena educación escolar; ninguno había acabado su secundaria; Bárbara, debido a que durante sus breves lapsos de paso por hogares que sustituían al suyo, no había mostrado demasiado interés, además de la experiencia traumática que la llevaba a que sintiera un menosprecio por los colegios; Gabriel, por su parte, era más bien resultado de asistencias irregulares al colegio y periodos de inasistencia absoluta. A sus padres no parecía preocuparles en exceso que el muchacho se matriculara en el colegio; no eran rigurosos con ello e incluso lo convencían para que, en algunas ocasiones, no fuera. Habiendo hecho ya un breve bosquejo del solo hecho de que ninguno de los dos sabía preparar bien un desayuno, se habían desatado otras historias un tanto más extrañas, donde sus padres, los de ambos, ya no se veían tan paternos, sino más bien desnaturalizados.

—Tranquilos, muchachos —dijo el hombre espectral y enmudeció luego de tratar de tranquilizarlos, pues había puesto el dedo en las llagas aún abiertas de heridas bastante profundas.

—Sí —dijo Gabriel—, concentrémonos en lo que buscan. ¿Cómo hallaremos la lápida de su tumba?

—Puede comenzar por preguntarle a quien administra o cuida el cementerio; quizá él lo sepa —le respondió el hombre.

Mientras tanto, Bárbara permanecía callada y, aunque tenía mucho por decir, el tema reciente no se había cerrado tanto para ella. Al pensarlo bien, seguía siendo letal.

—Entonces, iré a preguntar allá —dijo.

—¿Y cómo sabrá cuál era nuestra lápida? —preguntó el hombre. Aquella palabra sacó a Bárbara del mutismo:

—¡Lápida! —exclamó—. ¡Eso era lo que trataban de ocultar!

—¿Quiénes?

—Baquero y uno de los sepultureros del cementerio.

—¿Cuándo?

—Ayer, mientras estábamos en el entierro de tus padres; ellos se llevaron algo lleno de maleza y me pareció extraño, pues era, en un primer vistazo, algo amorfo; en realidad, tenía la forma rectangular de una lápida. Además, ellos se llevaron eso ayer y la pareja, —dijo, señalando a la pareja espectral—, apareció ayer aquí.

—Ahora que lo piensas y si así lo viste, eso podría ser cierto.

—Y ¿dónde van a buscar al hombre que se llevó la lápida? —preguntó la mujer, muy calmada.

—Supongo que, si lo llamo por el asunto de la herencia, vendrá en seguida.

—Tengamos fe en que su lápida siga en ese maletero.

—Seguirá ahí —afirmó Gabriel—. El hombre no es de aquellos que lava su carro con mucha frecuencia; aunque es un carro costoso, por dentro es un verdadero asco; lleva su ropa impecable, pero solo eso.

—Entonces, ¿qué hará?

—Lo llamaré —dijo Gabriel, al responderle al hombre—; cuando esté aquí, le diré que necesito ir por algunas copias a escasas cuerdas y, de seguro, si le digo que mi coche se averió, él me prestará el suyo.

—¡Perfecto!, —dijo el hombre—; llámelo, entonces.

En el afán de afirmar todo aquello, a Gabriel se le habían quedado sin formular preguntas importantes: ¿por qué Baquero quería una lápida?, ¿por qué precisamente esa lápida?, ¿por qué se la llevaría?, ¿para qué la querría?

CAPÍTULO 5

LA BÚSQUEDA

Gabriel tomó su teléfono y para agilizar el asunto buscó una pequeña agenda, importante según sus padres, donde solían guardar los números de sus conocidos. Ninguno de los dos era experto en el manejo de un teléfono celular, así que le daban un uso bastante primario, consistente únicamente en realizar llamadas. Se dirigió a la alcoba de sus padres y buscó aquí y allá y no encontró ningún rastro de la agenda, pero a ello se añadía que tampoco hallaba rastro alguno de las pertenencias de sus padres. Echaba en falta joyas, documentos, una que otra prenda, que por encima había notado que faltaba.

Tuvo que llamar a la oficina de Antonio Baquero, el registrador, desde donde una mujer, con voz monótona le contestó:

—Despacho del registrador, muy buenas tardes —dijo la voz a través del teléfono.

—Sí, buenas tardes. Me ha dicho el señor Baquero que lo llame; ¿puede decirle que habla Gabriel, el hijo de Lorenzo Guzmán Morales y Ana Villegas Garzón? —No pasó mucho tiempo antes de que Baquero se pusiera al teléfono, tiempo que seguramente sería mayor de tratarse de algún trámite burocrático propio de un desconocido y no del suyo.

—¡Muchacho!, —dijo Baquero.

—Señor Baquero, pensé en lo que me dijo; ¿podría venir en la tarde, para hablar de eso? De paso, ¿puede decirme qué papeles debo alistar?

—Iré en horas de la tarde; los papeles que necesita no los recuerdo ahora mismo, pero, una vez esté en tu casa, allá iremos haciendo el listado.

—Está bien; lo espero en horas de la tarde. —y colgó; hablar por teléfono le parecía tedioso; sus llamadas no solían durar mucho tiempo, ni siquiera con Bárbara, con quien le gustaba conversar. Una vez salió de la llamada, pensó que este era el primer plan en el que trataba de dirigir o de dar una idea, pues usualmente no era más que un seguidor, aunque eso no era su culpa; era más bien consecuencia de las determinaciones de sus padres, que lo habían convertido en alguien cerrado y poco participativo; apático, quizá era la palabra más adecuada para definirlo.

Así que luego quedó expectante; su iniciativa había terminado apenas concluyó la llamada; no sabía qué pasaría en seguida y, de frente a Bárbara y a la pareja espectral, solo supo guardar silencio.

—Es un buen comienzo, muchacho, —le dijo el hombre; gracias por tener un plan para recuperar la lápida.

El problema era que allí donde había comenzado el plan, Gabriel también sentía que había terminado; él aún trataba de hallar el valor para afrontar lo que sucedería más tarde. Cada vez que había necesitado idear un plan, se daba cuenta que necesitaba a sus padres para consultarlo y con ello declinar en su iniciativa.

Entonces, Bárbara se deslizó con delicadeza hasta Gabriel, para abrazarlo. En seguida, lo invitó a que salieran a dar una vuelta, para que pudiera pensar un poco y tomar aire. En realidad, Bárbara había notado el sofoco que le producía haber optado por esa estratagema y, peor aún, tener que enfrentarse a dos personas espectrales, muertas, que le habían pedido les solucionara un problema. Aún no lo había digerido bien.

Así que Gabriel y Bárbara salieron, rumbo a un pequeño restaurante, a no muchas calles de la residencia; una vez se sentaron, pidieron unos platos que vieron casi al principio del menú; no querían pensar mucho en lo que iban a comer, si acaso llegaban a comerlo. Mientras les preparaban y servían los platos que habían pedido, trataron de hablar un poco sobre el asunto.

—¿Te has dado cuenta? —preguntó Bárbara.

—¿De qué?

—Que en estos días hemos estado hablando con dos personas que han muerto y lo hemos hecho con la mayor normalidad.

—Y ¿en qué medida han muerto?

—En que son dos personas a las que ya sepultaron hace un tiempo. ¡Son dos espectros!

—Pero los hemos visto tú y yo y hemos hablado con ellos.

—Eso es cierto —asintió Bárbara.

—Además, no solo nosotros hemos hablado con ellos, sino se han comunicado con nosotros.

—Sí, pero ¿eso no te desespera un poco? A mí me siguen crispando los nervios estar siquiera cerca de esa pareja.

—Ellos, puesto que están muertos, poco pueden hacerte; solo llegaron a pedir que les devolvieran la lápida de su tumba.

—Pues, eso también es cierto.

—No han venido siquiera a perturbar nuestros sueños, ni a perturbar la realidad, más allá de su pedido de restitución.

—Y una vez que se les solucione lo relativo a su lápida, ¿qué haremos? —En ese momento, la mesera llegó hasta ellos y dejó sobre la mesa los dos platos que habían pedido, que no se veían muy apetitosos. Una vez la mesera se alejó, Gabriel respondió, sereno:

—Lo que haremos es devolver la lápida al lugar donde se hallaba y que se vayan.

—Pues sí, —dijo ella—; ¡bárbaro! —mientras los dos tomaban uno que otro sorbo de sus bebidas o trataban de comer algo de sus platos.

En la tarde, esperó que Baquero llegara a su casa; antes Gabriel había ido a dejar a Bárbara a su casa y allí dejó el coche; luego, tomó un taxi para dirigirse a su casa. Llegó pronto, pues hubo poco tráfico en el camino; el taxista había intentado entablar una conversación con él en dos intentos, frustrados por sus respuestas lacónicas. No había aprendido a ser sociable y entablar conversaciones amenas y menos con personas desconocidas.

Descendió del coche y entró en su casa; una vez dentro, dejó las llaves en uno de los muebles y en seguida fue a recostarse; la pareja apareció, como si viniera de la cocina, aunque ellos, en realidad, no se hallaban en ningún lado, porque estar no era algo que se le pudiera atribuir a un muerto fuera de la tumba.

—Llegaste, muchacho. —¡Muchacho, muchacho, muchacho! Pensó que le irritaba que se refirieran a él con esa palabra; ese era un síntoma claro de que no recordaban su nombre.

—He vuelto, como puede ver.

—¿Cree que su amigo venga?

—No es mi amigo.

—Pero ¿sí crees que venga?

—Sí, pues el asunto que quiere tratar conmigo al parecer le interesa.

—Dejémoslo tranquilo, —dijo la mujer—. Espero que él sabrá hacer sus cosas.

Ni bien termino de irse la pareja, llegó a la casa el coche de Baquero; Gabriel se movió pesadamente en dirección a la puerta, pues tenía pocos deseos de abrirla, pero estaba haciendo su mayor esfuerzo por concluir el plan que él mismo había formulado.

Baquero descendió del coche; se veía inquieto, sudoroso; se soltó las mangas, que tenía arremangadas y volvió a abrochar el botón en sus muñecas; se puso el saco, pero terminó por quitarse la corbata, que ya estaba con el nudo bastante corrido. Todo esto lo vio Gabriel a través de la ventana y, de pronto, abrió la puerta.

Baquero, se sorprendió y le dijo:

—Muchacho, buenas tardes.

—Buenas tardes, señor Baquero —dijo, fingiendo amabilidad.

—Me adelanté a abrirle la puerta, pues lo vi que llegaba.

—Gracias, muchacho.

—Adelante, siga —le dijo Gabriel.

Baquero entró y se dirigió a uno de los muebles de la sala, donde pudo descansar su peso.

—¿Quiere beber algo? —le preguntó Gabriel.

—No, muchacho; por ahora nada, muchas gracias.

—Llámeme Gabriel, —le dijo—, pues así me siento más cómodo. Aquella fue una reacción mediada en gran parte por la fatiga que le suscitaban las palabras que evadían su nombre. Quería que lo recordaran y ese fue su primer golpe de autoridad, con el que se ubicaba frente al asunto que se iba a tratar.

—Está bien, Gabriel —le dijo—. Mire que el asunto es complicado.

—¿Qué asunto? —preguntó Gabriel.

—El relativo a la herencia de tus padres.

—Y ¿por qué es complicado? —preguntó, mientras fruncía un poco el ceño.

—Trabas burocráticas, que suelen presentarse.

—¿Y qué traba podría existir para mí? Soy hijo único, como ya se lo he dicho y no conozco a ningún otro familiar cercano.

—En eso tiene razón, pero, igual, ya iremos viendo cómo se desarrolla el trámite, que se debe adelantar con agilidad. Yo lo ayudaré a hacer esos trámites. —En realidad, era una gran ayuda lo que le ofrecía Baquero que, aunque en general se lo veía muy serio, ahora se quería mostrar como un tipo bonachón.

Gabriel, que no hallaba la forma de pedirle prestado el vehículo, empezó por preguntarle:

—Y para ello, ¿qué papeles necesita que le facilite?

—Por ahora, podría darme los documentos de identidad de sus padres. —De inmediato, Gabriel encontró el pretexto que buscaba para pedirle el coche:

—¿Los tiene? —preguntó Baquero.

—Sí, alguno, pero, para traerlos, ¿puede prestarme su coche? Creo que mi padre tenía los documentos en la guantera del coche y se lo presté a Bárbara.

—Claro, muchacho, toma las llaves —le dijo y le tendió la mano para dárselas.

Para Gabriel, resultó sorpresiva la facilidad con que Baquero había cedido a su petición:

—Prometo no demorarme —le dijo y caminó, fingiendo prisa, hacia la puerta, para ir, seguidamente, al coche.

Una vez apretó el botón del seguro y el coche produjo un sonido, abrió la puerta. La escena que se presentó a sus ojos era peculiarmente grotesca. El vehículo estaba sucio; dentro no había un olor muy agradable; alcanzaba a ver envolturas de comida y papeles acumulados en los tapetes. No obstante, entró, se sentó en el asiento del conductor y, una vez accionó el dispositivo correspondiente, lo encendió y se dirigió a la casa donde vivía Bárbara; una vez

allí, lo estacionó, se bajó, fue a la puerta de la residencia, golpeó; Bárbara le abrió y, entonces, le pidió las llaves de su auto; así fue hasta el baúl y lo abrió; vio un rectángulo cubierto de hierba y entendió que aquella era la lápida, también invadida por el moho y alguna maleza bastante crecida.

Lo tomó, abrió el baúl de su propio coche, lo puso allí y lo cerró. Luego, se dirigió a la puerta delantera derecha, la abrió, buscó en la guantera y recogió los documentos. Lo cerró, fue donde Bárbara a entregarle las llaves y volvió al asiento del conductor del coche de Baquero, se subió y emprendió el regreso rumbo a su casa. Cuando llegó, vio a Baquero de pie en el umbral de la puerta; había encendido un cigarrillo y fumaba, mientras le esperaba. Rápido apagó el cigarrillo, lo lanzó al piso y lo refregó con la suela de su zapato derecho. Una vez Gabriel se bajó del auto y se acercó:

—No ha tardado, muchacho —le dijo Baquero.

—¡Gabriel!, por favor; así me sentiría más cómodo. Pues bien, encontré solo estos papeles; no sé si le sirvan. —Allí había una identificación de su padre, un permiso de conducir; también, papeles de su madre—. Y recordé, —dijo Gabriel—, que en un armario hay otros documentos. Voy a traérselos.

Fue a la habitación, se dirigió a un compartimento del armario, que tenía unas puertas que se deslizaban a los costados y sacó unos papeles que también le entregó a Baquero.

—Gracias, Gabriel —le dijo Baquero—, mañana lo llamaré para que podamos seguir con el trámite. —Baquero se despidió, abordó su coche y, con los documentos en mano, partió.

Gabriel se quedó en el umbral y vio como Baquero, tras encender el coche, se alejaba; lo había logrado. Había recuperado la lápida. Como necesitaría la lápida al día siguiente, llamó a Bárbara, pues había introducido las llaves de su coche bajo la puerta.

—¿Bárbara? —preguntó, como si aquel número pudiera contestarlo alguien más.

—Sí, con ella.

—Soy Gabriel; bajo tu puerta dejé las llaves de mi coche; ¿puedes traerlo mañana?

—Está bien, Gabriel, mañana iré; y ¿cómo te acabó de ir con Baquero?

—Me habló de una o dos cosas respecto a la herencia y aproveché el tema para pedirle su coche prestado y sacar la lápida.

—Entonces, nos vemos mañana y me das los detalles de lo que ha pasado. —Por primera vez, Gabriel no quería colgar; deseaba alargar la conversación, pero, sin mucho del protocolo acostumbrado, Bárbara colgó.

CAPÍTULO 6

LA SORPRESA

—¿Sí pudiste encontrarla, muchacho? —le preguntó el hombre tras él. Gabriel se emocionó un poco, pero quiso mostrarse inexpresivo.

—Sí, está en el baúl de mi coche. Aproveché que quería hablar de un asunto con él y le he dicho que iría por unos papeles que dejé en mi coche y me ha prestado el suyo. He tomado la lápida y he vuelto. —Quiso resumir su plan en esas simples palabras, aunque la emoción le seguía acelerando el corazón y quería seguir explicando los detalles de su plan.

—Ten cuidado —le dijo la mujer

—Si tu plan ha ido bien, el suyo ha ido mejor —añadió el hombre.

—¿Cuál plan? ¿Él tenía algún plan?

—Ha aprovechado que salió de la casa y ha husmeado bastante entre sus cosas y las de sus padres; terminó por tomar un folio, lo puso en el cinto de su pantalón y lo cubrió, al ponerse su chaqueta.

—¿Que tomó unos papeles?, ¿de dónde?

—De ese armario, de donde antes había sacado un folio. —Gabriel no se había dado cuenta que allí había más folios y aquello que se había llevado Baquero podía contener algo específico para el asunto de la herencia, que ahora era un total misterio. Caminó un poco más; esta vez se sintió derrotado, pues su breve victoria se había esfumado tras el misterio del folio hurtado.

—Bueno, iremos resolviendo un tema a la vez. La verdad, no recuerdo que allí hubiera otros folios.

—Mañana iremos a dejar la lápida al cementerio.

—Gracias, muchacho.

—Gabriel, por favor —dijo esta vez más amable.

—Gracias, Gabriel —le dijo la mujer.

Entre tanto, Gabriel acabó por ir a recostarse sin más, agobiado. Las dos figuras espectrales lo siguieron por el pasillo y cuando, al fin, sintieron que se había recostado, la mujer le dijo al hombre:

—¿No te parece extraño todo esto?: la lápida, el hombre husmeando en su armario; de seguro el muchacho tiene que responderse muchas preguntas, sobre las que estoy segura no tiene idea.

—Sí, a mí también me ha empezado a parecer extraño todo esto; justamente la lápida la tenía un amigo de sus padres que, además, husmea en la casa y busca documentos.

—Pero debemos desentendernos de esa situación; total, el mundo de los vivos ya no nos concierne más que para buscar volver al nuestro.

—Sí, pero ¿has visto al muchacho?

—Su situación va a ser difícil.

—Sí, al parecer sus padres no se preocuparon lo suficiente por él.

—O se preocuparon demasiado.

—La línea que se cruza es muy delgada; al sobreprotegerlo, quizá le impidieron que conociera cómo es el mundo, cómo son las cosas reales, y ahora se verá envuelto en problemas.

Gabriel, que fingía que dormía, oyó la conversación y pensó que, en realidad, su desconocimiento del mundo era más un asunto de límites. Sus padres le habían puesto demasiados; más que el hecho de sobreprotegerlo, lo habían olvidado a su suerte, pero lo habían llenado de restricciones extrañas. De repente, sintió como los dos, la mujer y el hombre se debilitaban; seguramente se debía a que estar en este mundo, que ya no era el suyo y si permanecían mucho tiempo, pudiera pasar algo malo.

Entonces, se volvió del lado contrario y, pasados algunos minutos, se durmió profundamente. A la mañana siguiente, despertó, aunque primero pensó que se había despertado muy temprano, pues supuso que la oscuridad se debía al hecho de que todavía era noche, pero no podía estar más equivocado. Su aposento, que siempre había carecido de ventanas, solía tener la puerta abierta; esa noche, al cerrarla, había eliminado todo tipo de indicio que pudiera decirle que, en efecto, ya había amanecido. Cuando abrió la puerta, se sintió algo cegado, pues la luz, que entraba por una de las ventanas de la sala y rebotaba con su resplandor casi en pleno sobre las baldosas blancas que cubrían el piso de la cocina, le llegaba directamente al rostro.

Como cada mañana, se dirigió camino al baño, donde lavaría su cara para quitarse el sueño que le restaba encima. Como algo extraño, había podido tener un sueño; no recordaba la última vez que había soñado algo, incluso se esmeraba por recordarlo, pero poco a poco el sueño difuso se fue diluyendo más y más y terminó por olvidarlo.

Se dirigió a la cocina, puso sobre la estufa lo que quedaba del café del día anterior, aquel que habían preparado junto a Bárbara. Que volviera a soñar, sugería que ahora él tomaba las riendas de su vida, pues empezaba por volver a tener aspiraciones en sus sueños, los mismos que hacía mucho no tenía. Pero todo lo que iba sucediendo hasta ese entonces empezó a

transformarse en un coctel de emociones, que no tardaría en llenarlo en dudas. Como fuera, ahora se sentía algo más útil y propositivo.

Bárbara lo esperaba ya afuera, con el coche; Gabriel tomó su chaqueta, se encontró con ella y le dijo que esperara allí, que no tardaría. Con decisión, subió al auto y tomó rumbo al cementerio, donde se encontró nuevamente en el sendero de los pinos y el ángel de bronce; sin captarlo, se estacionó casi en el mismo lugar en que se había estacionado días antes; aferro sus manos al volante unos minutos más, antes de, al fin, descender del coche; abrió el maletero del auto, vio hacia todos lados, para cerciorarse de que nadie le prestaba especial atención; con el maletero abierto, se agachó y tomó entre sus manos la lápida mohosa y sintió entre sus dedos la humedad del barro y la maleza.

Cuando se encontró de pie ante el lugar que había ocupado la lápida, según Bárbara le había referido, pensó por un momento que estaba poniéndola donde debería estar la lápida de sus padres, pero erró. Pensó por un momento en que aquel día había prestado poca atención al lugar exacto de la tumba.

Un hombre que descansaba sobre uno de los pinos del sendero para caminantes lo vio. Aunque él se había cerciorado de que no hubiera nadie prestando especial atención, el hombre se le acercó:

—Esa lápida corresponde, como bien se ha podido imaginar, al espacio ese de los hierbajos aplastados y mohosos —le dijo el hombre que se había hallado posado en el pino

Gabriel sintió frío en su nuca; pensó en que se trataría de un cuidador del cementerio, que podría acusarlo con seguridad con las autoridades por haberse apoderado de una lápida del cementerio.

—Sí, la tomamos con la idea de hacerle un mantenimiento.

—Pero se nota no lo hicieron.

—Es que resulta que nos confundimos de lápida; nos dieron unas señas equivocadas.

—Vamos ya, muchacho, tranquilícese y ponga la lápida en su lugar. —Aunque Gabriel fingió o, al menos, eso trató de hacer, sin duda que se trataba de un pésimo actor; pensó hacerse pasar por un cuidador del cementerio, pero no llevaba consigo ningún overol de trabajo, sino ropa común. La historia de sus engaños había sido breve, así que no tenía experiencia en la materia, aunque un mal observador quizá no lo notaría.

—Debería limpiar la lápida, al menos —le dijo el hombre.

—¿Por qué cree que debería hacerlo?

—Tengo el presentimiento de que, si lo hace, eso le abrirá la puerta a muchas más dudas y, ¿por qué no?, a una que otra respuesta. Además, me ha insinuado que ese es su trabajo.

—Dudas y respuestas, ¿sobre qué, con exactitud? Y, por otro lado, sí, trabajo en esto.

—Hágalo y después me lo dirá.

—Seguramente, no sabe de qué habla.

—Entonces, confíe en mi intuición y hágalo como si se tratara de un favor para mí. —Gabriel se sintió intrigado; ahora, se dio cuenta de que había olvidado lo más importante, cuando se halló con las figuras espectrales en su casa: preguntarles por su nombre; quizá, ahora lo sabría.

De modo que quitó un poco de la maleza que afeaba la lápida y se encontró con el moho y el barro que había debajo; primero con los dedos y después con la palma de la mano completa, intentó apartar el lodo, para despejar la lápida grisácea y descubrir en ella el nombre escrito.

Una vez lo hizo, Gabriel palideció, antes de dirigir sus ojos asombrados hacia diferentes direcciones.

—No se trata de ninguna coincidencia —le dijo el hombre.

—¡Cómo! —exclamó Gabriel, confundido.

—¿O cree que se trata de una coincidencia?

—Un mal chiste, seguramente.

—¿Puede leer lo allí escrito?

—¿Para qué?

—Léalo, por favor —le pidió el hombre—, quiero asegurarme de que hemos encontrado los nombres que buscábamos. —Gabriel leyó, entonces, en voz alta:

Lorenzo Guzmán Morales, 16 de abril 1972-18 de octubre de 1999,

Ana Villegas Garzón, 12 de enero de 1976-18 de octubre de 1999.

De reojo vio la lápida vecina, la de sus padres; anhelante, leyó también Lorenzo Guzmán morales y Ana Villegas garzón; cuando quiso volver su vista en dirección al hombre que le hablaba, este se hallaba a su lado y le extendía la mano:

—¡Mucho gusto!, Antonio Baquero —le dijo, para presentarse.

PARTE II
EL CLUB DE LOS MUERTOS



Figura 2. El Club de los Muertos.

CAPÍTULO 7

BIENVENIDOS AL CLUB

—¡Mátalo, haz que desaparezca! —exclamaba Almirón, mientras se dirigía a Baquero.

—¿Crees que sea más sencillo?, —preguntó este último, mientras se mostraba un poco dubitativo.

—Casi nadie lo conoce.

—La muchacha lo buscará.

—Si alguien robara su teléfono, no habría ninguna prueba de que alguna vez existió.

—Podríamos decir que la muchacha imaginó que el muchacho existía, producto del trauma psicológico debido a la desdicha que había tenido debido a que tuvo que vivir sola. —Ambos empezaron a reírse; Almirón lo hacía con más vehemencia; incluso empezó a golpear el costado de Baquero, que se incomodó y poco a poco, mientras dejaba de sonreír, prosiguió:

—Lorenzo y Ana tuvieron que decirle la verdad.

—Debieron tratar de ponerlo en el club; ¿cómo fueron a descuidarse tanto?

—Con bastante dificultad, lograremos que entre al club; podríamos engañarlo y darle su identidad.

—¿Cómo Ana y Lorenzo fueron a tener un hijo?

—Lo complicaron todo.

—Pero ¿qué verdad se le va a decir al muchacho?

—Que no eran quienes decían ser.

—Sí, lo eran.

—¡Claro que no!

—Sí lo eran; aunque se revistieran con el nombre de un par de muertos, siempre fueron ellos bajo ese disfraz.

—Pero nunca pareció importarles el muchacho; era más bien como un chofer no pagado.

—¡Maldito muchacho! ¡Solo mátalo! —exclamó Almirón, y después se planteó un silencio incómodo—. Por otro lado, —prosiguió—, pudiste sacar los documentos.

—Creo que sí; en un folio, en mi coche; los papeles que me dio el muchacho y los que busqué en su casa; además, debo deshacerme de la lápida.

—¿Aún la llevas? —le preguntó Almirón, sorprendido.

—No me acordé de dejarla en otro sitio y tampoco sé dónde podría hacerlo.

—Habrá que resolver todo esto cuanto antes.

—Sí, podríamos meternos en líos serios, de no solucionarlo pronto.

Mientras tanto, Gabriel salía de a pocos del asombro que le había causado la noticia sobre las andanzas de Baquero en su casa; decidió regresar a su coche, sin estrechar la mano de aquel hombre que había hablado con él. En el camino, el hombre que lo seguía de cerca, le dijo:

—Déjeme que lo acompañe en la vuelta a su casa, Gabriel.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Yo puedo aclararte muchas de las dudas que van a surgir de ahora en adelante.

—¿Dudas, como cuáles?

—Las dudas sobre su identidad.

—Aléjese; me parece que solo dice disparates; ¿a qué identidad se refiere?

—A su identidad, la identidad de sus padres, la identidad de Bárbara.

—¡Basta ya!, ¡déjeme en paz!, —dijo—, subió al coche y azotó la puerta.

—Tome esta tarjeta y llámeme; sé que va a necesitar más de mi ayuda —le dijo, mientras le pasaba una hoja de papel, que había doblado, por la abertura que formaba el cristal de la ventana con la puerta del coche.

Gabriel se hallaba casi agotado por lo que había ido sucediendo en tan corto lapso; las dudas le giraban en la cabeza y le obstaculizaban que se moviera entre los pensamientos que le había generado cada situación. El asunto, del que ya se había encargado, el referente a la pareja espectral, solo había sido el comienzo de una larga lista de situaciones que lo habían problematizado. Quizá un designio divino el que había traído a la vida a aquella pareja, para que pusiera a Gabriel en el lugar que, hasta ahora, se le había negado, el de un hombre de pensamiento libre y consciente de su existencia, pero eso le suponía cada vez un reto mayor, aunque hasta ahora no lo había sido. Gabriel siempre había vivido sometido al poder de sus padres; era más bien un desconocido hasta para sí mismo, eran pocos y casi nulos los grupos a los que sentía que pertenecía y, en realidad, no había ninguno.

Ahora, los asuntos más importantes que rondaban su cabeza eran los relativos al folio que había tomado Baquero de su casa y la aparición del otro en el cementerio, ese Antonio Baquero, que había estado hablando con él en el cementerio. Decidió, pues, oír al segundo y, cuando giraba en la glorieta que tenía un ángel de bronce en el centro, retomó el sendero y vio sobre la acera izquierda al hombre, aún a la sombra de uno de los pinos. Se detuvo del

otro lado, cerca de la acera derecha y, una vez bajó el vidrio de la ventana del coche, le pidió que lo acompañara.

—Me alegro que hubieras vuelto, muchacho, —le dijo el hombre, mientras se sentaba en el asiento del copiloto.

—Cuando iba hacia la salida, me pareció que debíamos hablar un poco más; hay muchas cosas que me dan vueltas en la cabeza —le dijo Gabriel.

—Lo sé; he meditado un poco sobre lo que pasa y le aseguro que soy la persona que mejor lo puede guiar sobre lo que está por venir.

—¿Es grave?

—Es muy grave; si me llegan a ver en su compañía, podrían matarte, si es que ya no es ese el plan.

—¿Por qué?

—Porque se supone que ya estoy muerto.

—¡Vaya!, ¡otro que ya está muerto!

—¿Otro? —Nada dijo Gabriel, al darse cuenta que este hombre estaba vivo, materialmente hablando, pues le había pasado un papel por la ventanilla del coche, había abierto la puerta del coche y, ahora, había sacado un cigarrillo de una cajetilla en uno de sus bolsillos para fumar, idea que abandonó para ser discreto.

—¿Podemos ir a su casa, para que hablemos?, —preguntó—, pero reclinaré el asiento, para que nadie pueda ver que lo acompaño.

—Está bien. ¿Por qué es todo tan delicado?

—Ya lo entenderá todo, a su debido tiempo. —El hombre dejaba notar en su forma de hablar y en su vestimenta algo de elegancia, sin ser ostentoso. Trataba de pasar desapercibido y, en efecto, lo había logrado. Extraño personaje el que ahora se hallaba medio acostado en el asiento a su lado, pero Gabriel decidió ser cómplice del silencio que se produjo después de las pocas palabras que intentaron intercambiar. La escena se asemejaba mucho al típico diván del psicoanalista, que se sienta a un lado de su paciente para oírlo, pero en el coche los papeles se habían invertido, el hombre con más respuestas se hallaba acostado y aquel a quien se le notaba a leguas la inquietud presidía el timón del coche.

CAPÍTULO 8

EL RETORNO A CASA

Una vez se hallaron en casa de Gabriel, Bárbara, que estaba esperándolo, se sorprendió al verlo acompañado.

—¿Cómo ha ido todo aquí? —le preguntó Gabriel.

—Al parecer muy bien, pues ya se han ido. —Entonces, alzando la cabeza, el hombre que había dicho llamarse Antonio Baquero la saludó:

—Y él ¿quién es?

—Un muerto.

—¿Otro más?

—No necesariamente; ahora vamos a saberlo. —Tomaron asiento, aunque Bárbara no despegaba su vista de aquel hombre.

—Quieren matarlo, —le dijo el hombre secamente, al dirigirse a Gabriel.

—Pero ¿por qué?

—Creo que para que los dos me entiendan, tendré que explicarme bien.

—Eso sería una gran ayuda —le dijo Gabriel.

—Verán, lo primero que tenemos que afrontar es que no se trata solo de Baquero y Almirón; el club al que pertenecen lo he denominado el Club de los Muertos; comenzaron a raíz de un pequeño error que notaron en el sistema de la Registraduría que les permitía utilizar la identidad de alguien que había muerto, cuando no se notificaba como muerto de forma adecuada. Así, empezaron a tomar identidades y cada vez más personas abandonaban su vida, tomaban la identidad de alguien más, pero cuidaban bastante bien el perfil de las personas a las que buscaban; una vez las encontraban, verificaban que no fueran personas con muchos conocidos, familiares o herederos. Trataban de hacer todo esto con rapidez, porque, aunque han permeado muchas instituciones del Estado, en las auditorías o revisiones siempre hay un chivo expiatorio que cae... —Se produjo un silencio algo breve. —Nos enfrentamos a un grupo peligroso, porque se trata de personas ambiciosas y su ambición los va a llevar a que muestren su cara más despiadada.

—Sí, pero ¿yo qué tengo que ver con ello?

—Para ellos, se trata de un cabo suelto, uno muy peligroso.

—Pero ¿por qué? Ellos ni siquiera suponen que yo lo sé.

—Pero tus padres (y disculpe que comience a tutearlo), ellos pertenecían al grupo. Por eso, seguramente, dejarte vivo será un riesgo que no quieren correr.

—¡A qué rayos se refiere!, ¿cómo que ellos pertenecían a ese grupo? —preguntó Gabriel.

—Sí, pertenecían al club, al igual que Baquero y Almirón.

—Esto cada vez es más confuso —intervino Bárbara, notablemente extrañada.

—¿Saben?, para mí resultó irrisorio la primera vez que oí a un hombre que se quejaba por un error de este tipo, alguien que no había muerto notificado como si hubiera muerto; alguien que muere, pero burocráticamente sigue vivo; este tipo de trampillas se descubre casi siempre por pequeños errores, de los que alguien interesado en ello siempre está dispuesto a aprovecharse. Yo, como bien le he dicho a Gabriel, soy Antonio Baquero, y el Antonio Baquero que ustedes ya conocían goza de mi identidad.

—Y ¿por qué no está muerto? —preguntó Gabriel.

—Me creyeron muerto, pero logré salvarme. Si recuerda la lápida que ha llevado hoy al cementerio, bueno, como ellos, soy un despojado de aquello que más podría echar en falta, mi identidad, pero, a la vez, aquello que nadie podría buscar, porque, en realidad, no está en ningún lado.

—Antes me dijo que han permeado muchas instituciones del Estado, —dijo Gabriel.

—Instituciones, ¿como cuáles? —preguntó Bárbara.

—Tienen a muchas personas dispersas en instituciones y puestos importantes, como registradores, fiscales, investigadores, jueces.

—Y usted, ¿qué pretende exactamente conmigo? —preguntó Gabriel.

—Primero, salvarte la vida.

—Y ¿cómo es que está tan seguro de que intentarán matarme?

—Vea, no hace falta que pase mucho tiempo antes de que empiece a hacer trámites que pondrá una lupa enorme sobre ti y tus padres y, si hay muchos cabos sin atar, podría caerse el Club completo.

—Pero ¿qué quieren de mí?

—Un silencio tan sepulcral, que te matarán para conseguirlo.

—Muchas cosas no tienen sentido.

—Es cierto, no lo tienen; es necesario comprenderlo mejor y, por lo que he podido averiguar, tal vez no entiendas el funcionamiento de mucho de lo que sucede. Para ti, el mundo es muy pequeño. —Gabriel quiso enfadarse por un momento, pero valoró la veracidad en sus palabras; además, él mismo creía en lo que decía aquel hombre; la vida se había reducido

siempre para él a una introspección tan marcada, que le constaba ser expresivo, incluso con la mujer que siempre lo había acompañado, Bárbara.

—Como te he dicho, necesitan del Estado y estas sociedades secretas se forman casi de forma natural en él. Son personas con los mismos intereses, que no ponen límites de ningún tipo a sus acciones, ni éticas ni morales; en busca de sus objetivos, todo resulta válido.

—Ayer, mientras hacía una diligencia, Baquero tomó de mi casa algunos documentos, por lo que tiene unos que le proporcioné y se llevó de mi casa otros.

—¿A qué tipo de documentos te refieres?

—Pase de conducir, identificaciones, registros civiles, ese tipo de cosas.

—Claramente, los documentos se relacionan en su totalidad con el Club, con sus identidades. Una vez que muere algún integrante, si su identidad aún es reciente y las identidades que tenían tus padres aún lo eran, podrán dárselas a alguien más o reclamar los bienes que poseían antes que el Estado los reclame o se den cuenta de que están muertos —concluyó—. Lo primero Gabriel, es que te mudes, que salgas de esta casa, donde serás un blanco fácil.

—Y ¿a dónde iré?

—No lo sé, esa es una buena pregunta.

—A mi casa —dijo Bárbara.

—Allí no; lo buscarán inmediatamente en ese lugar.

—Tampoco quiero involucrar a Bárbara; debe haber otras opciones, pero ahora ninguna se me ocurre. ¿Puedo ir con usted?

—¿Conmigo?

—Sí, contigo, —dijo Gabriel.

—Así solo lograríamos ser un blanco mucho más grande.

—Pero eres el único que puede ayudarme; además, tú me has metido en esto.

—Yo no te metí en nada; te he advertido que podrían matarte y les he explicado por qué. —Había preocupación en el rostro de Gabriel, pero su mente ya había aceptado la convincente historia de este nuevo Antonio Baquero. Dejar de creerle, ya no le resultaba válido. Todo cuanto le había contado, amparado en lo que había visto en las lápidas...; mucho de ello era innegable.

—Un momento —dijo Gabriel, al recordar lo relativo a la lápida—, ¿cómo han podido olvidar la lápida, dejarla cerca, a un lado.

—Eso es mucho más sencillo de lo que crees. El afán de recibir el dinero de los seguros, porque también eso cobran, llevó a que olvidaran que el lugar donde los habían enterrado

figuraba a nombre de tus padres, pero, también, de los originales dueños de las identidades, a quienes ya habían sepultado allí. —Con torpeza, Gabriel iba afrontando lo que pasaba; inexperto, no podía manejar adecuadamente sus emociones, pero, a todas estas, estaba empezando a entender el papel que había representado para sus padres: era como una mascota, a la que ignoraban, pero, a la vez, alimentaban. Quizá no fueron capaces de deshacerse del muchacho, pero tampoco buscaron formas de ayudarlo. Le habían enseñado un par de cosas, casi ninguna útil para que sobreviviera por sí mismo. El coche, en el que se movilizaba, tuvo que aprender a manejarlo, para relevar a su padre en los viajes largos o para llevar a su madre a hacer las diligencias. Fuera de eso, casi no lo utilizaba. De pronto, le surgió una pregunta:

—¿Y cómo sé yo que, como me ha dicho, no tengo una identidad?

—Corrobórelo.

—¿Cómo?

—¿Tiene algún documento de identidad?

—¿A la mano?, no

—¿Tenía el pase para conducir?

—No, conducía sin pase.

—Y si no están a tu disposición esos documentos, ¿dónde están?

—Mis padres los guardaban. —El hombre sonrió levemente, con un gesto de ironía en su rostro:

—No los han guardado, porque jamás los tuvieron. De todas maneras, la verdadera razón por la que estoy aquí es más grave: no tiene que ver con la identidad de tres o cuatro personas, sino de muchas. El Club se hizo cada vez más grande y ahora tiene objetivos mayores, pero con las mismas técnicas y argucias para llegar al poder: los muertos.

—Entonces, ¿por qué me buscó?

—Porque es más fácil resolver esto con otro cabo suelto y no confiarlo todo a la policía.

—¿Por qué no confiar en ella?

—¿Crees que allí no hay altos mandos que pertenecen al Club?

—Resulta difícil de creer, pero si insistes...

—Bueno, pues lo que buscan es, y allí van a mostrar su poderío, adueñarse de los puestos públicos; vamos a ser más concisos, con todos esos muertos y esas identidades robadas, van a robar elecciones, para multiplicar su poder.

—¿Y qué podemos hacer?

—Conocemos miembros y sabemos que las elecciones se acercan.

—¿Qué supone eso?

—Que debemos trabajar y documentar bien todo.

—¿Para qué?

—Demostrar que el Club existe.

—Y, de paso, meternos en más problemas.

—Si quieres, puedes evitarlos y eso no borrará el hecho de que irán tras de ti; con o sin motivos, igual, te buscarán. —Con algo de furia, pero al comprender la situación, pidió un día de plazo, para asimilar aquello que de golpe aún no acababa de entender por completo.

—Eso resulta peligroso, pero entiendo; yo no puedo quedarme aquí; la tarjeta que te di, ¿aún la guardas?

—Claro.

—Lláname mañana; piénsalo bien, pero debes ser rápido —abrió la puerta y se marchó, para dejar atrás a un par de muchachos inexpertos, que pensaban sobre una situación desconocida que, por ahora, solo podía situarlos en el papel de la probable víctima.

CAPÍTULO 9

LA HUIDA

Esa noche, Bárbara tomo un taxi para ir a casa; Gabriel no pudo dormir bien; dubitativo, vio hacia el techo durante toda la noche, hasta que, antes de la madrugada, pudo conciliar unos minutos de sueño, por lo que pudo vislumbrar una fantasía nueva que, al igual que la anterior, se desvaneció tras algunos momentos.

—Bueno, suspiró, tengo que tratar de arreglar esto.

Tomo un morralito y lo lleno con ropa suya. De todas maneras, casi no ocupaba espacio su ropa. Guardó algunos otros elementos personales y, cuando eran alrededor de las ocho de la mañana, tras caminar algunos pasos, decidió llamar al nuevo Baquero, al que había conocido la tarde anterior

—¡Aló!, —dijo Gabriel.

—¡Aló! —dijo una voz al otro lado.

—¿Con Antonio Baquero?

—¿Te decidiste?

—¿Cómo sabes que soy yo?

—Además de reconocer tu voz, casi nadie me llamaría aquí.

—¿Por qué?

—Porque nadie más sabe que estoy aquí.

—Bueno, le di vueltas al asunto anoche y quiero que me ayude.

—No será fácil, pero lo haremos, por el bien no solo de nosotros sino de los demás.

—¡Al carajo con los demás!, solo quiero evitar que me maten.

—Así será.

—¿Cuáles son los pasos a seguir?

—Ya tienes tus cosas listas, supongo.

—Supone bien.

—No tardaste mucho en decidirte.

—No había mucho que empacar, ni siquiera buenos recuerdos.

—Ven a la Avenida Rivera; te esperaré en una de las bancas en el parque, cerca de la avenida; si lo necesitas o no me encuentras, llámame de nuevo; asegúrate de que no te sigan.

—Okey —dijo Gabriel, para terminar la llamada.

Subió al coche, lo puso en marcha, vio en todas direcciones y, al no ver a nadie, arrancó para ir hasta la avenida. No tardó mucho en llegar; la prisa lo llevó a que condujera con más destreza. A lo lejos vio una figura que, de inmediato, supo que era la de Antonio Baquero, que se mantenía erguido en un asiento del parque, mientras veía a todos lados.

—Se ve tranquilo, pero también se impacienta; al parecer eso es normal, —dijo Gabriel, hablando consigo mismo, mientras lo veía. —Cuando vio el coche de Gabriel, Antonio caminó hacia él y subió, para acompañarlo.

—Vamos, te iré dando indicaciones —le dijo.

—¿A dónde iremos?

—A buscar un lugar donde estés más seguro y podamos hacer esto mejor.

—Está bien.

—Primero vamos a buscar un lugar para que descanses y pases las noches; en cuanto a tu coche, vas a dejarlo en un parqueadero, donde seguramente permanecerá hasta resolver todo esto.

—¿Y cómo lo haremos?

—Vamos a esperar que vengan por ti.

—O a fingir mi muerte.

—Ellos la van a encubrir.

—¿Por qué?

—Porque si aparece una noticia de que ha muerto alguien que no se encuentra registrado en ningún lado, alguien sin identidad, eso empezaría a levantar rumores, cuando las elecciones están tan próximas.

—¿Sabe que podríamos hacer?, —dijo Gabriel—, seguir a Almirón.

—Yo aún no he descubierto dónde vive —dijo Antonio.

—Yo tampoco lo sé con certeza.

—Además, seguir a alguien requiere una gran destreza; tienes que mimetizarte, llevar un ritmo de tal modo que no destaque.

—Abandonemos esa idea; seguirlo será complicado. Entonces, ¿podemos pagar a un detective privado para que lo siga! —dijo Gabriel, animado—. Si lo descubren, no tendrá mucha información y, además, alguno tendrá maestría en esos trabajos.

—Tienes razón, debemos recurrir a uno diestro en seguimiento. —Aparcaron frente a un hotel maltrecho; en una de las esquinas, había un parqueadero y hacia allá se dirigieron.

—Para parquearlo, busca un lugar en el que no sea tan visible y allí dejarás el coche. ¿Tienes algo de dinero?, —le preguntó Antonio.

—No mucho; ¿cómo haremos para conseguirlo?

—Haciendo pequeños trabajos.

—Yo nunca he trabajado —le dijo Gabriel.

—Bueno, debes empezar a hacerlo. Llama a Bárbara y dile que te has ido, que ya no vivirás allí; que tuviste miedo y decidiste huir. Quizá con un poco de suerte logres sacarla de este embrollo y Baquero y Almirón estarán en la misma posición que nosotros. No sabrán dónde empezar a buscar.

Una vez dejado el auto en el parqueadero, se dirigieron al hotel; Antonio se despidió de él, Gabriel entró en el hotel, pidió una habitación y subió detrás del recepcionista, un hombre mayor, que lo guio por unas escaleras desalineadas y unos largos, pero estrechos, pasillos. El hombre puso en el pomo de la puerta las llaves; era la habitación 302; entonces, le dijo al muchacho, mientras lanzaba una bocanada de humo de su cigarrillo:

—Si va a desocupar la habitación, tiene que decirme con algo de anticipación, —y se alejó sin volver la cara a verlo hacia el pasillo que los había llevado hasta allí.

Cuando abrió la puerta de su habitación, unos olores extraños invadieron su olfato; la imagen desarmonizaba en todo lo que podía hacerlo: había una cama pequeña y maltrecha que ocupaba el dormitorio, una puerta pequeña que conducía al baño, un área de cocina que no ocuparía más de un metro y medio; así, entró y arrojó su bolso sobre la cama, mientras daba una vuelta por la habitación, que solo tenía una ventana en dirección a la esquina y desde allí se podía ver su coche a la perfección. Entonces, tomó su teléfono e hizo la llamada que Antonio le había pedido:

—¿Bueno?, —dijo Gabriel. Bárbara lo reconoció:

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Antonio me indicó que, por ahora, saliera de la ciudad, pues eso podría evitar que me maten.

—Y ¿a donde irás?, ¿cuándo te irás?

—De hecho, ya voy de camino a un lugar más discreto, —le dijo Gabriel.

—¿Y cuánto tardará esto?

—Lo suficiente como para que no tengas problemas por mi causa —le dijo Gabriel.

—Hubieras podido llevarme. —Gabriel dudó; al igual que había sentido antes, mentir no era algo que se le diera muy bien; calló un momento. Si preguntan por mí, tienes que decir que no sabes absolutamente nada de mí desde ayer.

—¿Puedo saber dónde vas a vivir? —le preguntó Bárbara.

—Quizás voy a quedarme en un hotel.

—Si lo que quiere Antonio es evitar que te maten y descubrir todo esto antes de las elecciones, tienes cosa de siete u ocho meses, nada más.

—Seguramente te llamaré para saber cómo estas, Bárbara. Por favor, cuídate; te quiero mucho —y colgó. ¡Vaya acto de valentía el que acababa de concluir! Había dejado atrás lo único seguro que siempre había tenido, el cariño de Bárbara, y, a su vez, la dejaba librada a su suerte. Aunque no sería mucho el tiempo —pensó— el que iban a pasar separados.

PARTE III
EL REENCUENTRO

CAPÍTULO 10

UN TIEMPO DESPUÉS

Habían pasado seis meses, en los que Gabriel y Antonio se habían convertido, de hecho, en grandes amigos. Gabriel se había vuelto algo más robusto, no solo física, sino también emocionalmente. Había empezado a trabajar, algo que jamás había hecho antes y había sentido gran gusto por ello; ahora se sentía mucho más útil. Las llamadas con Bárbara habían ido y vuelto. Durante aquellos meses, ella le había contado que Baquero y Almirón habían inventado que él se había comunicado con ellos para participarles su decisión de vender la casa de sus padres; así es, la que había sido su casa, ahora se hallaba ocupada de nuevo, desde hacía uno dos meses.

El detective que habían contratado ya les había entregado una lista de las direcciones que solían frecuentar Almirón y Baquero, sus residencias, personas y fotografías de las personas con quienes se reunían. Antonio y Gabriel, aun con el tamaño pequeño de la ciudad, siempre habían evitado encontrarse a Baquero y a Almirón y lo habían conseguido, aunque sí los habían visto en uno que otro periódico, cuando los entrevistaban, sobre todo a Baquero, que seguía siendo registrador; su gestión se aplaudía y la eficiencia de su oficina se resaltaba. Uno de esos periódicos no hacía sino hablar maravillas sobre él, sus empleados y su despacho.

Para evitar que lo reconocieran, Gabriel se había dejado crecer el cabello y también lo acompañaba una barba desorganizada, que solo arreglaba de vez en cuando. Por fin, tras 25 años, físicamente empezaba a revelar su edad, pues antes siempre había parecido un niño, pues era un joven insulso y delgado, al que nadie o casi nadie tenía en cuenta.

La habitación de hotel que seguía ocupando, se había transformado. Ahora era un poco más ordenada; Gabriel mismo la había transformado, para mejorarla. Por la ventana, se seguía viendo el viejo Chevy en la esquina del parqueadero, pero esta vez mas deteriorado y las llantas ponchadas. Se veía que no había resistido el paso del tiempo y estar a la intemperie en el lugar, en el que había quedado expuesto a los severos soles y a las fuertes lluvias.

—Ya tenemos algo de dinero —le dijo Antonio, que había entrado a su habitación.

—¿Para qué? —le preguntó Gabriel.

—¿Ya olvidaste nuestro objetivo?

—No, no lo he olvidado. —Gabriel, que durante aquellos meses, y en la soledad que su habitación le proporcionaba, había reflexionado sobre todo, ya sentía que aquello de la identidad no tendría mucha repercusión en su vida, pues con o sin identidad seguiría siendo el mismo: la identidad está en mí y no en los documentos —había llegado a pensar—; no

existir burocráticamente no era algo que le agraviara demasiado, pero acompañaría a Antonio en su propósito por el cariño que había empezado a tenerle; ya lo había llegado a considerar como un padre, pues había tenido más actitudes de uno que su propio papá.

Un día decidió contarle la breve anécdota relativa a la lápida, que más que breve anécdota, era la única que tenía. Cuando se la refirió, y lo hizo con mucha seriedad, como también lo relacionado con la mujer y el hombre espectrales, el ambiente entre los dos se tensó; Antonio había tratado de bromear con aquello y había dicho:

—Pues, seguramente, al ver dos invitaciones, allá en el otro mundo, con el mismo nombre, habían devuelto a unos. Es una verdadera desgracia que la burocracia acompañe también la vida que, a lo mejor, va a seguir en el más allá. —Eso había dicho y rio un poco, antes de notar el rostro serio de Gabriel, para quien algo era claro: ese episodio lo correlacionaba todo y, por ahora, Antonio no era consciente de la importancia que tenía, pero Gabriel no lo culpaba.

—Mañana iremos a visitar los lugares que nos ha indicado el detective, que ha sido muy preciso. Veremos si a estas alturas ya tienen algo ideado para el día de las elecciones.

—Entre las fotografías de las personas con quien se reúne Almirón, ha aparecido el candidato, el tal Israel Arias. ¿Qué supones? —preguntó, con picardía.

—Que alguien va a tener muchos votos de personas que han muerto o de muertos que aún viven.

—Supones bien.

—Entonces, vamos a rentar un coche, para poder movernos con mayor facilidad; andar en taxi nos costaría un ojo de la cara.

—¿Qué debo llevar?

—Lleva tu teléfono y una cámara que pueda grabar video.

—Iremos en la noche; así será más fácil evitar los obstáculos.

—Me dijeron que a las siete u ocho usualmente se reúne con muchas personas en un restaurante, en el centro. —Gabriel pasó la noche inquieto; estaba un poco ansioso, aunque el tiempo con Antonio lo había hecho un hombre algo más decidido; enfrentarse a su pasado siempre le provocaba dudas y parecía devolverlo a ese estado primario del muchacho que ignoraba las cosas reales del mundo, aunque, de cierta forma, en el fondo lo seguía siendo.

Llegada la noche del día siguiente, antes de que Antonio llegara por él en el coche rentado, llamo a Bárbara y le dijo por encima lo que habían planeado hacer. Faltaba poco para un reencuentro, le había dicho, aunque todavía se movía en la incertidumbre. Al oír el pito de un coche afuera, se despidió cariñoso y salió. Se encontró con Antonio a bordo de un auto, no muy nuevo y bastante discreto. Abrió la puerta y se subió en el asiento del copiloto:

—¿Esto es lo mejor que has podido conseguir?

—¿Has tratado de rentar un coche sin identificación alguna?

—No, y... ¿te pidieron una?

—Sí.

—Y ¿cómo lo hiciste?

—Puse algo más de dinero sobre la mesa.

—¿Por cuánto tiempo lo rentaste?

—Tendremos el auto durante tres días.

—¿Solo ese tiempo?, ¿crees que sea suficiente?

—Creo que debemos ser rápidos; tenerlo mucho tiempo nos llevaría a ser visibles.

—Bueno, —dijo—, ¿a dónde vamos?

—A ese restaurante; esperaremos a cierta distancia y veremos quiénes llegan al lugar.

CAPÍTULO 11

LA ESPERA

Se estacionaron entre los coches, a un costado del restaurante, y vieron llegar a varias personas, entre ellas al candidato. Parecía que era una reunión importante —le había dicho Gabriel—. Siguieron llegando las personas, incluso Baquero había llegado allí.

—¿Crees que todos tienen identidades robadas?

—No lo sé —dijo Antonio.

—Creo que eso es probable.

—¿Incluso el candidato?

—No, él no, pero necesita de los otros.

—Y sabe lo del Club, por eso se reúne con ellos.

—Quizá sí o quizá no.

—Aunque con este tipo de personas es mejor esperar lo peor.

—Tienes razón —dijo Gabriel.

Antonio, de carácter más decidido, dijo:

—Iré a comprar algo de comer allí y veré si todos ellos están reunidos en alguna parte del restaurante. —Mientras Antonio bajó y fue en dirección al restaurante, tras él un coche lo iluminó con las luces altas, cosa a la que Gabriel no le prestó mucha atención, pues estaba pendiente de Antonio, hasta que desapareció por la puerta del restaurante.

Como estaba tan concentrado en lo que veía, unos golpecillos en el cristal lo llevaron a que se sobresaltara en su asiento; era Almirón que, a través del cristal de la ventana del coche le decía algo que Gabriel no acababa por entender. Cuando bajó algo el vidrio, oyó que le decían:

—¡Mueve el maldito coche!

—Pero hay muchos lugares para estacionar —le respondió, mientras intentaba fingir una voz más grave.

—Este sitio está reservado.

—Está bien —dijo—, lo moveré, deme un momento, —pero esta vez olvidó fingir la voz. Almirón se marchó, aunque durante unos momentos lo miró, atento, a la cara.

Gabriel, por su parte, sentía que el sudor había perlado su frente y en la sien; se bajó, cerró su puerta, dio la vuelta, abrió la puerta del conductor, brinco la palanca y el freno de mano, puso el coche en neutro y empezó a empujarlo, con la puerta abierta.

Almirón seguía pendiente del muchacho desde el asiento de su coche y, para no dejar entrever que había perdido el interés por el sitio para parquear, volvió a pitar; el pitazo una vez más le aceleró el corazón a Gabriel. Nunca había sentido la pesadez del coche que, en esta circunstancia, parecía que pesara el doble.

Entonces, Antonio asomó en la puerta del restaurante y vio a Gabriel tratando de empujar el coche, por lo que caminó rápido hasta llegar donde Gabriel:

—Ten las llaves —le dijo Antonio y dio la vuelta para subirse al coche—. Gabriel subió, algo confuso, y trató de poner la llave en su lugar, pero el nerviosismo lo llevó a que errara dos veces. Al fin, la puso, encendió el carro y se marchó lentamente.

—¿A dónde vas?, ¿qué has hecho?

—Mira el coche que va a parquear donde nosotros estábamos.

—¿Para qué?

—Míralo. —Antonio volteó y echó un vistazo:

—Es el auto de Almirón —dijo—. ¿Crees que te ha reconocido?

—Traté de fingir la voz, cuando tuve que hablar con él —pero lo que no le dijo es que había olvidado hacerlo una vez, aunque no sabía si Almirón había logrado reconocerlo o no. Su corazón seguía acelerado. La cara de Almirón seguía siendo la misma que meses atrás había dejado, como si se tratara de un fantasma nefasto, no había cambiado en nada; quizá estaba algo más gordo, pensó.

—Adentro estaban todos reunidos.

—¿Y notaste algo extraño?

—No, aún no comenzaban su reunión; solo se saludaban entre sí.

—¿Y qué haremos ahora?

—No podemos quedarnos aquí.

—Claro que no; Almirón ya nos vio; vuelve al hotel, pues ya tenemos algo de información.

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Sabemos que está aquí en el restaurante; entonces, vamos a su casa.

—¿Dónde vive?

—En las afueras.

—Será difícil entrar, si se trata de un conjunto cerrado.

—No lo creo; he visto esas casas y son de tipo campestre; además, no tienen ningún tipo de vigilancia.

—Vamos allá, entonces.

CAPÍTULO 12

UNA NUEVA ESPERA

En el camino, los dos conversaban, aunque también callaban por momentos, sobre la inesperada aparición de Almirón se preguntaban, ¿los habían visto, los habían reconocido? Esperaban que no. El teléfono de Gabriel empezó a vibrar con insistencia. Antonio oyó el vibrador:

—¿Te están llamado? —le preguntó.

—Sí.

—Supongo que es Bárbara. —Gabriel guardó silencio—. Me has dicho que hablas con ella desde que saliste de tu casa. —Gabriel seguía callado.

—No te preocupes, te entiendo y, al parecer, ella también ha sabido ser discreta. Contéstale.

—¡Aló! —dijo Gabriel. —A través del celular, en voz baja,

—Del otro lado Bárbara preguntó—: ¿Algo salió mal?

—¿Por qué lo preguntas?

—Almirón está afuera de mi casa. —Gabriel no supo qué responder; frenó el coche de golpe:

—Almirón, —dijo—, está en su casa como dándole un reporte a Antonio que se sorprendió.

—Ese nos ha pillado, ve hacia allá.

—Y, ahora, ¿qué voy a hacer?

—No lo sé, déjame pensar: pregúntale si hace mucho que llegó.

—¿Hace cuánto llegó Almirón?

—Hace algunos momentos, ni siquiera se ha bajado del coche.

—¿Y está solo? —preguntó Gabriel.

—Sí, al parecer lo está.

—Vamos para allá, no te preocupes. —Gabriel buscó un sitio para cambiar de dirección y dirigirse a la ciudad; una vez lo hizo, aumentó la velocidad, que se tornó vertiginosa. Una vez tomó el regreso, le dijo a Bárbara:

—Espera que golpee y déjalo pasar, pero deja la puerta abierta y trata de entretenerlo un poco.

—¿Dejo la puerta abierta?

—Sí, entreciérrala, que vamos para allá.

—Está bien —dijo Bárbara y se oyó que, antes de colgar susurró:

—Ya viene —y se le notaba el miedo en la voz.

Gabriel mostró su destreza al volante, pasó algunos semáforos en rojo; varios, de hecho; luego de un cuarto de hora, por fin estaba cerca; a lo lejos, vio la luz que salía a la calle desde la casa de Bárbara. El coche de Almirón aún estaba afuera. Cuando llegaron, detuvieron el coche y corrieron en dirección a la puerta. Se ubicaron a ambos lados de ella y trataron de echar un vistazo hacia adentro; no se veía nada en su sala; trató de oír si había algún ruido y entraron despacio hasta la pared más cercana; de pronto, oyeron un grito de dolor ahogado:

—¿Dónde está el muchacho?; me habías dicho que no sabías qué había sido de él.

—No lo sé, le digo que no lo sé.

—Claro que lo sabes; sigue aquí, ¿cierto?

—No lo sé, no lo sé; un buen día desapareció y no volví a saber de él —dijo Bárbara, con voz dolorida.

—Sí, lo sabes; habla de una buena vez —le dijo Almirón.

A Gabriel le costaba descubrir de dónde provenían las voces; se asomaba aquí y allá, se movía con agilidad y casi sin ruido, hasta que, por fin, dieron con la habitación; Almirón la había llevado hasta el rincón de la lavandería, bastante apartado y que ocultaba muy bien el sonido.

—Vamos contra él —dijo Gabriel, mirando a Antonio.

—¡Adelante! —le dijo Antonio.

Gabriel intentó atacar a Almirón, pero su peso era como si lo atornillara al piso y, de pronto, se vio apresado por los brazos de Almirón, entonces, Antonio lo atacó y entre los dos lograron derribarlo. Sin saber cómo, Almirón se levantó con agilidad y golpeó con fuerza a Gabriel; sin duda, tenía una mano que golpeaba con firmeza. El golpe lo lanzó al piso y sintió un dolor en su espalda pues había caído sobre una caja con herramientas; entonces, Antonio golpeó a Almirón con una llave pico de loro que había tomado de las herramientas, lo alcanzó en el hombro izquierdo y pareció que se lo había dislocado; Almirón, al verse acorralado, llevó la mano al cinturón para sacar con su mano regordeta un arma; cuando el metal del arma brilló en su mano, los dos se abalanzaron sobre él, en el intento de quitársela y reducirlo; Gabriel alcanzó la llave que había quedado en el piso y con ella lo impactó en la cabeza, por lo que Almirón soltó el arma y cayó contra una de las punta de la lavadora y luego al piso.

—Lo mataste —oyó, aunque no sabía quién lo había dicho.



Figura 3. Un muerto doble.

—Parece que está muerto —dijo otra voz.

Gabriel sintió que el mundo se paralizaba: ¡cuán rápido había pasado de ser una víctima potencial a ser un victimario. Al final, el reencuentro había resultado trágico; se había reencontrado con su ser más primario e instintivo; se había reencontrado con un fantasma del pasado, al que acababa de matar, y, no menos importante, se había reencontrado con Bárbara, a quien no había visto aún en el fragor de la pelea con Almirón, pues todo había pasado a un segundo plano y solo había sentido el deseo y el agobio de tener que defender su vida.

Ese, aquel que con ferocidad había matado a Almirón, sentía que no era él; estaba callado, tampoco sentía el dolor, pues lo sentía en su espalda y sangraba de su nariz y de una ceja. Poco a poco volvieron las sensaciones a su cuerpo y el mundo pareció que estallara en un instante. Se reencontró con la realidad que había querido dejar atrás y que ahora se le presentaba más inmediata que nunca.

CAPÍTULO 13

LA DESESPERACIÓN

Ensordecido por el silencio que penetró en aquel cuarto de proporciones mínimas, no solo ya había confrontado a uno, sino al más peligroso de sus fantasmas, a Almirón, sobre el que poco alcanzaron a descubrir, pues ya no formaba parte activa del problema, pero seguía en él inevitablemente. No pasaría mucho antes de que alguien se preguntara por él, mucho menos que alguien empezara, con paranoia, a inquietarse por los pequeños cabos sueltos que se iban convirtiendo de a pocos en núcleos fuertes que requerían de gran atención. Por fin, un maltratado Gabriel soltó unas palabras ante el manojito de silencio y nervios en que había caído:

—Lo maté —dijo entre inquieto y confundido, en espera, de seguro, de que alguien negara su afirmación.

—Era él o nosotros —dijo Antonio tras él, notablemente fatigado.

—¿Qué vamos a hacer?, ¿adónde vamos a ir ahora?

—No tenemos dónde ir.

—¡Pero no ve que está muerto! —exclamó Gabriel.

—Sí, pero ellos no harán un escándalo muy notorio, porque visibilizarse les resulta un problema.

—Pero ya sabrán que algo ha pasado.

—Sí que lo saben, pero irán con cuidado; si vienen exaltados por ti, no harán más que cometer errores.

—Por mí, por nosotros, querrás decir tú, que me has metido en esto; esto también es culpa tuya.

—Por nosotros, entonces, —señaló Antonio, pues quería darle algo de razón para zanjar las diferencias—. De cualquier modo, tranquilízate, pues este ya está muerto.

—¿Estás seguro? —preguntó Gabriel, mientras lo miraba expectante.

Antonio, para tratar de desviar su atención para que la inquietud no acabara con él, cambió su pregunta por una respuesta que no aclaraba mucho:

—Debes ser consciente de que esto cambia los planes; debemos hacer todo con aun más rapidez; ser ágiles. —Su diálogo se interrumpió por el efusivo abrazo de una Bárbara, que había recibido un castigo severo de parte de Almirón; medio sollozante, lo abrazó del cuello

y lloró sobre su hombro, mientras apoyaba la cabeza. Gabriel trató de abrazarla y acariciar su cabello con el brazo algo doblado y, aunque la escena los conmoviera, se veían extrañamente unidos; ese modo algo gimnástico de abrazar no se veía natural, ni muchos menos cómoda. Rápido separó los brazos de Bárbara de su cuello y la abrazó esta vez de frente, para darle el toque especial que tiene un buen abrazo.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo?, —le preguntó Bárbara, algo triste y adolorida.

—Lamento haber llegado tarde; no sabíamos que él vendría hasta aquí —le contestó Gabriel.

—Me refiero a estos meses, Gabriel —le dijo Bárbara, en una voz baja, casi susurrante.

Gabriel no pudo contestarle, pues, en realidad, esa pregunta no tenía una respuesta adecuada, ya que no había estado lejos; ella, de hecho, sabía que él seguía en la ciudad; no se lo preguntaba para que él le diera una ubicación, sino para que le diera una explicación concisa sobre el porqué no había corrido en su auxilio antes incluso de que pasara aquello con Almirón, puesto que, en su ausencia, había tenido que luchar con la soledad, que de seguro la había castigado aún más que Almirón, pues la soledad no se solventa con calmantes o suturas.

En eso se dio cuenta que, por la oreja izquierda, Almirón había empezado a sangrar; con suavidad, las gotas se fueron acumulado hasta que formaron un charco, levemente notorio bajo su cabeza.

Antonio dio palmaditas en sus bolsillos, primero en los del pantalón y, luego, en los de su abrigo; trató de hacerlo manteniendo una instancia prudente, en espera, quizá, que no estuviera muerto, pero no pasó nada; golpeó, también, en el bolsillo interior del abrigo y allí, por fin, encontró algo..., halló su cartera y las llaves de su coche; a la cartera le dio un breve vistazo.

—Pues, muerto, de seguro, nos dará más respuestas que cuando estaba vivo, —dijo Antonio.

Gabriel trago saliva al oír lo que ya había supuesto en su cabeza; ¡muerto, el hombre frente a él yacía muerto! Al aunar la valentía que había adquirido con Antonio, quiso ser, de nuevo, la voz cantante, la voz de alguien que sabe qué debían hacer.

—Empaca tus cosas, Bárbara.

—¿Qué piensas que debemos hacer? —le preguntó Antonio, al cederle un poco la iniciativa.

—Ir a su casa, buscar más documentos y, después, deshacernos del coche.

—¿Y el muerto?

—¿Qué piensas? —le inquirió Gabriel—, ¿lo llevamos a su casa o lo dejamos aquí?

—Llevémoslo a su casa; entre menos indicios claros tengan, es mejor.

—Está bien —dijo Gabriel—. Empaca con tranquilidad —dijo, al dirigirse a Bárbara—, yo iré a ver la calle y, de paso, me cercioraré de que no se hubieran enterado los vecinos.

Gabriel caminó hasta la puerta, despacio, inclinó su cuerpo y, sosteniéndose en el marco de la puerta, vio hacia ambos lados.

—Está todo tranquilo, —dijo—. Parece que el sonido del arma se atenuó lo suficiente en este cuarto.

—Vamos a tratar de levantarlo —dijo Antonio.

—Déjame abrir la puerta del coche, para que no nos tome tanto tiempo. —Antonio le arrojó las llaves del coche a Gabriel, para que lo acercara más a la puerta y lo abriera, para que el cuerpo de Almirón entrara en él. Así lo hizo Gabriel, lo dejó cerca y abrió lo suficiente la puerta del copiloto. Gabriel volvió al lado derecho del cuerpo de Almirón, mientras Antonio se ubicaba en el lado izquierdo.

—A la cuenta de tres —le dijo Antonio.

—Vale, —contestó Gabriel.

—Uno, dos, y... —en lugar de decir tres, dio el envión del lado izquierdo, para levantarlo unas milésimas de segundo antes de que Gabriel correspondiera al movimiento. En realidad, se trataba de un hombre pesado; al acabar ese primer intento, debido a la estatura de Gabriel, sintió que la mayoría del peso se recostaba sobre él.

—Vamos, —dijo Antonio, antes de que Gabriel alcanzara siquiera a asimilar con mayor precisión el peso del muerto.

No pudieron levantarlo lo suficiente y llevaron los pies de Almirón arrastrados durante todo el trayecto. Al llegar al coche, Gabriel trató de acercarlo lo máximo posible al asiento y, después, dejó la carga sobre Antonio. Este se movió rápido. Lo empujó y, una vez en el asiento, lo reclinó para evitar que el peso cayera sobre el asiento del conductor. El auto se inclinó sobre el lado en el que ahora se hallaba sentado Almirón; sin duda, se trataba de un hombre robusto.

Antonio subió en el coche rentado, en el que habían llegado, y Gabriel debía disponerse a manejar el coche de Almirón. Cuando se halló sentado en el lugar del conductor, sintió que todo estaba fuera de lugar: el asiento demasiado amplio, los pedales demasiado cerca. Detrás del freno de mano, estaba su teléfono, que vibraba y destellaba sin cesar; Gabriel lo revisó y vio que eran bastantes las notificaciones de las llamadas sin contestar de Baquero. Para evitar ver el destello del teléfono, lo puso en la guantera, pero la vibración hacía sonar el plástico aún más fuerte. Por fin, salió Bárbara y abordó el coche, en el asiento trasero. Mientras emprendieron camino, todo fue silencio; el reclamo que le había hecho Bárbara se había ahogado en medio del oleaje de unos sentimientos encontrados. Esta vez fueron más lento, aunque a una velocidad constante. Durante el camino el teléfono no dejó de vibrar en la guantera, pero, de común acuerdo, aunque no fuera verbal, los dos decidieron ignorarlo.

Una vez arribaron a la casa de Almirón y al ver la fotografía que el detective les había entregado, confirmaron que esa era la dirección.

—Es allí —quiso decir Antonio, que asomó su cabeza desde el coche, pero solo hizo un movimiento de extensión de cuello. Luego dijo:

—En el informe, esta es la casa —afirmó, de vuelta en la cabina. Buscaron las llaves de la casa dentro de la guantera y no las encontraron; de nueva cuenta, Gabriel tenía que buscarlas en Almirón y, aunque sentía que había buscado todo, uno de los filos de su saco echado hacia atrás dejó ver un par de llaves que llevaba fijas en una de las presillas de su pantalón. Abrieron el garaje y pusieron dentro el coche de Almirón y el otro coche prefirieron dejarlo afuera, con Bárbara en el asiento del copiloto.

Una vez en la casa de Almirón, vieron que estaba decorada con elegancia, pero en ella había un rasgo de desorden extraño; era como el encuentro de dos espacios opuestos. Las paredes carecían de alguna decoración que indicara una fotografía suya y, en su lugar, había grandes recuadros de flores. Gabriel caminó un poco por la casa; entró en un cuarto amplio, que era una biblioteca, donde podía verse el polvo al mover cualquier objeto; había platos y vasos, empaques de comida y basura alrededor. Todo se notaba carente de uso. Dio una o dos vueltas más por la casa y, aunque había algo de suciedad, se notaba una clara diferencia entre aquel que había decorado la casa y aquel que ahora la ocupaba.

Antonio, al llegar desde detrás de Gabriel, le dijo:

—Lo que buscamos no está aquí; en realidad, hemos hecho un trayecto innecesario.

—¿A qué te refieres?

—Él iba a una reunión con las personas que necesitaban documentos y que sabían, más o menos, quién era.

—Sí, sí, así es —dijo Gabriel.

—Entonces, llevó los documentos al restaurante y... —hizo una pausa—, o están en el coche aún o ya los ha entregado.

—Solo un lugar nos queda por revisar en el coche.

—El maletero —dijo Antonio, aunque ambos lo habían pensado casi al tiempo.

Caminaron con prisa en dirección al garaje; con la llave del coche ya introducida en la chapa del baúl giraron la llave. Una vez abierto el maletero la poca luz proveniente de un poste de energía dejó al descubierto unas cajas de cartón de mediano tamaño. Serían cinco o seis. Ambos, al extender sus manos, tomaron una caja y la abrieron, para ver qué había dentro.

Carpetas, carpetas y más carpetas, junto con documentos atados por una liga. Ambos vieron las cajas y sonrieron, pues, sin necesidad de que uno de ellos lo confirmara, sabían ya que habían encontrado un tesoro más grande que aquel que esperaban encontrar.

—Es obvio que no es todo. Habrá aquí una buena cantidad de documentos, lo cual significa bastante, pero solo con esto no podrían alcanzar su cometido.

—Deben haber guardado más, pero todo no lo debe tener solo uno de ellos. De seguro, Baquero guarda el resto.

—Pero este sí que es un gran avance. Algo se debe poder hacer con esto, —dijo Gabriel emocionado.

—Si juntamos las dos partes, tendremos la evidencia completa.

—¿Y esta no es suficiente evidencia? —preguntó, con un cierto tono de tristeza.

—Solo son documentos, valiosos, pero sin ninguna conexión clara. Debemos tener pruebas de a quién le vendría bien este favor, con quién se reúnen en el restaurante.

—Y no menos importante, identificar mejor a los miembros del club... De lo contrario, podrían decir que los robamos, si así lo quieren, y no tendríamos nada con qué probar la verdad de lo que afirmamos.

Pasaron las cajas al coche que esperaba afuera; las aplastaron un poco, pues las empujaban para que cupieran mejor en el otro coche. En el asiento trasero las acomodaron, medio amontonadas para que aún alcanzara también una persona. Cuando terminaron, le dijo Antonio:

—Cierra todo y vamos. —Así lo hizo; antes de cerrar la última puerta, Gabriel vio la sala de la casa y las escaleras que, aunque ellos acababan de salir del lugar, le pareció que, en realidad, ese era un lugar que llevaba varios años abandonado.

CAPÍTULO 14

DUDAS

Gabriel, en compañía de Bárbara y Antonio, fueron primero al hotel. Allí bajaron todas cajas, echaron un vistazo al coche para evitar dejar en él cualquier rastro de algo que no fuera un paseo por la ciudad, revisaron los asientos, el maletero, los tapetes y en ningún lado se veía evidencia alguna. Lo limpiaron y lo llevaron al garaje, donde también estaba el viejo coche de Gabriel.

En la habitación se sentaron los tres, Bárbara y Gabriel juntos y Antonio en un silloncito a algunos metros. Comenzó, pues, a hablarles y les hablaba mientras veía por la ventana sin dirigirles una mirada que expresara alguna emoción:

—¿Cómo encontraremos ahora a Baquero? —preguntó, inexpresivo.

—Creo que es el más fácil de encontrar —respondió Gabriel.

—¿Por qué el más fácil?, —preguntó Antonio—, al notar la seguridad de Gabriel.

—Es el único que se puede ubicar con más facilidad en su oficina; de seguro, su secretaria llevará una agenda; si vemos el cronograma de apariciones públicas que tiene, ¿quién sabe?; o podemos ir al restaurante de la otra noche; a lo mejor siguen reuniéndose allí. —Antonio pensó que Gabriel tenía razón

—Habrá que ver qué repercusión genera lo de Almirón.

—¿Crees que tarden en encontrarlo?

—Como saben lo que él tenía en su poder, no lo dudo; a más tardar mañana temprano lo habrán hallado, sino es que no antes.

—Entonces, podemos esperar, pero tenemos que movernos con cautela.

—¿Y después?, —preguntó Gabriel—, cuando ya tengamos todas las pruebas, ¿qué haremos con ellas?

—Encontrar a alguien que lo publique y nos ayude a denunciarlo.

—¿Y dónde vas a encontrar a una persona así?

—Primero concentrémonos en nuestro próximo objetivo, el resto de las evidencias y las fotos —propuso Antonio—. Sabes por donde debemos comenzar —prosiguió, con serenidad.

—¿Por dónde? —preguntó Gabriel.

—Pues, por las lápidas.

—¿Qué? —preguntó extrañado, sin hallar la evidente conexión que Antonio, al parecer, ya había hallado.

—Sí, las lapidas; debemos tomar una foto de ello. Es necesario ir armando un portafolio con pruebas sólidas: estos documentos, las lápidas, las reuniones, con eso no tendremos suficiente, pero será un gran comienzo. —Gabriel enmudeció; respecto a las lápidas no dijo una palabra, solo asintió y, aunque hubiesen pasado meses ya, seguía sin entender los sentimientos que en lo embargaban.

—Está bien —dijo al final.

—Entonces, mañana ve al cementerio, toma algunas fotos y trata de hablar con alguien allí, a ver si por casualidad han visto algo que les pareciera sospechoso.

—Sospechoso, ¿como qué?

—No lo sé; a ellos algo les pudo parecer raro; entonces, puedes preguntar ambiguamente algo al respecto.

—Está bien —dijo—, y ¿en qué iremos?

—Bien puedes ir en transporte público, que yo llevaré el coche para intentar seguir a Baquero — y, para incluir una idea repentina, añadió—: debemos conseguir una cámara.

Antonio se levantó:

—Iré a comprar una en algún comercio pequeño; espero no me pidan ningún documento. — Se levantó, abrió la puerta y, sin acabar de echarles un vistazo a ambos, los dejó.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Gabriel, inquieto, era obvio, por las heridas de Bárbara.

—¿Cómo crees que debería sentirme? —le respondió y, aunque Gabriel no acabó de entender su respuesta con otra pregunta, prefirió callar. Los dos guardaron silencio por un rato. De estar sentados pasaron a recostarse y, luego, durmieron.

—¡Hola, Gabriel!, —esa era la voz inconfundible de Rafael Almirón. —Gabriel, sobresaltado al oírla, vio en todas direcciones, aunque de a pocos notó que se trataba de un sueño, de aquellos muy reales, que poco había experimentado.

—¿Crees que te has librado de mí?

—No eres más que una representación de mis inquietudes; estás muerto —le dijo Gabriel.

—Claro, pues me mataste. —Gabriel notó que la voz dejó de sonar por toda la habitación y se situó en el viejo sillón donde Antonio había estado sentado. Allí, a la luz pálida que ofrecían algunas luces de neón en el aviso del hotel, se lo veía con claridad y, también notó que Bárbara se hallaba en la habitación.

—Ahora ¿qué harás? —Gabriel calló y no dejó ver lo que sentía, pero Bárbara lo hacía.

—Esto es increíble, ¿no? —dijo Gabriel

—¿Qué cosa?

—Que es mi cerebro el que te recrea y supone las palabras que me dices; es decir, hablo conmigo mismo y eso me aterra, pues a veces no me doy cuenta de ello.

—¿Estás seguro? —preguntó, con picardía, la voz.

—Sí; es más, has dejado de amenazarme para seguir mi conversación. Alguna vez Antonio me lo explicó, cuando le conté sobre un sueño raro que tuve hace algunas semanas.

—Yo, de ti, me inquietaría más por mi muerte.

—Sí, eso hago; por eso mismo me lo recuerdas ahora: ¿habrá alguna forma de callarte? — Poco a poco la voz de Almirón se diluyó y se fue trasformando en su propia voz y sí, en realidad, el cerebro de Gabriel había imaginado que hablaba con él, para no sentirse loco del todo mientras hablaba consigo mismo.

—Esto es normal, —se dijo.

—¿Es normal?, —preguntó la otra voz, que no era sino la suya.

Bárbara, aún en la vigilia, había oído poco más que balbuceos de aquellos sueños en los que Gabriel hablaba con alguna coherencia e incapaz de encadenar las palabras sueltas que decía decidió en gran parte ignorarlo. Veía, en cambio, por la ventana el fragmento de ciudad marginal que se asomaba a sus ojos. Entendió que allí nadie los buscaría. Lo que no había advertido aún era que ellos debían salir a buscar primero, al menos en esta ocasión, pues ser la víctima, en este juego del gato y el ratón, no significaba resignarse a ser un ratón perseguido, que se ocultaba en madrigueras y evadía al gato. El destino los había obligado esta vez a hacer las veces del gato, aunque se sentían aún los ratones.

CAPÍTULO 15

SARA

Amaneció; entonces, la ventana frente a ambos arrojó luz sobre todo el cuarto; los techos de las casas a lo lejos brillaban metálicos y parecían esparcirse por la ciudad como fragmentos de papel brillante que volaban en medio de la variedad de colores con los cuales las casas se cubrían. Ambos veían por la ventana, aunque ninguno había expresado más signos de estar ya despierto, solo los ojos fijos en el paisaje. Al fin, Gabriel dio un suspiro y se preparó para levantarse, para hacer lo que requiriera la investigación que llevarían a cabo. Se trataba de perseguir al gato, en pocas palabras.

—Espérame aquí; es mucho menos peligroso que me vean solo, a que nos vean juntos —le dijo.

—Está bien, pero ¿qué hare, mientras tanto?, —le preguntó.

—Lee algo, ve la televisión. No lo sé. No tardaré mucho. —Echó, al final, un vistazo al estacionamiento y el coche rentado no estaba. Antonio había salido temprano en busca de más pistas; se notaba su compromiso con la situación... y no era para menos—. Mejor revisa las fotos que nos dio el detective acerca de Almirón; están en este portafolio, —le dijo, mientras le extendía la mano con un portafolio no muy abarrotado de fotos y documentos.

—Vale; veré si encuentro algo entre las anotaciones y las fotos.

—Volveré en poco más de una hora.

—¿Vas a tomar bus o buscarás un taxi?, ¿qué harás?

—Quizá en bus; por ahora también habrá que escatimar en gastos.

—Y ya conoces las rutas; hay varias que van en todas direcciones; sabes cuál te llevara hasta allá. —De alguna forma, Gabriel había aprendido mucho con Antonio; ya conocía las rutas de un bus que le parecía bastante económico, que bien podría acercarlo al cementerio, Antonio le había hecho más o menos un listado de ellas en un principio, que lo llevaran de aquí para allá, sobre todo anotándole los lugares a los que debía ir. Bárbara aún ignoraba esos datos; poco y casi nada había aprendido en la soledad de esos meses.

—Pero antes de irme, desayunemos algo —le dijo Gabriel y levantándose al pequeño espacio de la cocina que se orillaba en el cuarto, encendió la estufa y puso sobre ella un poco de agua y un sartencito para freír unos huevos.

—¿Quieres ayuda?

—No, está bien; he aprendido un poco más; al menos, a preparar algunas cosas —le respondió.

Terminó el desayuno, bastante mejor que aquel que habían preparado juntos hacía ya algún tiempo. Otra cosa más se aunaba, entre las que Antonio le había enseñado. A Bárbara le pareció delicioso, quizá cansada de comidas insípidas o demasiado condimentadas de restaurantes cercanos al lugar donde vivía o quizá, y esta era una mejor explicación, le pareció delicioso ya que Gabriel había preparado aquel desayuno y, aunque sola hacía mucho, seguía viendo a Gabriel como ese compañero especial, del que solo guardaba buenos recuerdos.

—No tardaré, —dijo Gabriel, tratando de verse amable y cariñoso.

—Está bien, cuídate mucho —le respondió Bárbara. —Salió a la calle, caminó algunas cuadras para llegar, al fin, a la estación donde sabía podría tomar el bus que lo llevara cerca al cementerio. En el camino, iba hablando, ¡cómo no!, consigo mismo. Aunque ya no lo había hecho antes en sus sueños muy reales, ahora le pareció normal hablar con esa voz en su cabeza, que le respondía, cambiaba y hasta diversos humores podía mostrar. Veía por la ventana y sus ojos cambiaban de vez en cuando lo que centraba su atención, sobre todo, cuando pasaban por lugares oscuros y de entrever las calles pasaba a ver su reflejo. El bus empezó a abandonar la ciudad y fue viendo como empezaban a escasear las casas.

Algunos metros antes del pórtico del cementerio, Gabriel se impacientó y jugueteó un poco con sus llaves, previo a llegar al paradero. Algunas personas más se pararon junto a él para bajar. Todos ellos descendieron y cuando el bus arrancó inundo el aire con la estridencia de su sonido, que lo ensordeció lo suficiente para dejar de oír esas voces. Salió del paradero y camino por algunas calles hasta hallarse de frente al pórtico del cementerio; ansioso, pero con calma, empezó a caminar por los senderos. La parte alta desde donde se situó le brindó un panorama de los jardines en los que se ubicaban, a lo lejos, un par de personas; cuando ubicó al Ángel de bronce en la pequeña glorieta y vio que en aquel jardín no había nadie, caminó, entonces, solitario, y se apoyó en el árbol en el que se había encontrado con Antonio. Vio las lápidas aún allí.

—Debieron estar muy ocupados para no venir por estas lápidas —se dijo, para referirse a la de sus padres y a aquella lápida que hacía meses había devuelto. —Entonces, vio a uno de los sepultureros, que hacía tiempo había ayudado a sustraer la lápida; se veía apurado, pues llevaba una lápida que, rápido, ubicó de vuelta en su lugar, cuando una mujer lo alcanzó.

La mujer habló con él, pero Gabriel le prestó poca atención; fue acercándose despacio y, apenas el sepulturero lo vio de vuelta, lo reconoció de inmediato. Sus miradas se cruzaron por escasos instantes y aunque fuera a una distancia considerable, ambos sabían que se veían fijamente a los ojos. Gabriel se apresuró y empezó a caminar hacia él. La inquietud del sepulturero fue tan notoria que, presuroso, se aferró a una pala con la que había removido la lápida que había devuelto hacía unos momentos y empezó a caminar de espaldas primero con lentitud, pero ya se veía inevitable el encuentro. Gabriel quería hablar con él; en realidad, no tenía ninguna mala intención, sino pensó que quizá él pudiera decirle qué había pasado ese

día, aclararle cosas. Gabriel se detuvo; vio que la muchacha era más vehemente y que al parecer había notado algo:

—Jorge, —dijo la muchacha—, sé que no puede decirme dónde llevarías eso, pero dígame por qué se lo llevaba.

—Ya se lo he dicho, señorita Sara, para mantenimiento.

—No me mienta, Jorge, por favor; esta lápida estoy segura de que no iba a volver a su lugar.

—Jorge, así se llamaba el sepulturero que, muy a pesar de que le respondía a la muchacha a pocos centímetros de él, no había apartado la mirada de un Gabriel que fingía ahora ver una lápida.

—Pero si lo pillé *in fraganti*; dígame, la llevaba a las fosas, ¿cierto?

—No lo sé, señorita.

—Si lo sabe, dígame dónde están.

—Señorita, su padre me ha prohibido que hablara de eso.

—Él no es mi padre; la lápida de mi padre desapareció; supongo que la llevaron allí; dígame dónde están.

—El administrador es él, no yo. Pregúnteselo usted.

—Solo dígame dónde quedan, —dijo casi con desesperación—; de todas formas, las encontraré.

—Hable con él, que es su padre y..., con permiso, tengo que ir por algunas cosas para lavar esta lápida.

—No entiende que él no es mi padre —le repitió.

La voz de Sara había resonado alto; si bien estaban a la intemperie, esa voz hubiera podido prevalecer por sobre los sonidos del ambiente. Gabriel la oyó. Su voz le llamó poderosamente la atención, además de su rostro y su cuerpo, pues, más allá de la información, no dejaba de pensar, ahora que la había visto de frente y cerca de él, que era una muchacha muy bella.

Caminó despacio y se fue acercando con desconfianza. Ella, por otro lado, no imaginaba aún que, de alguna forma, los azares de la vida los llevarían por la misma senda, el mismo día y con preguntas tan similares.

Como Jorge se había ido, la atención se centró en Sara, ¿quién era?, ¿qué buscaba y por qué? Y aunque su nombre ya lo sabía, quería preguntarlo para que ella se interesara también por el suyo.

—Hola, —dijo Gabriel, que trató de mostrarse amable—, no pude evitar oír que hay un problema con la lápida de su padre.

—Sí, así es y... ¿usted por qué está aquí exactamente?

—Quería hablar con el sepulturero que ha huido ante sus reclamos.

—Huyo, sí, pero entiendo que no quiera hablar y por ello escapó, además de que, si lo ven hablando conmigo, se ganaría algunos problemas y no quiero eso.

—Creo que se equivoca; también huyó porque pudo ver que me acercaba a él.

—Y... ¿por qué no querría que se le acercara?

—Ciertamente, no tiene deudas conmigo, pero sí podría decir que me debe una explicación.

—¿Sobre qué?

—Sobre unas lápidas.

—¿Unas lápidas? —preguntó con notorio interés.

—Sí, —dijo Gabriel—, casi alegre de haber llamado así su atención.

—Bien, podemos hablar ahora, si lo desea. —Gabriel la acompañó, mientras trataban de encontrar un lugar donde pudieran sentarse. Al fin, encontraron un lugar apartado bajo la sombra de un árbol que cercaba los jardines.

—Primero, déjeme que le pregunte algo.

—Sí, claro.

—¿Por qué busca las fosas y por qué ese interés en las lápidas?

—Mi padre murió hace varios años.

—¿Y el sepulturero no dijo que su padre administra este lugar? —preguntó Gabriel.

—Él no es mi padre; el administrador de este cementerio es el nuevo esposo de mi madre. Ellos creen que es mi padre y a mí, de vez en cuando, me sirve que así lo crean, pues pueden ayudarme más si lo consideran de esa forma.

—Bueno..., ¿y eso qué tiene que ver con las fosas y con las lápidas? —preguntó Gabriel.

—Hace meses la tumba de mi padre desapareció.

—¿Cómo así que la tumba desapareció?

—Sí, un día vine a traerle flores, aunque casi nunca lo hacía, pero se cumplían varios años desde la última vez y volví.

—Y... ¿entonces?

—No había nada.

—Y... ¿qué hizo?

—Le pregunté al encargado de administrar este cementerio en aquel entonces.

—¿Y qué le dijo?

—Nada; que iba a investigar; hubo algunos llamados de atención extraños, que nunca me cuadraron y, aunque dijo que lo investigaría, después de algunos meses renunció y, entonces, asumió la administración el nuevo esposo de mi madre. —Gabriel dudó; ¿sería este un miembro del club?, ¿los ayudaría, si llegara a saber de su existencia? Por lo que fuera, Gabriel no quería aventurarse, pues sería arriesgar el pellejo, pensó, a cambio de muy poco.

—Y... ¿por qué las fosas?

—Hay muchas posibilidades para que un cuerpo y una lápida lleguen allí; de alguna forma, esto se trata de justicia para el descanso de mi padre.

—¿Muchas posibilidades, dijo?...

—Sí; según he venido investigando, hay diferentes formas por las cuales transportan los cuerpos a las fosas, pero mi padre no encaja en ninguna de ellas.

—¿Puede explicarme ligeramente eso? La verdad, no la estoy entendiendo mucho que se diga.

—A los cuerpos sin identificar los envían a colegios de medicina forense y, después, como se abarrotan las morgues, los envían a fosas comunes en los cementerios. De aquellas tumbas que, por administración, se notifican con problemas legales, económicos o de cualquier tipo, también remueven sus lápidas y las llevan a una de las fosas en espera de una resolución, pero mi padre no era alguien sin identificar, no pasó por un colegio de medicina forense y mucho menos tuvo problemas legales, ni económicos. Entonces, no tuvo cabida en ninguna opción y quisiera saber si en la fosa se encuentra su lápida.

—¿Ha tratado de hacer alguna denuncia?, —le preguntó Gabriel.

—En más de una ocasión, pero siempre vuelvo al mismo punto, determinar, primero, con las autoridades administrativas del cementerio y, como siempre en estos casos, todos se lanzan la pelota de unos a otros y, al final, nadie da una respuesta.

—Y... ¿ni siquiera con su padrastro... —dijo, como entre afirmación y pregunta—, ha logrado encontrarlo?

—Con él... todo ha sido peor.

—¿Por qué peor?

—Porque no tiene la determinación de hacer algo; trata incluso de alejarme, pues me dice que él se encargará, que no trate de comprometerlo, porque esos son trámites engorrosos que lo podrían meter en problemas.

—Si busca en sus planos, podría hallarla.

—¿Planos?, podría tenerlos y allí debe mostrar la ubicación— de las fosas.

—Pero, por lo que me ha dicho, tampoco le va a mostrar esos planos. ¿Sospecha que hay algo extraño aquí? —le preguntó.

—¿A que se refiere con extraño?, ¿qué podría ser más extraño que lo que le acabo de contar? —Dudó una vez más, como siempre lo hacía; esperó unos momentos para ver si ella decía algo más antes de que completara la idea. Todo fue silencio. Había momentos extraños en los que, al referir la historia de su padre, Sara, de forma inconsciente quizá, parecía intuir, más que saber, que allí pasaba algo más. No necesariamente con su padre, sino con el tema de las fosas, las lápidas; este cementerio, que cada vez era más extraño, se pondría, con su relato, mucho más extraño aún.

—Y..., ¿puedo saber?, ¿qué pretendía preguntarle a Jorge?, ¿a qué se refería cuando dijo que le debía una explicación?

—Bueno, creo que el mío también es un caso complejo.

—Yo le hablé sobre el mío sin conocerlo, ¿no puede hacer lo mismo? —Dudaba Gabriel sobre el hecho de confiarle su situación a Sara. En realidad, todo era algo complicado de desentramar en una charla rápida como aquella; decidió, entonces, que contaría la historia de modo que le diera margen de maniobrar en detalles y que no lo descubrieran; aquello del Club de los Muertos no podría siquiera mencionarlo. Sería un error garrafal incluir a más personas a un asunto tan delicado, pero decidió hablar:

—Mis padres murieron hace algunos meses, —empezó Gabriel—; entonces, pasó algo similar con su lápida: primero, desapareció y, después, aparecieron dos lápidas casi idénticas, pero una era más antigua, variaba los datos e incluso, ahora, de nuevo apareció solo una de ellas. Un día vi al sepulturero que levantaba una lápida al maletero de un coche y quise saber de qué se trataba, ¿quién se lo había pedido? o ¿por qué lo había hecho? Hoy vine a encontrarlo, pero parece que no tiene el menor interés en ayudarme, como bien pudo notarse cuando huyó al verme.

Gabriel había inventado esa historia sobre la marcha; por eso carecía de detalles y se sentía escueta.

—Ahora, cuando lo mencionó, —dijo Gabriel—, puede que la fosa también tenga mucho que ver en ello y quisiera, además de preguntarle al sepulturero sobre el motivo que existe para mover las lápidas, si tal vez la lápida de mis padres pasó por la fosa o el cambio en los datos se debe a algún motivo relacionado que desconozco.

—Seguro que lo habrá.

—Por ahora, creo que, si puede darme su teléfono, podríamos darnos la mano en este asunto; ya sabe, ayudarnos, conversar un poco.

—Claro, puede servirnos a ambos investigar un poco más —le dijo Sara, sonando amable y sin dar ningún otro sentido a sus palabras.

Una vez anotó el número, se sintió triunfador, sensación que poco había experimentado y, como en todo ese tiempo no había sacado de su cabeza la pregunta:

—¿Me recuerda su nombre? —le preguntó, aunque ya lo había oído cuando la muchacha hablaba con el sepulturero.

—No se lo he dicho; me llamo Sara —contestó, sin dar mayor importancia al nombre de su interlocutor.

—Nos vemos después, Sara —dijo Gabriel, algo decepcionado, pues, a diferencia suya, ella, ni siquiera se había preocupado por preguntarle el nombre. A lo mejor el número de teléfono que le había dado era falso o ella lo había tomado casi por un loco, un desquiciado que coqueteaba, ¿cómo no?, con sus locuras. Para ella, como para tantos otros, seguiría siendo un muchacho, el muchacho—. Por si acaso, me llamo Gabriel.

En la voz de Sara, pensó, su nombre se oiría diferente:

—Nos veremos luego —y emprendieron camino y, aunque iban en la misma dirección, Sara se fue apartando más a la izquierda y fingió mirar una lápida por un momento, que se alargó bastante; él, por su parte, se fue caminando más lento; disminuyó tanto el paso que parecía que todo se detuviera, con la esperanza de que ella lo alcanzara de nuevo, pero ella no se movió.

Gabriel salió a la calle, no sin antes volver su mirada atrás y allí esperó unos minutos más.

—No vendrá —se dijo, pero era una voz conforme la que se lo sugería. Caminó, entonces, al paradero para tomar el bus que lo había llevado hasta allí y que esperaba lo devolviera hasta las cercanías del hotel. La espera fue larga, aunque no fue para él tortuosa, como lo sería para cualquier otro, pues allí tenía más tiempo para pensar.

CAPÍTULO 16

LA CONEXIÓN

A raíz del encuentro con Sara, había surgido una atracción como una consecuencia natural; ella tenía un temperamento fuerte y valeroso; así lo reconocía Gabriel y, para él, ella era una mujer incomparable; Sara, parecía ahora ser la solución que los espíritus favorables mediaban para ellos. Aunque la mediaba más para él, imaginaba que era como un don en medio de tantas desgracias.

Ella había notado un buen día, sin quererlo, destellos irreconocibles del Club de los Muertos. Por sí solos no eran significativos, pero era casi como ver la cola de un ratón que pasa fugaz en las cercanías.

Imprudencias e imprecisiones habían llevado a que ella sospechara más de su padrastro, aunque de vez en cuando le echaba la culpa a la paranoia que se debía sentir, pues él ahora ocupaba el lugar de su padre. Ahora ya no bastaba con las personas identificadas que los familiares no pueden encontrar, sino se abarrotan en fosas comunes, de personas sin nombre o dolientes, y esas lápidas las llevan allí casi a diario; no lo entendía y de la oficina forense no había noticias y los jueces tampoco se querían ocupar de ello.

En Gabriel surgían y se mantenían las dudas. Ya había conversado con Sara, pero, en su opinión, aunque ella bien podría sospechar que algo extraño pasaba, era más bien azaroso el hecho de que lo supiera, aunque siempre habían logrado que viera el mundo como un lugar inmenso donde sus problemas eran insignificantes, ahora lo veía tan pequeño. Y Gabriel, que jamás se había cuestionado cosas sobre sí mismo, empezaba a cuestionarse sobre la pertinencia de haber puesto a Sara en medio de todo eso.

En su pensamiento la situación no podría definirse de otra forma que no fuese ideal. Habían encontrado, al fin, un camino que seguir y sentía, además, una conexión que, podía decirlo, en su corazón y en su mente era especial y que, además, era útil, pues quizá podría ayudarlos a sacar a la luz muchos secretos de los burócratas y todos esos procesos que aún se ocultaban en las sombras se iluminarían por ellos; se imaginó heroico. Sintió deseos de correr y entregarle las pruebas, para esperar y que ella reconociera su valor al investigar y, al hacerlo tan bien, esperaba que Sara hiciera el descubrimiento, no solo del Club, sino de su existencia, pero la sensatez le embargó con fuerza y lo obligó a reconocer que por más valiente y fuerte que se viera, Sara y él únicamente podrían trabajar juntos si ella aceptaba; después, delegarle toda la responsabilidad a ella sería ponerla en peligro y condenarla al fracaso, pero estaba tan atraído por su ser, que bien podía decirse que le tenía más fe a ella que a sí mismo.

Cierto era que la valía de la mujer era incuestionable, pero esta vez no se enfrentaría solo a una o dos personas que con evasivas bien la habían sorteado hasta ahora, sino a un sistema de corrupción capaz de reducirla y doblegarla, pero, por ahora, se enfrentarían casi sin darse

cuenta. No obstante, en ella no había visto una pizca, por mínima que fuera, de cobardía, como si se viera frecuentemente en él.

Bajo del bus en el paradero y en vez de caminar directo al hotel vagó por algunas cuadras, caminó un poco para despejar su mente antes de llegar. Pateo una piedra en reiteradas ocasiones para que le acompañara en su andar y, como de costumbre, habló consigo mismo:

—Lo mejor será que no les digas acerca de Sara, —aunque se refería en primera instancia a Antonio.

—Yo, en cambio, creo lo contrario —le dijo otra voz—; lo único relevante que descubrí fue que tenemos a alguien que nos puede ayudar.

—¿Y nosotros en qué le ayudaremos?

—Podemos buscar la misma justicia que ella quiere para su padre durante esta investigación; eso sí, solamente si podemos demostrar que detrás de ello también está el Club de los Muertos.

—Pero ¿qué crees que dirá Antonio?

—Él agradecerá que hubiera algún avance; eso es mejor que nada.

—También supondrá que le has contado todo.

—Sé lo que le he contado y me parece que no tenemos problemas aún por ello; solo fue lo suficiente para sostener una conversación.

—¿Y Bárbara? —dijo otra voz interior, para recordarle su existencia, la que había olvidado desde su encuentro con Sara.

—Bárbara, ¿qué tiene que ver?

—¿Qué le dirás? ¿Crees que no se va a inquietar cuando le cuentes lo bella que es la muchacha?

—Creo que eso a ella no le interesa.

—Pero a ti sí.

—¿De dónde sacas eso?

—No se te olvide que estás hablando contigo mismo.

—Ya sé, ya sé, pero nada tiene que ver todo esto con lo que nos interesa realmente a Antonio y a mí.

—No creo que a ti y a él les interese lo mismo. —El diálogo cesó; esa voz calaba hondo cuando de repente finalizaba con alguna afirmación que no dejaba de darle vueltas en la cabeza y se marchaba.

Pronto se dio cuenta que estaba por llegar:

—Mejor termina de pensar —se dijo— y organiza tus ideas sobre lo que vas a decir.

Ya estaba en la puerta del hotel que, como siempre, se abría de par en par; subió los escalones de a pocos, sin prisa y con una celeridad mucho menor que la habitual, mientras organizaba sus pensamientos y recordaba el orden de las cosas. Buscó sus llaves y las tomó, al apartar un poco su teléfono en el bolsillo. Con las llaves en la mano, jugueteó un poco antes de ponerlas en la cerradura; abrió la puerta de a pocos, para ir alzando la cabeza de forma gradual y observar el cuarto por completo. Antonio ya estaba allí.

¿Dónde estabas, muchacho? Te he estado llamando; estaba preocupado y llegué a pensar lo peor.

Gabriel sacó su teléfono del bolsillo y notó que estaba apagado:

—Hmmm, ni siquiera había notado que este aparato se apagó, —refunfuñó, pero se tranquilizó casi de inmediato—, pero está bien, no pasó nada —concluyó.

El haz de luz tenue de la habitación no era capaz de ocultar nada. La luz amarillenta sobre los rostros de ambos proyectaba sombras de entre inquietud y enfado.

—¿Dónde te habías metido?, —le preguntó Bárbara, preocupada.

—¿Estás bien?, ¿no te han seguido? —le preguntó Antonio.

—Ni siquiera contestas el teléfono, —prosiguió Bárbara, con enfado.

—Este aparato se apagó, —repitió—; ya saben que no le presto mucha atención —añadió, mientras trataba de ocultar que su cabeza maquinaba cómo anunciar lo relativo a Sara o cómo evitarlo si fuese ese el caso, pero una sonrisa al recordar su rostro se asomó en un gesto que solo para él fue imperceptible.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Bárbara, enfadada.

—¿Reírme?

—¿Cómo te fue en el cementerio? Supongo que bien, por la sonrisa que se dibujó en tu rostro.

—¿Sonrisa?, pensó Gabriel.

—Pues, no sé qué tan bueno sea.

—No me digas que pasó algo malo.

—No, todo lo contrario; conocí a alguien que creo que puede ayudarnos.

—¿A alguien?, ¿quién es ese alguien?

—La hija de un muerto.

—¿Alguien del Club?

—No, pero sí alguien que tiene problemas, digamos, similares a los nuestros.

—¿Cómo así? —Gabriel les dijo concretamente que no había podido hablar con el sepulturero puesto que, antes de hacerlo, se había escabullido, pero que, en cambio, había hablado con una muchacha llamada Sara; les narró más en detalle la historia que ella le contó y, más interesante aún, que su padraastro era el administrador del cementerio y que el asunto de las lápidas era, cuando menos, reiterado.

—Entonces, él nos ayudará.

—No exactamente, porque, según el relato de Sara, ese administrador actúa de forma sospechosa.

—Ah, ¿de modo que Sara?

—Sí, así se llama la muchacha que conocí en el cementerio. —Bárbara le dirigió una mirada seria, que él no notó, pero Antonio sí.

—Ahora sí, —dijo Antonio—, sospechoso ¿en qué sentido?

—No le quiere ayudar y no quiere decirle dónde se ubican las fosas del cementerio.

—¿Negarse a cooperar con algo así como un capricho de la muchacha es sospechoso? Y ¿no puede tratarse de un secreto administrativo o simplemente de ignorancia?

—No lo creo. —Bárbara los interrumpió y, para tratar de evitar a la muchacha del problema y de la conversación, preguntó:

—¿Y qué tienen que ver las fosas con nosotros?

—Que allí se pueden ocultar muchos secretos.

—¿Secretos? Cuerpos, allí solo hay cuerpos.

—Y lápidas, —según imagina ella, dijo Gabriel

—De modo que, entonces, ahora nos basamos, mejor, no en caprichos, sino en la imaginación de una muchacha —dijo irónica—. ¡Ese sí es un gran avance!

—Pero esos cuerpos y esas lápidas también cuentan historias. Sara me explicó que ella investigó la forma en que los cuerpos terminan en las fosas y entre ellos aparecen las personas sin nombre y allí mandan lápidas; seguramente, si el Club oculta las lápidas y no ha podido destruirlas, estarán allí de momento.

—Sí, seguramente; por otro lado, ¿sacó la foto de las lápidas que le pedí?, —preguntó Antonio, algo incrédulo del resto de la historia.

Gabriel recordó que esa era su primera tarea y... la había olvidado.

No, —dijo Gabriel, casi sin lamentarse—, no las he podido sacar. Cuando hablaba con Sara, pensé que esa información era más importante y por ello perdí de vista esa tarea. —Antonio

suspiro decepcionado—. ¡Magnífico!, debiste sacar las fotos —concluyó, alzando levemente la voz.

—Y ¿cómo le fue en su asunto? —le preguntó Gabriel, algo apocado—. Antonio lo miró con cara de preocupación:

—Ya encontraron a Almirón, pero eso es lo de menos.

—Sí, si eso es lo de menos, —preguntó— ¿qué es lo importante?

—Que ahora Baquero es el que negocia y se reúne con los políticos, pero lo hace de forma más clandestina y parecen todos un poco apurados por los documentos que tenemos, lo cual indica que son importantes,

—Creo que, entonces, la solución ira más por el lado que propuse yo, —dijo con un tono de voz algo alegre.

—¿El de la muchacha del cementerio?, —pregunto Bárbara.

—Sí, pues no tenemos muchas opciones; debemos ser rápidos. Antonio lo dijo. Y... ¿qué hará ahora?

—Iré a devolver el auto, pues el plazo es hasta mañana, pero creo que ya puede verse sospechoso el mismo auto a la misma hora dos días seguidos. ¿Y tú?

—Llamaré a la muchacha y trataré de que venga aquí.

—¿Cree que va a venir?, —preguntó Antonio.

—Si está tan interesada en resolver lo de su padre, puede que sí. —Antonio suspiró y, con voz casi de disculpa, le dijo a Gabriel, aunque mirando a Bárbara:

—Por ahora es la única salida que nos queda; supongamos que es la que menos peligro representa para todos —y, luego, preocupado, no añadió mayor cosa; se le veía en el rostro la inquietud, pero no solo por el tema del Club y la investigación, sino por la actitud que Gabriel mostraba ahora respecto a Bárbara. Era notorio su interés en Sara y este tipo de diferencias sentimentales nunca se zanan con facilidad y, menos aún, sin víctimas.

—Contáctela, entonces; debemos hacer esto rápido —dijo Antonio.

—Vale, le diré que venga hasta aquí mañana —dijo, y tomó el teléfono de Bárbara sin siquiera pedirselo.

—Si puede ser hoy, estaría mejor —dijo Bárbara, irónica.

—Haré lo posible; según lo que arreglemos, le informaré con la mayor prontitud —le dijo a Antonio, mientras, sin duda, el enfado de Bárbara solo iba en aumento. Así, Antonio dejó el cuarto y, entonces, Bárbara se acercó a Gabriel.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Gabriel, refiriéndose al estado de sus heridas, que parecían inquietarle cada vez menos.

—Algo mejor, —dijo—; creo que los calmantes me ayudarán un poco, cuando los compre. No era que ella no pudiera comprarlos o no tuviera dinero o no hubiera recordado ir por ellos; quizá esperaba que Gabriel, inquieto por su estado de salud buscara algunas medicinas para ella. En vano había soportado el dolor, en espera de ese detalle de Gabriel.

—¿Necesitas algo?, —preguntó, como si no acabara ya de oír que ella necesitaba las medicinas para calmar el dolor.

—No, por ahora; gracias, Gabriel —le respondió Bárbara y luego enmudeció.

Aunque Gabriel hablaba con ella, en verdad estaba tan distraído que no prestó atención a aquel tono de su voz. No solo se expresaba en él la desilusión, sino también el fastidio; era como si su razón ya estuviera cansada en exceso de lidiar con los desaires de Gabriel, pero su corazón necio decidió esperar.

—¿La llamarás esta noche, si ahora no contesta? —preguntó Bárbara, en espera de que su respuesta fuera negativa. Solo entonces Gabriel notó en el tono serio de Bárbara un reclamo.

—Sí, la llamaré ya que de seguro nos ayudará con la investigación.

—Esperemos que así sea —dijo Bárbara, sonando amable de forma sarcástica.

Gabriel llamó a Sara, entonces, y aunque esperaba un tono amable, en realidad fue muy serio; por teléfono podía oírse como una persona un poco mayor de lo que era:

—Habla con Gabriel, —dijo, en un intento de presentarse.

—Disculpe, creo que se ha equivocado; no conozco a nadie con ese nombre. —Ese era él, nadie, porque, en realidad, lo debía recordar muy poco.

—Soy el muchacho del cementerio —dijo y esperó que al menos recordara esa información.

—Ah, sí, sí. —Aliviado, Gabriel suspiró, aunque lo camufló a la perfección como una exhalación cualquiera.

—Es por la información que intercambiamos, ¿ya sabe? Si le interesa, puedo darle más información en un lugar algo más privado.

—¿Qué lugar sería ese? —preguntó, con un tono de desconfianza.

—¿Qué le parece la habitación del hotel donde me hospedo?

—De ninguna manera. Nos veremos en un restaurante, en un lugar con algo más de personas.

—Está bien —dijo, sin entender al principio el porqué de su negativa, aunque después, poco a poco, cayó en cuenta que era imposible que Sara aceptara reunirse con ellos en un cuarto

de hotel, menos en ese hotel recóndito de una zona casi marginal; nadie iba a acceder de buenas a primeras. Sara lo interrumpió en su reflexión:

—¿Conoce un restaurante frente a la estación de policía de San Roque, en el centro? — Gabriel que, en realidad, conocía restaurantes y oficinas en la ciudad, ya que había movilizado por ella a su padre en casi todos sus trayectos, reconoció dónde quedaba la estación.

—Sí, —afirmó.

—¿Puede reunirse conmigo allí, a las siete de la noche, mañana?

—Está bien, a las siete estaré allí —y terminó la llamada.

Luego, cayó en la cuenta que se le había olvidado decirle a Sara que Antonio y Bárbara también estarían allí, pues seguramente fantaseaba con que aquello que había concertado era una cita solo para dos. Lo más acertado hubiera sido decir:

—A las siete estaremos allí. —Gabriel pensó que Sara se había oído más calmada, como si apagara su voz a propósito y había colgado sin más.

Luego, Antonio regresó al hotel:

—Ya devolví el auto; ¿qué pasó con la muchacha?

—No aceptó venir hasta aquí, pero ha aceptado ir a un restaurante, en el centro.

—Quiere sentirse segura; eso es comprensible.

—Y, de alguna forma, ¿esa cita no es un riesgo para nosotros?, —preguntó Bárbara—, ¿no es un riesgo que nos reunamos frente a una estación de policía, que ellos muy seguramente controlan?

—No creo; esperemos que no tengan aún ese grado de poder; ojalá esto no sea un problema —y Gabriel calló un momento y, luego, prosiguió:

—¿Cree que hay otra salida para todo esto?, o ¿nos tendemos una trampa con esta cita?

—Algo había que hacer; esperar a que algo pase resulta desesperante —dijo Antonio.

—Debería hacerle caso, —le dijo Almirón, que estaba parado junto a Antonio, sin que nadie más pudiera verlo. Gabriel creyó que su mente le estaba jugando de nuevo una mala pasada; como siempre, era él mismo, que hasta ahora no había podido soltar el lastre de la inquietud por la muerte de Almirón. Gabriel calló y ahora evitaba mirarlo; luego, prosiguió:

—Llevaremos algo para mostrarle a Sara, —dijo.

—Creo que llevar las pruebas es arriesgar mucho —le dijo Antonio.

—Tiene razón.

—No sé si ella tenga algo en todo lo que ha buscado que nos sirva, algo que cuente como una prueba, algo que sirva como una conexión —Bárbara y Gabriel callaron.

Después, Antonio se fue y entre los dos todo fue silencio; esa era la forma en que Bárbara trataba de hacerle notar su enfado a Gabriel, que ahora solo atendía a lo que le estaba sucediendo.

CAPÍTULO 17

EL MEDICAMENTO

Durante la noche nadie pronunció palabra y, como ya habían cenado, convinieron que se irían a dormir únicamente con gestos; una vez acostados, cada quien giró de tal modo que ambos veían la pared respectiva, para sentirse alejados, aunque pudieran escuchar incluso su respiración. De a pocos, el sueño los envolvió; a Gabriel, que estaba algo más cansando, los párpados empezaron a pesarle y cayeron como una delgada cortina sobre sus ojos para sumirse en un sueño profundo. Bárbara, a su lado, trató de dormir, pero no pudo. Mientras tanto, en el sueño de Gabriel, solo aumentaba su confusión, pues allí se hallaba en una discusión con Bárbara y Sara.

—Te atreviste a inmiscuirme en esto y ahora casi me abandonas, —le decía Bárbara en su sueño.

—Mi intención no es abandonarte, solo que me siento confuso.

—Entonces, ¿vas abandonarme? —le preguntó Sara.

—No sé ni siquiera lo que hago, no sé siquiera si vamos en una buena dirección o seguimos equivocados.

—Pero esto no se trata de la investigación —le dijo Bárbara.

—No, —le dijo Gabriel—; se trata de lo que siento y de cómo me siento y les juro a las dos que nunca pensé llegar a sentirme tan confundido.

—Confíesales que te has enamorado de nuevo, —le dijo Almirón, que había aparecido entre ellas y era un partícipe más de la conversación. De pronto, un sonido gutural, como un refunfuño, salió de la garganta de Gabriel, lo que indicaba su molestia y desconcierto; luego, dijo:

—Es que no puedo simplemente seguir adelante; ver a Sara como como una compañera, como una simple ayudante.

—Porque no es lo que sientes; mejor mira nuevamente.

—¿Tú qué sabes sobre lo que siento? —Mientras Almirón se iba desvaneciendo, Gabriel siguió hablando consigo mismo:

—¿Es que acaso no tengo suficientes problemas ya como para crear uno nuevo en este momento? —Y otra voz, en su interior, le respondió:

—Pues la decisión es tuya y deberías dejar las cosas claras.

—Claras... ¿para quién? —preguntó Gabriel.

—Claras para ti mismo, —se respondió—; en primer lugar, antes de tratar siquiera con cualquiera de las dos, debe primar tu tranquilidad para ti, antes de hacer una elección. —Nunca había oído de sí mismo un consejo tan sensato y que le cayera tan bien. Al día siguiente —pensó— trataría de darse mejor idea de la situación y tomaría una decisión mediada por la razón, pero necesitaba una solución pronta antes de que semejante embrollo ocasionara más problemas. Aunque bien pudo pensar más durante la noche, pues casi no durmió; a veces desviaba su atención, ya que sentía y se mortificaba más y más; despertó bastante temprano y se levantó casi sin hacer ruido; empezó a preparar algo que pudiera alimentar, mientras Bárbara fingía estar dormida, pues hacía mucho había despertado; tenía su mente ocupada; parecía que compartían el problema que les impedía dormir, aunque ella empezaba ya a pensar en otras salidas a la situación.

Una vez estuvo el desayuno, Gabriel creyó que lo más apropiado sería despertarla para recibir la mañana con un desayuno liviano; entonces, y de a poco, se fue acercando hasta la cama con un plato que contenía algo de comida y un vaso con jugo:

—Bárbara —dijo en un tono bastante suave, para que no hubiera un sobresalto de su parte, en caso de que despertase al oír que la llamaba—. Bárbara —repitió.

Ella dejó, de hecho, que repitiera la segunda vez, pues, aunque estaba despierta, fingió lo mejor posible que con dificultad abandonaba su sueño y que, más aún, levantarse le costaba; entrecerró los ojos para fingir que la luz le molestaba:

—Le prepararé algo de desayunar —le dijo.

—Muchas gracias —contestó ella.

—Creo que iré temprano a sacar las fotos y volveré, procurando no demorar demasiado.

—Está bien —dijo Bárbara—, pero cuídate.

—Así lo haré —dijo Gabriel, qué ya había desayunado y empezó a buscar unas medias para ponerse los zapatos que había dejado bajo la cama y, una vez los encontró, se los puso y se levantó para buscar su abrigo, pues, aunque era temprano y parecía asomarse el sol, había una ventisca que arreciaba por momentos.

Bien podría decirse que la suya era una lucha de ánimos fingidos, pues ella fingía que no le inquietaba que el volviera al cementerio donde quizá podía encontrarse con Sara, y él fingía que iba solo con la intención de tomar unas fotos, aunque esperaba que un golpe de suerte los cruzara de nuevo.

Entonces, tuvo la idea de llevar unas identificaciones, de entre las que tenían en su poder, por si acaso alguien llegase a pedírsela; echó unas cuantas, en su bolsillo, procurando que la persona en el papel se le pareciera medianamente, aunque, en realidad, era él quien debía buscar parecerse a alguien de entre las identificaciones, pues ellos no buscaban una identidad, sino el parecido. Algunas identificaciones tenían sellos cerca de la cara, que la hacían de

alguna forma irreconocibles a la luz sus rasgos, pues brillaban aún con más color y opacaban el rostro en la fotografía.

—¿Cree que sea buena idea llevar algo de lo que está en esas cajas? —le preguntó Bárbara.

—No voy a demorar y, si algo pasa, es mejor que tenga alguna identificación.

—Sería una buena idea si no llevas más de tres.

—Bueno, dejaré algunas —dijo, y simuló dejar algunas dentro de la caja, mientras las empujaba con los dedos en la dirección contraria para que terminaran dentro de la manga, como si fuera un as guardado por un mago o por un tahúr.

Salió a la calle y empezó a caminar algo de prisa hasta llegar a una avenida donde los carros circulaban veloces y, entonces, allí pudo ver a lo lejos un taxi que resaltaba en medio del grisáceo tono de los demás vehículos; levantó la mano y el taxi se detuvo; una vez lo abordó le indicó al conductor su destino; el chofer del taxi era un individuo serio; cuando empezaron a escasear las casas, vio que a lo lejos se acercaban a una pequeña droguería, así que le preguntó:

—¿Usted cree que en esa droguería haya algún medicamento que pueda tomar para despejar mi mente?; me siento algo ansioso, como confundido.

—Supongo que sí; hoy en día tienen medicamentos para todo —respondió con voz grave y seria.

—¿Puede parar un momento allí?

—Está bien —respondió, aunque suspiró fuerte, como para mostrar que se hallaba en contra de esa petición. Gabriel no lo notó; era algo que poco había cambiado en él, pues a veces identificaba algunos detalles en la forma que las personas hablaban, pero podía hacerlo solo cuando estaba muy alerta para ello.

El taxi se detuvo cerca de la droguería y Gabriel bajó, entró; aunque aún no sabía bien qué buscaba, pero quería acallar las voces dentro de su cabeza y despejar algunas sensaciones abrumadoras; todas esas voces, al final, eran siempre él mismo en discusión consigo mismo y empezaban a mortificarlo, pues llegaban a cuestionar absolutamente todo.

—Buenas tardes —dijo a la persona que atendía allí.

—Buenos días, —le contestó con amabilidad, mostrándose receptivo con un cliente potencial— ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días. Veo, lo que pasa es que me dirijo al cementerio con una amiga, que últimamente anda muy afectada por su pérdida y quiero saber si hay algún tipo de medicamento que pudiera ayudarle a sobrellevarlo un poco mejor; ya sabe, que pudiera tranquilizarla.

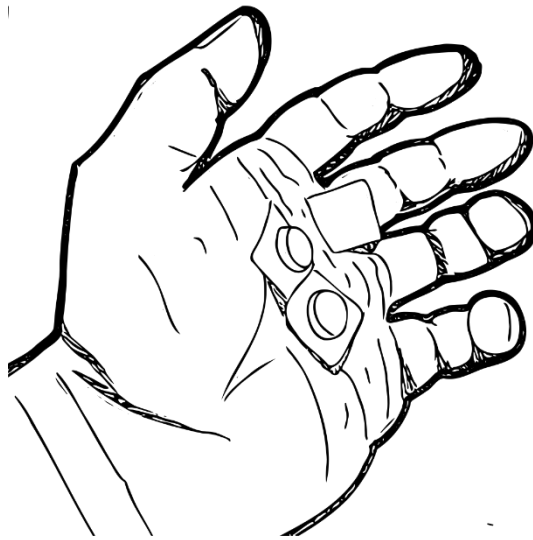


Figura 4. El medicamento.

—Pues, verá, no suelo indicar medicinas para ese tipo de situaciones, pero ya que me lo pide como un favor para ayudar a la salud de alguien más, podría pensarlo. —Gabriel halló la brecha e insistió con el dependiente que sería de gran ayuda que encontrase algo que pudiera calmar sus nervios.

—Últimamente me han pedido mucho un producto que se supone ayuda con cosas de depresión y ansiedad, de esos que utilizan algunos psiquiatras; no sé si le interesa.

—Pues, ¿podría hablarme más de ello?

—Vera el medicamento no trae contraindicaciones, es de consumo general, por lo que me parece que resulta seguro venderlo.

—Está bien, ese me interesa.

—Vale; son \$ 17.000.

—Además, ¿podría darme una botella de agua, para el momento en el que le indique que puede tomarlo?

—Claro, con gusto; son, en total, \$ 18.000.

—Está bien, muchas gracias.

—Espero que le sirva a su amiga; gracias por visitarnos y vuelva, que estamos para servirle.

—A usted —le dijo Gabriel—, pues esperaba que el medicamento le ayudara a acallar las voces en su cabeza o, por lo menos, sentir un poco menos la dureza con la que sus sentimientos lo llevaban a repasar las cosas en exceso.

De vuelta al taxi, el hombre ya había apagado el motor y solo lo esperaba con la misma cara de seriedad con que lo había recogido al principio; cuando abrió la puerta, puso sus manos sobre las llaves y las giró para que el motor rugiera; Gabriel lo abordó y el hombre le pidió que cerrara mejor la puerta; Gabriel la cerró y, entonces, el taxi siguió su camino.

En búsqueda de aquella medicina que probablemente le ayudara a superar algunos de los problemas, y para no darle más largas al asunto, tomó una pastilla y, destapando la botella para empujarla con el agua por su garganta, el helado trago de agua llevó a que sintiera un refresco momentáneo.

El taxi llegó al cementerio y se estacionó afuera de él, lo que indicaba que no iría más allá; Gabriel descendió del auto, pago al taxi que rápido desapareció cuesta arriba y, dado que Gabriel aún no se apartaba de la entrada pudo verlo retornar a la ciudad. Pasados algunos minutos, entró y se abrió camino por entre las tumbas, entre los pasillos y senderos de grandes sauces. Buscó en su memoria y recordó, al fin, dónde estaba la tumba de sus padres y, aunque su sorpresa sentía que debía ser grande, no se percató de que el medicamento ya había surtido su efecto, por lo que frente a él no había ya nada; miró a un lado y a otro, se acercó a una o dos lápidas que poco recordaba aquellas por las que se había guiado antes, incluso giró para ver el árbol donde había visto meses antes de pie a Antonio y lo había conocido. Sí, en efecto, ese lugar que ahora debía estar vacío; el efecto del medicamento más que centrar sus emociones, lo había tornado casi indiferente; quien sabe si alguien podría reconocer ahora su accionar, si lo hubiera conocido de antes.

CAPÍTULO 18

EL SEPULTURERO

Se sentó, entonces, sobre una de las tumbas de los costados y miró y miró en busca de alguno de los sepultureros o alguien que pudiera darle información; de pronto vio a lo lejos uno en uniforme, un overol color azul con una camisa blanca de mangas cortas. Se veía que arreglaba una tumba y, aún más allá, casi en el final del cementerio y lindando con el firmamento se veía otro con el mismo uniforme. Gabriel caminó lento hacia donde se encontraba el primero, pero, al verlo, notó que no era el que buscaba, aunque rápidamente recapacitó sobre el hecho mismo de que, en realidad, no sabía lo que buscaba. Siguió caminando con rumbo al más lejano y, mientras se iba acercando, las facciones del hombre se aclaraban y, al fin, terminó por reconocer a Jorge que, con un rastrillo, amontonaba unas hojas caídas de un árbol.

Jorge no pudo ver quién se acercaba; el sol radiante y la ausencia de un sombrero lo encandilaban hasta el punto de no permitirle detectar los rasgos del muchacho y no fue hasta que estuvo lo suficientemente cerca cuando se encontró ya con la mirada fría de Gabriel y pegó un leve salto por el susto.

—Buenos días, Jorge —le dijo con un tono tranquilo, para evitar asustarlo aún más de lo que ya se notaba.

—Buenos días, muchacho —contestó Jorge, tratando de evadir su mirada—, ¿en qué puedo ayudarle?

—Usted sabe que puede ayudarme mucho —le dijo Gabriel, mientras Jorge reflexionaba sobre cómo aquel hombre podía saber su nombre, si, en realidad, no había ningún signo que lo identificara con él:

—Espere, espere —dijo—, ¿cómo es que sabe mi nombre?

—Sé mucho más que eso y le tengo algunas preguntas.

—¿Preguntas?, ¿sobre qué, si puedo saberlo? —Gabriel empezó a adjudicarle esa tranquilidad que ahora mostraba a la medicina que había tomado, que lo hacía sentir seguro y confiado; eso le gustaba.

—Verá, Jorge, —dijo Gabriel—, necesito saber a dónde han movido la lápida de mis padres. Y sé bien que usted me recuerda.

—¿Qué? No sé a qué se refiere.

—A la lápida que había allí, —señaló—, ¿dónde está?

—No lo sé, no sé de qué lapida me habla.

—¿No les teme a los muertos? —le preguntó Gabriel—, ¿o, aunque sea, algo de respeto?

—No, de los muertos, no. Trabajando aquí, ya perdí ese miedo. Tendría yo, sin duda, más miedo de los vivos.

—Explíquese mejor.

—No tengo nada que decirle.

—Apuesto a que sí —le dijo Gabriel—, tomándole el brazo con fuerza.

—¡Suélteme!

—Respóndame primero —insistió.

—Joven, no sé a qué se refiere. —Gabriel, que a estas alturas normalmente hubiera desistido, se afianzó en su serenidad:

—Mire, Jorge, yo sé que algo raro pasa aquí, en este cementerio, con las lápidas. —Jorge estaba impresionado, había visto a ese muchacho meses atrás y ya nada tenía que ver con el muchacho notablemente más fornido y sereno; no solo era su físico, sino, emocionalmente, se veía ahora imperturbable.

—Yo no sé a qué se está refiriendo; de verdad, no tengo la menor idea.

—Vale, vale, fingiremos que es así; entonces, la siguiente pregunta, supongo, podrá responderla. —Jorge quería irse, pero la seriedad de Gabriel lo intimidaba.

—¿Dónde están las fosas?

—¿Y para que quiere saber eso?

—He oído que allí llevan algunas lápidas que remueven en el cementerio.

—No puedo dar esa información, porque no la conozco; deben ser los administrativos quienes le respondan su pregunta.

—¿Por qué no me responde?, ¿qué oculta?

—Nada; el cementerio se reserva esa información para evitar que algunas personas profanen las fosas y roben algo.

—O a alguien, —añadió Gabriel para poner más nervioso a Jorge. Gabriel quiso mostrar autoridad, como si fuera un investigador profesional:

—Al actual administrador del cementerio no lo conozco; ¿dónde está el anterior? —preguntó, fingiendo que lo había visto antes.

—No sé.

—¿Está seguro? —preguntó una vez más—; solo me habrá ayudado con ese dato y quizá no mencione que usted es cómplice y que ayuda a cargar las lápidas en los maleteros o a desaparecerlas.

—No querrá meterme en problemas, ¿o sí?

—Usted puede ayudarse y evitarse dolores de cabeza; solo quiero conversar con el anterior administrador, ya que afirma que no conoce más información. —La imagen del viejo administrador del cementerio le ablandó el corazón y, al fin, accedió indicarle dónde podría encontrarlo.

—Déjeme, se lo pido, fuera de esto y a él puede buscarlo en este despacho, —dijo y le entregó una tarjeta; el hombre tenía una tarjeta del lugar donde trabajaba ahora.



Figura 5. El sepulturero.

—El hombre trabaja allí; no tiene mucha clientela; a cambio de la información que él le dé, podría ofrecerle algo de dinero. Ya sabe, le vendría bien; a veces hablo con él; le he ayudado a conseguir algunos clientes, pues no tiene una pensión y debe ganar algo de dinero para su supervivencia.

—Pobre, —pensó, sin sentir ni pena ni mucho menos alegría; de participar en el Club debía tener mucho dinero, pero, bueno, habrá que ver:

—A lo mejor es una fachada —se dijo.

—Gracias, Jorge; quizá vuelva otro día, quién sabe; a lo mejor, podemos ser amigos, —le dijo Gabriel, que sonaba calmo en su anuncio.

Suspiró el sepulturero mientras se retiraba Gabriel. Alzó a verlo una última vez y, después, volvió a arrastrar las hojas, con el corazón acelerado, como si hubiese trabajo en aquella tarea, con gran ahínco.

—¡Por fin!, —dijo Gabriel, inexpresivo, aunque sabía que por lo común se sentiría emocionado; aun así, no fue capaz de sentir siquiera un asomo de emoción.

—Debo ir a casa —se dijo, inexpresivo hasta en el pensamiento. De cierta forma, el hecho de suprimir así las emociones, la ansiedad y los sentimientos le pareció cómodo. Se daba seguridad y, ¡cómo no!, llevaba a que se viera decidido, llevaba a que se pareciera a los tipos rudos de las películas. Quizá bromeaba, aunque sin una pizca de humor en sí mismo; ellos toman esta medicina y después actúan.

Salió a la entrada del cementerio, donde esperó un taxi. Sintió frío; el medicamento suprimía las emociones, pero el frío no y lo sintió de manera tal que sus dedos se le entumecieron. Aquello que había conseguido, podría decirse, era invaluable. pero no sentía la emoción que debería sentir; como fuese, tomó un el taxi, el más próximo que encontró y se dirigió al hotel, no sin antes pasar por la misma droguería y comprar más de la misma medicina, pensando que como había tenido tan buen resultado, a lo mejor necesitaría otra, quizá para cuando la situación pudiera recrudecerse en casa. El dependiente no tuvo otra opción que vendérsela, pues, como ya había advertido antes, había un nulo resquicio de probabilidades de que la ingesta de ese medicamento pudiese provocarle algún efecto secundario, mientras que Gabriel, totalmente imperturbable, pensaba en que el prodigioso medicamento podría seguirle dando la cabeza fría y el pensamiento lo suficientemente claro, como para los momentos que se avecinaban.

Cuando llegó el hotel, subió las escaleras calmado, entró al cuarto y saludo fríamente a Antonio y a Bárbara. Sí que se le notaba un aire distinto, no solo en sus gestos, sino también en la forma en que hablaba, mucho más calmada, pausada, pero fuerte y segura. Antonio, entonces, pudo ver que, de un bolsillo, entre sus dedos, asomó una tarjeta:

—Lo encontré, —dijo—, este es el hombre que administraba antes el cementerio.

—Y... ¿para qué nos sirve eso? —Con la cabeza fría que ahora podía presumir, relacionó, entonces, la información:

—Este hombre, si ha pertenecido o no al Club, puede dar algo de información; él puede saber lo relativo a las lápidas y las fosas y eso puede ayudarnos.

—Y... ¿cómo has conseguido esa información?

—Interrogué a uno de los sepultureros, más concretamente a Jorge, aquel que removió las lápidas.

—Pero... ¿qué hiciste?

—Conseguir algo.

—Sí, conseguiste que recaigan sospechas sobre ti, sobre nosotros.

—Pues, el hombre no ha tenido mucho que decir, —añadió Gabriel notablemente calmado, mientras Antonio solo podía mostrar su ira.

—Te ha dicho lo que necesitaba que quiso que supieras; el tipo lo más probable es que no sepa mucho o que nos tienda una trampa, si lo buscamos; ingenuo, ¿qué te lleva a creer que él te dijo la verdad? —le preguntó Antonio, con un tono de burla.

—Yo mismo la vislumbré en sus palabras.

—Y... ¿qué has vislumbrado en sus palabras, muchacho? —preguntó Antonio, que trataba de ocultar la ira en que parecía arder cada vez que le lanzaba una mirada a un Gabriel, que se mantenía en extremo calmado ante la situación.

—Vea, no creo que esto sea un problema; el hombre no ha dicho mayor cosa y lo único que he podido sacarle de información ha sido el paradero del antiguo administrador del cementerio; pensé que esa sería una información valiosa.

—Te has preocupado más por lo que la muchacha necesita; nosotros no lo necesitamos.

—Y... ¿cómo sabes que no necesitamos su información?

—Y... ¿cómo sabes que él te dará información?

—Tendremos que preguntarle; ¿sabes?, algo cuando menos curioso es que el antiguo administrador del cementerio no está bien económicamente; aunque hay que corroborarlo, de ser cierto significaría que no sabe con claridad o no participa del Club de los Muertos, pues de ser así ya contaría en su haber con una fortuna.

Bárbara estaba totalmente helada; la escena la observaba con estupefacción, pues cada vez el Gabriel que había conocido desde hacía varios años se desvanecía más y más y parecía que el cambio se magnificaba con cada día que seguía en contacto con ese mundillo que se había creado a su alrededor: la investigación, los enemigos, los muertos, los vivos, la identidad; le parecía que ya no pensaba en nada más y, a la vez, parecía que nunca pensaba en ellos, sino solo en sí mismo; cambiaba y lo hacía rápido; de a pocos, empezaban a desconocerse aquellos que parecían tan conocidos; a Antonio, Bárbara no lo conocía mucho, pero de seguro podía jurar que nunca lo había visto tan enfadado.

—Yo he tratado de seguirlo discretamente —dijo Antonio, mientras trataba de dejar atrás su enfado.

—¿A quién? —preguntó Gabriel.

—Pues a Baquero; ¿a quién más? —respondió.

—¿Y qué ha descubierto? —prosiguió Gabriel, que empezaba a notarse levemente cansado.

—Pues he notado que ahora no se reúne solo con uno de los candidatos; aunque quieran disimularlo bien, he visto a diferentes asesores de campaña de uno y de otro almorzar con él, desayunar con él, encontrarse con él durante la mañana; parece que esos votos podrían tener algún destinatario. ¿Lograste tomar las fotos? —le preguntó de pronto.

—Sí, tomé algunas, —mintió—; las pondré con las pruebas que vamos a reunir.

—Eso está bien; adjuntaremos los folios, con sus respectivas descripciones, y lo que hubiéramos logrado descubrir, lo organizaremos bien —le dijo, mientras iba por un vaso de agua, pues sentía la boca reseca; al volver, vio a Bárbara que, a su vez, dirigió la mirada primero Gabriel y después la dirigió a Antonio, para hallarlo otra vez enfadado y la razón era sencilla: bastaba únicamente con girar la cabeza un poco para encontrar que Gabriel estaba dormido sobre la silla en la que se había sentado; al parecer la pastilla que había tomado tenía un efecto secundario inevitable: la somnolencia.

CAPÍTULO 19

RESACA

Pocas situaciones son tan vergonzosas como aquellas en las que el cuerpo no obedece las órdenes de la mente; al despertar, Gabriel sintió de alguna forma una resaca moral; sabía que había errado al dormir, mientras Antonio le hablaba de algo tan importante, pero el cuerpo había dejado ya de responder a sus órdenes.

La tarjeta del antiguo administrador del cementerio, se la habían arrancado de las manos; menos mal la había tenido allí, pues de haber buscado en sus bolsillos, hubieran podido encontrar el medicamento; entonces, entenderían parte de su actitud y quizá el sueño como una consecuencia de que aquello que había enfurecido a Antonio de esa manera no era desinterés, sino más bien una manifestación del cuerpo, pues el cansancio que le había suscitado la supresión de las emociones, había sido mucho. Igual, ellos aún no lo sabían y él aún quería que no lo supieran; por su parte, seguiría usando aquel medicamento, pues se sentía seguro, se sentía mejor, más inteligente y audaz.

Muy a pesar de que entendió que la hora en la que se hallaba despierto era la noche y ya bastante entrada la madrugada, nadie había optado por tratar de despertarlo o si lo habían hecho esto había sido una tarea imposible, pues su cuerpo estaba extenuado y no había querido responder a ningún estímulo auditivo ni sensible. Echó un vistazo alrededor y parecía que no había nadie: nadie por aquí, nadie por allá, nadie en la cocina, nadie en el baño, nadie en el cuarto, nadie en la cama y, entonces, alzó la vista a un espejo que se hallaba frente a él y al verse de arriba abajo, de pies a cabeza, aquel que estaba sentado en la silla oyó nuevamente una voz en su cabeza:

—Nadie en la silla —dijo.

Oír nuevamente esa vocecilla en su cabeza que, de vez en cuando, hacía comentarios cuanto más inapropiados, según la situación, y que incluso se mimetizaba como si fuese la voz de otras personas para criticarlo o para reclamarle, lo mantenía hundido emocionalmente.

Fue al baño, lavó su cara un poco y sintió decepción y tristeza, al hallarse en soledad, entonces oyó algunos pasos que se dirigieron a la puerta, que se abrió y frente a él estaba Bárbara, que había salido, de madrugada y en sus manos traía algo de comida.

—Ten algo de comida, algo para que puedas alimentarte; se ve que te has cansado mucho el día de ayer, —le dijo Bárbara con un tono lo suficientemente neutro como para evitar que él identificara en ella alguna emoción—; toma un poco de comida, cámbiate y acuéstate, esta vez en la cama.

—¿Y la tarjeta que traje y tenía en las manos?

—La tomó Antonio, —le respondió—, y que trataría de comunicarse y si necesitaba de tu ayuda, lo diría para que lo acompañes.

—¿Y vas a comer, también? —le preguntó Gabriel.

—No, ya comí antes de venir, allí en el restaurante; después, pedí algo de comer para traerlo.
—Bárbara se quitó el abrigo y pudo ver que bajo él llevaba su pijama y, después, se acostó para intentar dormir; Gabriel hizo lo mismo, pero así se encontró con el hecho de que dormir ya le era difícil; no podía hacerlo e incluso trató de fingir que dormía, para ver si podía engañar a su cerebro.

Bárbara despertó, pero, como lo hacía últimamente; guardó silencio, ninguno quiso que se notara que había despertado. Ya llegaría la hora de hablar de lo que había pasado el día anterior con más detalle, aunque, de seguro, pensó Bárbara, Gabriel no quiere entrar en detalles y mucho menos ahora que tendrá que vérselas con Antonio.

CAPÍTULO 20

SAN ROQUE

Faltaban horas para el momento de la reunión. Habían ya pasado mucho tiempo de estar juntos y más que manifestar algo, ambos habían sido tumbas selladas. Su hora de almorzar se acercaba y, ahora que estaba Antonio, tendrían que hacerlo con él. Bárbara no había preparado nada, porque, aunque la situación general había cambiado, ella no había cambiado mucho y seguía sin poder preparar siquiera un plato para sí misma e incluso más que no poder, no quería hacerlo.

—Podemos comprar comida; nos llevará menos tiempo que preparar algo nosotros mismos y, de seguro, sabrá bien —dijo Gabriel, que solo quería salir de ese lugar lleno de incógnitas.

La espera de una respuesta fue incómoda. Bárbara sentía que Gabriel hablaba a ratos como si ella no estuviera presente; en cuanto a Antonio, que no conocía tanto tiempo al muchacho, sabía que había algo diferente en él y le dolía, porque había aprendido a apreciarlo.

Se acercaba la hora de la cita y, después de las horas de silencio tras el almuerzo, que Gabriel, Antonio y Bárbara consumieron con notable hambre, nadie podía o quería romperlo. Cuando llegó el momento de partir, Antonio señaló antes de salir:

—Iremos en un auto nuevo, para no levantar sospechas. Vamos.

—Saldremos en un momento —dijo Gabriel.

Una vez en el auto, Antonio, añadió:

—Creo que va a llegar el día en que estas reuniones no sean seguras; lo saben, ¿cierto? —les preguntó. En un principio Gabriel guardó silencio y, después, dijo:

—Lo sé; ojalá acabemos pronto con esto, —aunque no sabía bien a qué se refería en ese momento.

—¿Este es el lugar? —preguntó Antonio.

—Sí, sí que es este; es el Restaurante San Roque, ¿verdad?

—Sí. Busquemos un lugar cercano donde parquear. —Así lo hicieron. Pasados algunos momentos se bajaron y, al llegar al sitio de la reunión, esperaron afuera a Sara. A lo lejos vieron que venía una motocicleta, que disminuyó su velocidad y se detuvo a su lado.

Sara descendió, se quitó el casco y, para Bárbara, dejó al descubierto la razón del interés de Gabriel por ella; a Bárbara le pareció una muchacha normal, aunque rápido notó, por su forma de dirigirse a Gabriel que ella no tenía ningún interés en él; quizá él no lo había entendido, pero, para cualquier otra persona, la forma en que lo trataba no era afectuosa.

Al ver a Gabriel acompañado, Sara le preguntó:

—¿Quiénes son ellos?

—Son dos amigos que nos van a ayudar: él es Antonio y ella Bárbara, pero, bueno, podemos seguir y adentro hablaremos mejor. —Ella aceptó y se despidió del conductor de la moto:

—Cariño, me esperas un momento o ¿quieres venir y acompañarnos? —le preguntó.

El hombre negó con la cabeza sin quitarse el casco y se quedó allí sobre la moto.

—Bueno, vamos adentro —dijo Gabriel, que trataba de dirigir todo aquello. Entraron y buscaron una mesa.

—Allí, esa me parece adecuada —dijo Sara. Era una mesa que daba su vista a la calle, desde donde Sara podía hacerle señas a su conductor, que aguardaba afuera, si era necesario.

—No me parece bien, —dijo Bárbara—, aquí nos verán desde afuera.

—Aquí está bien, —dijo Gabriel.

—Y bien, ¿qué tienen ustedes para mí?

—Verá, Sara, así es su nombre, ¿no? —preguntó Antonio.

—Sí, me llamo Sara.

—Nos ha dicho Gabriel que usted y nosotros bien podríamos andar detrás de un mismo objetivo.

—Es posible que así sea, pero hasta ahora hemos seguido caminos diferentes, al parecer. Supongo que usted se refiere a... —y dejó que Antonio terminara:

—Las lápidas, las tumbas que desaparecen y lo que hay detrás de ello.

—¿Cómo así detrás de ello?, ¿es que no es lo único?

—Bueno, quizá es muy pronto para decirlo, pero no, no es lo único.

—Bueno, yo puedo contarles lo que sé y ver cómo, al parecer, se entrelazan las historias. Pues, hace meses... —Antonio la interrumpió:

—La historia de tu padre, de su tumba, ya la conocemos. A Gabriel le ha pasado lo mismo y, suponemos que en todo estos hay intereses políticos, burócratas y ¿cómo no?, la cereza del pastel: dinero.

—¿Y qué dinero puede haber en lo relacionado con las tumbas?

—Mucho, si uno sabe cómo husmear en ellas.

—¿A qué se refiere?

—Que lo valioso de los muertos no es nada que esté en la tumba física o en la lápida, sino en su identidad. —Sara se sentía perdida, no entendía con claridad:

—¿Cómo así que su identidad? —preguntó.

—Sí, usualmente, cuando alguien muere y no tiene familiares, las posesiones pasan a manos del Estado, pero algún bribón se preguntó: ¿por qué esperar que muera y dejarlo allí?, hay negocio en utilizar esas identidades y obtener el mayor provecho de ello; ¿por qué no darle algo más de vigencia a su identidad? Estoy diciendo que, si la tumba de su padre no está aquí, seguramente su identidad ya está en otro lugar. Algunos utilizan esas identidades para pasar por muertos por diversas razones y llevar una vida cómoda; otros, como ya he dicho, buscan dinero o poder.

—Y... ¿cómo podría yo ayudarles?

—Si su padrastro es el administrador en ejercicio del cementerio, usted podría acceder a zonas que nosotros no; si halla las fosas, tal vez nos dé más luz.

—Y... ¿cómo lo haremos? —preguntó.

—Encontré al antiguo administrador; sé donde trabaja actualmente y podríamos obtener más información de él.

—¿En serio lo han encontrado? Yo llevo meses buscándolo, —exclamó Sara, y añadió: —Entonces..., yo seguiré tratando de encontrar las fosas y ustedes... ¿qué harán, mientras tanto?

—Reunir pruebas —dijo Antonio—. Trataremos de organizarlo todo muy bien, para poder hacer de esto una noticia que estremezca a los burócratas

Afuera, junto a la estación empezaron a llegar unas patrullas, por lo que dejaron la mesa y empezaron a caminar hacia la salida. Antonio dejó algunos billetes sobre la barra donde les habían dado la bienvenida. Ya afuera, Sara se despidió:

—Hablares después —dijo, mientras se ponía el cas

CAPÍTULO 21

LA GLORIA OLVIDADA

La vejez casi nunca es grata, pero la juventud tampoco lo es, si no se sabe aprovechar.

Al día siguiente, Gabriel y Antonio acordaron ir juntos a la oficina del antiguo administrador del cementerio; por antiguo no solo se referían a que su periodo como administrador fuera anterior, sino a que él mismo era viejo. Bárbara decidió no acompañarlos; ante los desplantes de Gabriel optó, ahora, por ampararse en la calma del cuarto de hotel, en lugar de la someterse a la adrenalina de las calles y las persecuciones.



Figura 6. Daniel.

El edificio en el que trabajaba el individuo era viejo; en el parecía que se habían reunido varios exabogados, tramitadores, administradores y glorias del pasado en puestos de burócrata, tal como imaginaban, no muy diferentes de aquel al que ellos buscaban. No

tendrían muchos clientes, supusieron, pues el lugar se veía inhóspito, pero parecía que entre ellos se establecía una compañía invaluable. Una vez entraron, vieron que en los pórticos de las oficinas se paraban a conversar entre ellos y, más que pagar el arriendo de la oficina para recibir visitas o atender a su trabajo, parecía que lo pagaban para tener allí con quien hablar.

En el edificio no les hizo falta una cálida sonrisa de bienvenida; Antonio las correspondió todas, como se debía, pero el fruncido ceño de Gabriel reñía con ellas. Vieron que las oficinas no eran grandes, pero debían ser accesibles, económicamente hablando, pues el estado del edificio y su ubicación así lo insinuaban.

El 12 era el número que ellos debían buscar, al que se dirigían; así lo indicaba la letra cursiva que figuraba en el cristal diminuto de la puerta, idéntica a la caligrafía de la tarjetita que llevaban entre sus manos; esperaron afuera, pues a través del cristal se podía captar que el hombre no estaba allí; de seguro podía estar atrás con los demás, charlando. Intentaron adivinar cuál de todos esos hombres mayores era, hasta cuando uno caminó en su dirección, amable y sonriente:

—Daniel Rivera, —dijo—, mucho gusto.

—Buenos tardes —saludó Antonio.

—¿En qué puedo servirles?

—Verá, queremos hablar un poco con usted —le dijo.

—Está bien, adelante —dijo, abriendo la puerta y corriéndose a su derecha para que ellos pudieran entrar.

Este era el hombre que había administrado durante muchos años el cementerio, pero ahora parecía una reliquia olvidada. En la pared se atesoraba, entre marcos elegantemente colgados, un sinfín de títulos que lo acreditaban.

—Comencemos de nuevo —dijo—. Buenos tardes, —pues quizá pensó que esta vez Gabriel diría algo más.

—¿En qué puedo ayudarles? —Dado que la ansiedad de Gabriel había desaparecido, le preguntó:

—Estamos aquí pues quizá puede acceder a responder unas preguntas; quizá para usted sean irrelevantes, pero créame —dijo—, para nosotros sus respuestas serán de mucho valor.

—Pues, por ahora, no tengo problema en responder.

—Está bien, me alegra oírlo —dijo Gabriel—. Se relaciona con un trabajo suyo.

—¿Trabajo?, ¿he hecho algo mal?

—No, nada de eso; supongo que es muy hábil en lo que hace; todo lo contrario, creemos que usted fue un gran administrador.

—¡Ah!, se refiere al puesto que ocupé antes.

—Exactamente —dijo Gabriel—, espero que estemos hablando del mismo empleo —continuó.

—¿El de administrador del cementerio?

—Sí. ¿Por qué dejó el trabajo?

—No lo dejé, me echaron.

—¿Malas prácticas, quizá? Aunque no lo creo, pues se ve que es alguien muy preparado.

—Favores políticos; ya ve que apenas asumen esos parásitos, deben pagar los favores que recibieron.

—Claro, como no lo pensé antes; ¿habrá algo en lo que la política no sea capaz de intervenir?

—Imposible —dijo Daniel, con una sonrisa forzada.

—Bueno, pero... ¿por qué dice que un favor?

—Pues, verás, el hombre que llegó a reemplazarme no tenía idea alguna de la administración del lugar; se veía torpe y poco asertivo; creo que ni un muerto le confiaría su vida, si ellos pudieran elegir el administrador del lugar.

—Y... ¿quién le informó que debía dejar el puesto?

—Han hecho una auditoría, o eso se han inventado, para despedirme sin motivo, como si nadie conociera ya cuál era la razón de mi cese.

—¿Cuál era?

—Darle el puesto al hombre aquel que me ha reemplazado y manipularlo como quieren.

—¿Recuerda quién fue a notificarle que debía dejar el puesto?

—Solo recuerdo a un tal Almirón; no era un burócrata; parecía más amenazante por su físico que por su conocimiento de economía o leyes. Creo que era un abogado o eso aparentaba, pero no tenía la menor idea de eso; era algo regordete. Lo único que recuerdo era que llevaba comunicados; quizá pensaron que, al enviarlos con un hombre fornido, la respuesta sería más inmediata.

—Un muerto —dijo Antonio.

—¿Perdón?

—Un muerto de hambre que seguramente también buscaba tajada en este asunto.

—En eso estoy de acuerdo.

—Otra pregunta: ¿sabe dónde quedan las fosas que había en el cementerio? —preguntó Gabriel

—No, esas fosas no las conocí. Lo último que supe, hace algunos días, es que estaban en una ampliación. Se imagina; seguramente para robar más dinero del que ya han robado.

—¿Y no ha oído dónde las construyen o las amplían?

—Según oí, la entrada creo que está cerca del pórtico principal, pero eso debe estar en algo así como un sótano.

—¿Quizá eso era muy pequeño?

—Supongo que lo suficientemente grande como para una ciudad como esta.

—¿A qué se refiere?

—Creo que no movían muchas cosas allí. Es más, muchos meses pasaba sin que el lugar lo abrieran

—¿Cree que pueda preguntar dónde las construyen? Digo, ¿no tiene algún conocido allí?

—Trataré de hacerlo, pero, a todas estas, ustedes por qué me preguntan sobre esto.

—Verá, somos investigadores fiscales —dijo Gabriel.

—¿Cómo?

—Sí, investigamos sobre todo delitos referentes a economía y, ya sabe, encontrar a los tramposos.

—Cuenta con eso; si hay algo que me interese es que acaben de una vez con esa pila de ladrones.

—Me gusta su actitud —dijo Gabriel.

—Y a mí la suya, muchacho. —Entonces, Antonio echó mano a su cartera y sacó de allí un dinero.

—¿Cree que esto sea suficiente?

—Está bien —dijo Daniel.

—Un día de estos volvemos —dijo Gabriel, mientras Daniel guardaba los billetes en uno de sus bolsillos.

Ellos empezaron a irse y él, para no quedarse estático en el sillón, se puso de pie y encendió su radio; allí sonaba una música clásica, pero lo más importante era tener el ruido que le hiciera compañía, ahora que se quedaba solo; luego, salió y se asomó para ver si sus colegas estaban aún allí, pero, durante la charla que había sostenido, aunque no fuera larga, ya se habían marchado todos.

Los años de gloria habían pasado ya para él y, al parecer, los diplomas, que databan de un tiempo lejano, ya casi no significaban nada; para él podían bien ser una reliquia, aunque para los demás solo se vieran como cosas viejas y de haber sido un administrador, ahora era únicamente las cenizas de su gloria.

Respecto al dinero, se había contentado con relativamente poco y aunque eso le ayudaría a cubrir algunos gastos, no le pareció a ninguno de los dos que fuera una cantidad que un buen abogado o consultor cobraría, tal vez porque, en el fondo, era un mal administrador por obedecer a sus principios éticos, que lo obligaban a respetar inclusive a cuerpos de personas que ya no estaban en ningún lado. Quizá por eso era un mal administrador, porque se negaba a robarle incluso a un muerto.

Gabriel y Antonio fueron al hotel; allí bajó Gabriel y Antonio se fue; en el camino no habían dicho más, pero Antonio se sentía inseguro del resultado de la tarea que le habían encomendado.

CAPÍTULO 22

UN MAL BUFÓN

A Daniel habían acordado visitarlo en una semana, más o menos; ese tiempo lo utilizarían para reunir otras pruebas, ver qué hacía Baquero, analizar sus próximos movimientos; por otro lado, y para evitar que Gabriel hiciera tonterías valido de la confianza que le otorgaba la soledad y, aunque no lo sabía, también las medicinas, Antonio prefería ahora llevarlo consigo. Aunque durante la semana no hallaron nada extraño, Sara tampoco había comunicado mayor cosa y en un momento se cuestionaban su ayuda. ¿Estaba, en realidad, ayudando?, porque pasaba el tiempo y todo parecía que seguía igual, estar estático.

Nada era más mortificante que la espera y aquí todos esperaban por algo; incluso los malos tenían algo que esperar. Bárbara esperaba que todo se resolviera rápido, para recuperar a su viejo Gabriel, aunque, sin saberlo, esperaba en vano, pues no parecía que pudiera volver; además, ya quería ver desaparecer a Sara, pues Gabriel llegaba al punto en que había dejado ya las leves demostraciones de afecto.

Si bien el fármaco, según creencia popular, no generaba una adicción, en Gabriel lo hizo, pues empezó a necesitar mucho más del medicamento que le llevaban a sentirse alguien diferente y más seguro, pero ahora necesitaba cada vez dosis más fuertes; quería acallar las voces dentro de su cabeza, pues, aunque estuviera en las noches tan cerca de Bárbara, su mente no dejaba de mentarle el nombre de Sara y ya incluso había confundido los nombres. Resultaba extraño entender cómo era que el afecto había perdurado más entre ellos, cuando se hallaban separados que ahora que convivían casi todo el día juntos; de a poco uno se fue dando cuenta de los defectos del otro y, ya que ahora tenían que padecerlos más a menudo, se magnificaban.

Con el hilo tensor en el punto en que la situación ya casi llegaba a que se arrancara, Bárbara sentía cada vez más insufrible a Gabriel, aunque muy en el fondo esperaba su regreso, pero era normal que un corazón afectado guardara una esperanza, por ilógica que pareciera, aunque era inevitable también que ya no lo soportara.

Antonio empezaba a desconfiar de Gabriel, de su actitud, de la forma en que se comportaba cuando tenían que hacer salidas, preguntas, investigaciones en busca de información crucial; cuando se trataba de seguir a alguien o hablar con personas, sin pensarlo aparecía esa faceta extraña suya, que era, en realidad, el medicamento que se expresaba a través de su cuerpo medio adormecido. Al igual que Bárbara, Antonio empezaba a pensar que Gabriel ya no era el mismo que había conocido, ya no era el mismo con el que había compartido, ya no era el mismo al que él había instruido en tantas cosas que Gabriel ignoraba; ya no era el mismo y, al parecer, ya no volvería a serlo; a veces se notaba algo de ansiedad en Gabriel, una ansiedad

que se notaba sobre todo cuando pasaba tiempo en silencio; quería hablar como si así evitara oírse.

Así pasó la semana; Daniel no se había comunicado; ellos lo llamaban de vez en cuando, pero casi nada era una novedad con él que, por su parte, sentía que lo máximo que podía hacer era tratar de hablar con algunos ex empleados suyos en el cementerio, ya que a muy pocos habían despedido y la mayoría que seguía allí lo recordaba con añoranza; otros le respondían con desdén, pero, entre los que eran amables con él y le ayudaban como podían, estaba Jorge; quizá él no sospechaba que Gabriel y Antonio estaban tras las preguntas que le dirigía Daniel.



Figura 7. El candidato.

La monotonía que suponía esperarse se esfumó un día, mientras oían la radio, pues eso hacían mientras estaban en el auto y no hallaban otra cosa que hacer; así, pudieron enterarse de escándalos minimizados acerca de las elecciones, personas que declaraban haber sido tentadas con dinero para vender su voto, pero eso era típico; la persona que llamaba se negaba a dar la identidad del candidato, pero el dinero ofrecido advertía el engaño que se avecinaba.

Un control más minucioso del periodismo arrojaría nombres, datos, cifras, pero nada; la parte más destacada en esas emisiones radiales era el hecho de que ninguno de los operarios en cabina quería darle la seriedad suficiente a la información de los que llamaban y solo se limitaban a bromear con ellos o contra ellos, lo que en el momento produjera más risas.

Ni siquiera imaginaban en que los candidatos llegaban a comprar votos:

—Aunque, seguro, son económicos —dijo entre bromas otro—, y no alcanzan a alterar el resultado general de las elecciones; si alguien llegara a pensar lo contrario, claro que desde

los registradores hasta las personas que presidían las mesas de votación, son personas escogidas que procurarían ser neutrales en materia política, aunque nadie nunca lo es.

Tras jugar un poco con las palabras y burlarse de la información recibida, aquel que había llamado a la emisora daba por concluido el tema y se mostraba irritado por la burla. El hombre de la emisora parecía muy patriota y respetuoso de las instituciones, de sus procesos y de sus criterios; en realidad, oír la emisora tenía para los dos una intención particular dirigida a oír a un periodista que, junto con todos los que se habían reunido con Baquero en el restaurante, cuando encontró la emisora y distinguió la voz inconfundible del hombre al saludar, Antonio lo notó.

—Ese periodista es un miembro más —dijo.

Aquel periodista había preferido llegar a una franja de chistes políticos, donde no hacía más que parodiar a uno y otro, sin decir mayor cosa de interés. Parodiaba casi siempre a aquellos de menor rango y casi nunca se refería a los más poderosos; ni una sola mención de las personas que ocupaban los puestos que tenían a su cargo responsabilidades más grandes, sino solamente chistes, chistes y chistes, aunque se le escapara entre chiste y chiste alguna verdad incómoda. Al único que había mencionado en más de una ocasión era a Antonio Baquero:

—Su buena gestión —decía—, su buena gestión es digna de destacarse alababa y nunca nadie parecía que llamara para para disenter sobre él o su trabajo.

Cuando una llamada telefónica les incomodaba o parecía que los iba a poner en aprietos, ponían música; hacían de cuenta que la llamada no había ocurrido, oírlo no les resultaba atractivo; en consecuencia, preferían poner música.

El medicamento seguía siendo un secreto, pero Gabriel necesitaba cada vez más; en cierta ocasión, mientras buscaba el medicamento pasó por algunas tiendas y vio a hombres totalmente ebrios; pensó que ellos, quizá, no eran muy diferentes a él, pues trataban de huir de la realidad de quienes eran; en suma, eso era lo que lograban al ingerir esas sustancias. Se dijo:

—Son como bufones pésimos —y se rio sin darse cuenta que al reconocer la similitud entre el alcohol y el medicamento que tomaba se equiparaba a ese mal bufón en el que se convertía cuando lo ingeriría.

En el camino al hotel en el auto, ya en la noche, se apagaba la radio, ya habían oído hasta hartarse y Gabriel entendía que, cuando la radio se apagaba, la presencia de Antonio no tardaba en volverse ausencia, pues guardaba silencio. Cuando, de vez en cuando, los acompañaba Bárbara, parecía que no estuviera allí; en más de una ocasión ella incluso les planteaba algunos comentarios seguramente para evitar que ellos ignoraran por completo su existencia.

Tanto Bárbara como Antonio empezaban a resignarse cada vez más a la presencia de aquel Gabriel, distinto del que ambos habían conocido y con el que habían emprendido, en el caso de Antonio, una aventura muy peligrosa y, en el caso de Bárbara, un amorío que se iba

desvaneciendo; la mente de Gabriel había sido incapaz de manejar la situación y, según ellos, la salida más sensata que había encontrado era fingir que era otra persona, que aparentaba tener mucha más seguridad en sí mismo.

CAPÍTULO 23

OTRA SORPRESA

Estaba en una silla, medio recostado; ero incómodo; veía por la ventana hasta que, de pronto, sonó el teléfono. Hacía mucho no oía su voz; solo eran semanas, pero, según él, había sido una eternidad; al oírla todo en él se estremeció, a tal punto que al principio pareció no atender a lo que decía, sino únicamente se había dedicado a alegrarse por oír su voz en la llamada.

—Debemos encontrarnos pronto; creo que algo salió mal.

—Espera, ¿qué dijiste?

—Que nos debemos reunir, que algo salió mal; dígaselo a Antonio, su compañero. —y colgó. Una vez habló con Antonio, esa misma tarde habían propuesto ya el lugar y la hora de la reunión.

—Buscaré algo de comida para cenar —dijo Gabriel, pero para ocultar su estado mental, en realidad, salía por comprar su medicamento para tranquilizarse. En su búsqueda caminó muchas cuadras, pero no encontró nada, entonces vio una tiendita y preguntó, pero el tendero lo miró extrañado, pues allí no había cosa semejante. Vio licor tras él y pidió una botella para tomar, pero el licor era muy fuerte y después de tomar algunos sorbos no pudo más.

El consumo del alcohol llevó a que perdiera los estribos con rapidez y, aunque ya iba camino al hotel, se devolvió por más licor; en cambio, se sentó en una mesa y recordó que había comparado con malos bufones a los ebrios, pues lamentaban sus desgracias, aunque ahora él se hallaba solo y embriagado lamentando la suya.

Un breve lapso bastó para que el licor lo ganara; pudo sentir la tristeza a flor de piel, sintió un nudo en la garganta, pensó que podía llorar y así lo hizo y empezó a llorar; luego, cuando pudo hacerlo, en un momento de lucidez, reflexiono y pensó en ir a su casa, a la habitación de su hotel, puesto que allí afuera era un lugar peligroso... Entonces, emprendió el camino al hotel dejando, hasta cuando al fin llegó.

Bárbara lo encontró mientras trataba de subir las escaleras, pues Gabriel al parecer no podía mantenerse firme en pie:

—Estaba preocupada —le dijo—, pensé que ya no volverías, ¿dónde has ido? Solo dijiste que salías por comida.

Las cosas serían más sencillas si salieran como Gabriel había fantaseado que saldrían; lo que en realidad era la forma sincera y sensata de hacer las cosas, era en este caso difícil. Con sinceridad le abriría mejor su corazón a Bárbara y, apelando a ella, le dijo:

—Tiene novio, ama a alguien más. —Bárbara obviamente sabía que se refería a Sara sin necesidad de que dijera siquiera su nombre.

Todo calló entre ellos y ambos hicieron de cuenta, como cada noche, que no tenían de qué hablar, que no había nada que decir, que no había nadie a quien oír. La noche pasó y, aunque ambos fingieron dormir, fue una noche larga. A la mañana siguiente Gabriel salió junto a Antonio, como de costumbre; había salido a hurtadillas para evitar despedirse, pues recordaba todo lo pasado en la noche y suponía que Bárbara no quería siquiera oír su voz.

Volvieron al hotel pasado el mediodía, muy a pesar de que Gabriel quería evitarlo y decía no tener hambre. No quería comer algo, pero más que comer, no quería encontrarse con Bárbara. Como llevaban tiempo de acá para allá siguiendo a uno y a otro, estaban hambrientos y, ya sin otra opción y cerca del hotel, Gabriel pensó que en presencia de Antonio Bárbara no se atrevería a mostrar su enfado, ni mucho menos a revelar los problemas por los que había pasado la noche anterior.

En un último momento compraron algo de comida preparada, pues suponían que Bárbara no les prepararía nada. El primero en empujar la puerta fue Antonio; Gabriel le cedió el puesto mientras él se quedaba estático a un costado a la espera del saludo cotidiano de Bárbara que, al verlos llegar, solía expresar. Gabriel levantó la mano para saludar, pero empezó buscar hacia distintos lados, para encontrarse con un cuarto vacío,

—No está, —dijo Antonio—. Habrá salido a comprar algo.

—Pero le trajimos algo de comer.

—Bueno, nunca está de más la comida; nos va aportar algo de variedad.

—Podemos comer y esperar a que llegue. —Antonio, entonces, le preguntó a Gabriel algo que durante la mañana le había llamado la atención:

—¿A dónde fuiste cuando me dejaste en el auto frente a la oficina de Baquero?

—Fui a desayunar en uno de los restaurantes que quedan por la avenida frente a esas oficinas; en realidad, hoy no pudimos hacer un desayuno con Bárbara porque nos sentíamos indispuestos —mientras Gabriel lo expresaba con su voz nerviosa, Antonio notó algo extraño en todo eso:

—¿Pelearon?

—No sé si eso puede llamarse pelea.

—Bueno, creo que lo mejor es dejar sus asuntos personales allá en su vida privada; no preguntaré más.

—Está bien, así está mejor. —Se sentaron, comieron un poco y durante todo ese tiempo Bárbara no apareció.

—¿No te preocupa que no haya ningún rastro de ella?

—No —dijo Gabriel—, habrá salido a caminar o a dar una vuelta.

—Sabes que ella no es ese tipo de persona.

—Pero seguramente, después de la conversación que tuvimos anoche, habrá pensado en salir; le sugerí que tratara de hacer algo más que solamente quedarse aquí, en la habitación del hotel.

—Bueno, eso es posible y tendrá su razón; dejémosle un poco de la comida que hemos comprado —dijo Antonio, aunque Gabriel presentía que Bárbara no iba a regresar.

—Sí, cuando llegue —expresó; luego, se levantaron de la mesa para volver al auto que los llevaría a otro destino.

En la noche regresaron y la comida que le habían dejado seguía en el mismo lugar; todo parecía como si allí nadie hubiera estado.

—No está, no volvió. ¡Qué raro?, ¿a dónde habrá ido?

—No lo sé.

—Esperaremos a que vuelva. Sabes que correrá peligro afuera y me parece que olvidas que le debes mucho.

—Sí, sé que le debo mucho, pero creo que no corre peligro, ya no.

—Y... ¿por qué no? —le preguntó Antonio.

—Pues creo que decidió irse y alejarse de esta situación; me parece que es lo mejor que pudo hacer.

—Ya basta de esa actitud, Gabriel; que... ¿no ves que resulta irritante?

—No sé a qué te refieres.

—Yo mismo la llamaré; últimamente, parece de vez en cuando que ya no te preocupa nada.

—Durante la noche Antonio trató de comunicarse con ella, pero fue una tarea infructuosa.

Al día siguiente, Gabriel y Antonio habían tratado de seguir a Baquero para identificar a las personas con quienes regularmente se reunía; esta vez lo hacía con una persona con la que no lo habían visto antes, pero que sabían tarde o temprano lo haría; allí estaba la conexión, era real. El nuevo administrador del cementerio estaba allí con Baquero; al principio, dudaron si era o no el hombre, pero cuando vieron que Sara salía de la casa, lo confirmaron; allí vivía ella, ese es su padrastro y Baquero también es su jefe.

El hombre subió al auto con Baquero y fueron a comer a un lugar donde pudieron hablar. Tiempo después fueron al cementerio y, por último, retornaron hasta su casa, que era poco ostentosa y más bien podría decirse que rayaba en lo habitual, pero otra sorpresa se produjo cuando, fuera de la casa, vieron a Sara, que hablaba con el muchacho de la motocicleta. Luego, Sara lo besó por entre la víscera del casco, en una despedida afectuosa e hizo algo

que frente a ellos siempre había evitado, sonreírle. Entonces, el hombre que andaba con Baquero saludó a Sara, quien, a pesar de hallarse relativamente cerca, ignoró ese saludo.

—Creo que nos hemos encontrado con el otro cabo de esta investigación de una vez por todas; este es el padre o su padrastro, —dijo Antonio, refiriéndose a Sara—. Creo que eso es todo por hoy. Sí aquí tenemos a nuestra investigadora, de seguro podrá hacer mucho más allá adentro que nosotros aquí afuera.

El auto que habían rentado, emprendió el camino de vuelta, casi por el mismo sendero que había venido; Gabriel no exteriorizó ninguna emoción en el camino, se notó en silencio y era una gran ausencia. De regreso, en la puerta del hotel, Gabriel descendió del vehículo:

—Iré a donde lo renté para devolverlo —últimamente, la persona que se lo rentaba se había convertido en su amigo y solía rentarle los autos a un precio mucho más módico y casi sin requisitos —le dijo Antonio, no sin antes preguntarle:

—¿No has sabido nada de ella?

—No, no sé nada más de lo que sabes.

—¿No te ha llamado?

—No, no lo ha hecho.

—Trate de buscarla; quizá pudieras lograr saber de ella.

—Lo dudo.

—Intenta hacer algo; al menos lámtalo; cada vez estás peor —le dijo Antonio y arrancó.

Gabriel revisó todo por un momento; vio el lugar de arriba abajo, de un lado a otro, pensando si sería una buena idea entrar o no sería mejor abandonarlo todo e irse.

CAPÍTULO 24

EL PASO EN FALSO

Gabriel tomó más medicamento; buscaba detener las voces en su cabeza y lo mal que se sentía; de verdad que anhelaba que eso pasara.

—Esto es un asco; ¡maldita sea! —exclamó. Ya no era él quien que se hallaba de pie, allí, frente al espejo. Salió sin rumbo; revisó su teléfono; vio entre sus contactos los que databan de tiempos más antiguos. Allí encontró lo que le pareció la solución definitiva:

—No más, —dijo, pues se sentía estaba cansado—. Acabemos con esto.

Tras casi una hora volvió al hotel. Una vez allí, una llamada le entró al celular; lo sacó rápidamente de su bolsillo y mirando de reojo vio en el parpadear el número y nombre de Sara; aún con la confusión en su cabeza, contestó atento y dispuesto a lo que ella fuese a decirle. Al otro lado del teléfono, su voz le dijo:

—Disculpa que te llame; sé que la cita es en tres días, lo sé, pero hay cambio de planes; debo verlos mañana mismo.

—¿Lo necesitas para ultimar algún detalle?

—Nos reuniremos mañana, a las 10, en el restaurante de Cosme y Damián; ¿sabe dónde queda?

—No lo sé, no lo conozco.

—Pregunte dónde es; a mí me parece un lugar seguro.

—Vale, vale, el lugar es lo de menos.

—Dígale a su amigo que vaya, también.

—Así será. —Como se oía que la necesidad de la reunión era urgente, entonces llamó a Antonio:

—Disculpe que lo llame; Sara quiere que nos encontremos mañana, a las 10 de la mañana —le dijo.

—¿Dónde?

—En el restaurante de Cosme y Damián.

—Ya sé dónde es.

—¡Ah, bueno!

—Fue ella quien lo ha propuesto —dijo.

—Entonces, nos encontraremos temprano; a lo mejor ha hallado las fosas.

—Es posible. —Entonces, empezó a recibir llamadas de Daniel, pero las ignoró; estaba cansado y parecía que ya tenían la información que requerían. Daniel insistía, timbraba una y otra vez, pero Gabriel decidió ignorar las llamadas y silenciar el teléfono. Siguieron las llamadas de Daniel; el celular seguía encendiendo su pantalla y Gabriel seguía ignorándolo; algo pasaba, se podía ver a simple vista, pero él lo ignoró.

Al día siguiente se encontraron con Sara; ya que parecía urgirle la reunión, todo lo hicieron con celeridad; dieron con el restaurante, entraron; estaba casi vacío; allí Gabriel eligió una mesa tras una columna que impedía que los vieran desde la puerta, pero también impedía que ellos vieran hacia afuera. Antes de tomar asiento en la mesa vieron pasar veloces una patrulla y una ambulancia, cuyo sonido penetrante de las sirenas se apagó en la distancia:

—Todo afuera es un caos —dijo Antonio.

—Por fortuna ese no es asunto nuestro. —Luego de un momento llegó Sara; saludó y visiblemente turbada, sacó unos papeles que llevaba en una carpeta y empezó hablar:

—Algo extraño está pasando con mi padrastro; ayer lo oí hablar notablemente exaltado por teléfono, al que, un poco antes, lo había llevado a casa uno de sus jefes. —Sin que lo dijera, los dos ya sabían de quien se trataba, Antonio Baquero, que era uno de sus jefes.

—Bueno, pero ¿qué hay con ello? —le preguntó Antonio, que la miraba interesado, como si esperara la mala noticia que se avecinaba.

—Ayer en la noche, pude oír que, entre otras cosas, debían encargarse de algún cabo suelto que empezaba a ser molesto, pero sin especificar claramente a quién se refería. —Los dos pensaron que podría tratarse de ellos, pero, tras un momento de reflexión, se dieron cuenta del tamaño error que habían cometido al ir a hablar con Daniel Rivera, en su oficina.

—Lo han descubierto —dijo Gabriel.

—¿A quién? —preguntó de inmediato Sara.

—Al viejo Daniel; se lo hemos servido en bandeja; por tratar de averiguar, él seguramente ha preguntado demasiado.

—De tal modo que han descubierto que sospechamos; saben ya algunas cosas y también que investigamos —añadió Antonio.

—Recibí unas llamadas insistentes antes de venir aquí; déjenme revisar el celular; acabo de darme cuenta, —dijo—, que ese número era el número de su teléfono.

—Si está en peligro, más vale acompañarlo —dijo Antonio.

Antonio intentó ponerse cuanto antes de pie, pero Sara lo detuvo:

—No, no. Lo que les dije no era lo único para lo que los cité aquí; iba a entregarles esto —dijo Sara, les pasó una carpeta y dijo—: aquí están los planos del cementerio; allí también está la ubicación de las fosas; esto pude obtenerlo de uno de los empleados del cementerio, tras varias preguntas y algún estímulo adicional.

Antonio tomó rápido la carpeta con las fotos y corrió en dirección a la calle y Gabriel le siguió el paso, sin siquiera despedirse formalmente de Sara. Al llegar al parqueadero, Antonio pagó con un billete grande y dejó el cambio, para subirse rápido al auto, encenderlo y partir. Gabriel llegó inmediatamente después hasta la puerta y subió. El encargado del lugar los miraba con extrañeza y tal vez un poco de sospecha. Pusieron en marcha el auto, pero, una vez estuvieron en camino, no tardaron en detenerse en el tráfico del centro de la ciudad que los detenía cada 20 o 30 metros.

—Así no llegaremos nunca —dijo Antonio, mientras avanzaban de nuevo durante algunos segundos para volver a detenerse más adelante; eso era un infierno, la espera los mortificaba. Bueno, en realidad mortificaba a Antonio, pues Gabriel solamente golpeaba su celular contra su mano y esperaba tranquilamente, bajo el efecto del medicamento, mientras pensaba que Daniel volvería a llamarlo.

Cuando llegaron a la avenida donde estaban las oficinas, entendieron lo tardía que era allí su presencia. Frente a ellos las parpadeantes luces de un auto de la policía y una ambulancia llegaron a sus ojos; entonces, vieron a unos paramédicos volver a abordar la ambulancia y a los policías acordonar la entrada; a su lado pasó el auto similar a la ambulancia; de allí se bajaron unos hombres vestidos enteramente de blanco, entraron en el lugar tras retirar del costado de la máquina una bandeja larga con un plástico blanco.

Antonio lamentó no haberle dicho al viejo que aquello que iba a tratar de averiguar, podía tratarse de algo peligroso y arriesgado; no se lo advirtieron, pues quizá pensaron que él así ganaría en valor para preguntar y no sentiría miedo, aunque el miedo sirviera para preservarle la vida.

CAPÍTULO 25

LA CULPA

Con seguridad, la culpa por la muerte de Daniel era un asunto difícil de asumir; Antonio y Gabriel, aún en el auto, vieron cómo el auto de la morgue desapareció al virar en la esquina; Gabriel había sacado una o dos fotos del momento, que después pondría junto a los demás documentos y fotos que guardaba como pruebas, entonces, Antonio aceleró el auto y de a poco se fueron alejando de lugar. Entonces, a Antonio le vino a la mente Bárbara, de quien no sabían nada, ¿qué más podría pasar?

—Bárbara, ella pudo hablar —dijo Antonio, tratando de vincular su ausencia con la muerte de Daniel. —Gabriel se incomodó:

—Ella no es así.

—Y... ¿dónde está?

—No lo sé, pero me atrevo a asegurar que ella no tuvo nada que ver.

—Y, entonces, ¿quién?

—Yo no sé —dijo Gabriel e incapaz de articular otra palabra llegó al hotel y se bajó del auto. Después de un tiempo, llegó Antonio y vio a Gabriel de pies a cabeza. Sus ojos enrojecidos, contrastaban con el porte serio e inexpresivo que ahora tenía.

—¿Qué crees que ha podido pasar?

—¡No sé, no sé!

—Pues debemos tratar de acercarnos a una respuesta. No debimos meter a Daniel en esto.

—Daniel pareció feliz de ser útil nuevamente, se sintió parte de esto —dijo Gabriel.

—Pero no lo era.

—Tal vez sí y ahora ya no lo sabremos. En cuanto a mí, ¿yo te dije que me buscaras?, ¿que me trajeras aquí?; ¿que hiciera que investigara? A lo mejor no iban a matarme y ahora resulta que a lo mejor quieran hacerlo.

—A lo mejor fue Sara, tu amor idílico que, al ser tan insistente en buscar los planos, la descubrieron.

—Bien pudo serlo —dijo, dejando atónito a Antonio.

—Y Bárbara —preguntó en seguida—, ¿dónde está?

—No lo sé.

—Ni siquiera parece preocuparte.

—Pelemos antes que desapareciera —dijo, mientras agachaba la cabeza.

—¿Crees que nos hubiera traicionado?

—No lo creo.

—Sé que ya habíamos hablado de esto, pero ¿estás seguro?

—Sí, lo estoy.

—Entonces, en verdad, preocúpate, porque si a Daniel le pasó lo que le pasó, a Bárbara le puede ir peor. Pudo haber sido ella quien, enfadada, en un impulso decidió vengarse de esta forma.

—Ella no es así.

—¿Qué sabes tú?

La conozco y sé que no es así.

—Ni siquiera le prestabas atención, ¿cómo vas a conocerla?

—Sí que lo hacía.

—Ella veía siempre tus gestos cuando hablabas de Sara; notamos en tu cara cuánto te importa la muchacha.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Qué? No tiene nada de malo, por supuesto, que te importe Sara, pero olvidaste a Bárbara por completo, después de todo lo que hizo ella por ti; incluso fue capaz de recibir golpes y arriesgar su vida para mantenerte a salvo. Ahora mismo podría estar muerta y ni siquiera te preocupas por averiguar su paradero.

Era verdad, una verdad que Gabriel quería ocultar, pero que ya era evidente para todos. Antonio ya no sabía qué más decir para ver si en el algo Gabriel cambiaba, pero como se dio cuenta que allí era en vano, decidió solamente guardar silencio y marcharse, pero, entonces, Sara llamó a Gabriel para decirle que habían olvidado recibir algunas otras fotografías por salir de prisa e insistió en la necesidad de hablar. Gabriel volvió a elegir el lugar, que sería el mismo de la anterior reunión; iban a reunirse en el mismo lugar. para recoger las fotos y hablar quizá lo último que tenía por compartir Sara.

Acordaron la cita para pasadas las ocho de la mañana del día siguiente:

—Mañana nos reuniremos con Sara a las ocho—le dijo a Antonio—, en el mismo restaurante de antes, pues al parecer tiene que decirnos algo y entregarnos algo más.

PARTE IV
EL CAMBIO

CAPÍTULO 26

LA TRAICIÓN

Una vez reunidos en el restaurante, en una mesa discreta, Antonio preguntó:

—Bueno, aquí estamos; ¿para qué nos ha citado?

—Ahora estoy segura de que algo saben, —les dijo Sara—, pues mi padrastro ha estado raro últimamente.

—¿Y por qué lo dices?, ¿raro como qué?

—Ayer recibió una llamada; se vio especialmente perturbado por ella, pero lo más llamativo vino después, cuando dijo que tenían que deshacerse de aquellos cabos sueltos, pero aún no logro identificar de quién se trata o a quién se referían.

—Bueno —dijo Gabriel, nosotros sabemos a quién se refirió, porque ya está consumado.

—Y... ¿de quién se trata?, ¿por qué dice que ya lo han consumado?

—Se trata del antiguo administrador del cementerio, que ha fallecido ayer.

—Ha sido asesinado, querrás decir —lo corrigió Antonio.

—Bueno, en realidad sabemos nosotros que lo asesinaron, pero un periodista ha informado que al hombre lo encontraron ahorcado en su oficina, así que van a decir que se trató de un suicidio.

—Eso es muy grave.

—Demasiado, —corroboró Gabriel—, pero no es nada en comparación con lo que nos puede pasar a nosotros, si no hacemos algo al respecto.

—De eso mismo estaba hablando, creo que mi participación no puede ir ya más allá; no, después de ver lo cerca que ha estado la muerte de nosotros —señaló Antonio.

—Aquí tengo el resto de las fotografías de las fosas; ya estuve dentro; allí hay varias lápidas.

—Haz el último esfuerzo, por favor; ya casi lo logramos, —le pidió Antonio.

—Tengo miedo.

—Es normal tenerlo —le dijo para calmarla—, pero ya casi logramos el objetivo que nos hemos propuesto. —Le mentía, pero quizá necesitaba de esa mentira para seguir adelante, pues si le decía la verdad, que no sabía si iban en la dirección correcta, ella los abandonaría.

—Al haber tomado estas fotos, creo que debemos buscar algo de ayuda, pues, aunque hasta ahora hemos trabajado solos, creo que es imposible seguir haciéndolo.

—Entonces, —dijo Antonio—, podemos buscar a un periodista que nos ayude en la investigación de este asunto.

—¿Fueron ustedes los que incluyeron al pobre hombre en este problema? —preguntó Sara.

—Sí y si no lo hacíamos nosotros, otro iba a hacerlo, que también lo buscaba.

—Es, posible, pero no iba a ponerlo como carne de cañón.

—Bueno, el hombre fue el que decidió ayudarnos; nosotros no lo obligamos y ahora, por su decisión, está muerto —dijo Gabriel.

—Y no será el único, si no nos calmamos y pensamos en qué vamos a hacer —prosiguió Antonio.

—Entonces, Gabriel empezó a titubear y un sudor frío lo invadió; empezaba a palidecer. Antonio, que lo notó, le preguntó:

—¿Qué te pasa, Gabriel? —El titubeo de Gabriel se convirtió de a pocos en espasmos, que pronto desembocaron en llanto.

Antonio pensó que el muchacho se había roto, que era demasiado para su mente frágil y la verdad es que era así. Gabriel tendió su mano con el medicamento que sacó de uno de sus bolsillos y que había tomado hasta ahora; de sus dedos se le resbaló y cayó sobre la mesa. A Sara le importó poco lo que le sucedía al muchacho, pero Antonio entendió de golpe esa actitud extraña que tenía a veces, pues conocía el medicamento, había oído sobre sus efectos y ahora ya sabía el porqué de su extraña actitud. Siempre había sido el medicamento; siempre había tratado de manejar la situación, pero a la larga lo había superado.

—Perdón —repetía una y otra vez.

—Tranquilo —le dijo Antonio, mientras ahora Sara veía la escena desconcertada.

—Esto es estúpido, —dijo Sara—, debemos dejar de jugar a los detectives; ya hay una persona muerta y a este muchacho ya se le han crispado los nervios de tanto mantenerse en vilo; por favor, pensemos; entreguemos estas pruebas a la policía y que ellos determinen lo que deben hacer — y ante la deplorable escena y quiso levantarse, pero, de pronto, asomó la cabeza su novio, con el casco aún puesto y la visera medio levantada. Sara, con el ceño fruncido, como señal de preocupación, le preguntó:

—¿Qué haces aquí? —Tras él vio el cañón de una pistola que le apuntaba; de a pocos, todos alzaron la mirada sobre el hombre que la portaba. Antonio y Gabriel tenían ahora ante sus ojos a un muerto; era levemente más delgado y notoriamente más joven, pero, sin duda, se trataba de Almirón.

—Almirón, es Almirón —dijo sorprendido Gabriel, como si allí no pudieran verle los demás.

Este seguramente no tenía la potencia física del otro Almirón, no era tan regordete y podía notarse que su calvicie era como la de alguien que se rasurara lo suficiente para parecerse y era algo que lograba bastante bien.

—Muy bien, señor Almirón —dijo la voz de Baquero tras él—. ¿Cómo les parece?, —les preguntó—. Ustedes dos lo dejaron muy maltrecho; lo compusimos un poco, —dijo, mientras ponía sus manos sobre los hombros de Almirón.

—Pero... ¿cómo?

—Compusimos su identidad para el uso; el gordo está muerto, pero, bueno, el Club seguía necesitando de un Almirón, recibía un buen sueldo y otras comisiones; no podíamos dejarlo muerto. —Gabriel podía ver a todos los recién llegados a la cara; Antonio estaba de espaldas a él, por lo que para él su apariencia aún era un misterio.

—Gracias, muchacho —dijo cuando se dirigió a Gabriel; ha sido la mejor decisión que pudiste tomar. —Las miradas de todos recayeron en Gabriel.

Gabriel solo volvió a llorar, y Antonio, que había sido como un padre durante meses y le había soportado todo, no podía salir de la estupefacción, pues le había tomado aprecio al muchacho, pero... ¿por qué?, se preguntaba

—¿Nos vendiste? —le preguntó Sara. Gabriel agachó la cabeza—. ¿Nos vendiste?

En un acto inesperado, con un movimiento brusco, Gabriel despojó del arma, a Almirón... Baquero solo pudo dar pocos pasos atrás, antes de que Antonio alcanzara a agarrar a Almirón; Gabriel, entonces, dirigió el cañón del arma contra Baquero que, nervioso, levantó las manos.

—Rápido, —le ordenó Antonio a Sara—, busca algo con que podamos atarlos. Sara se movilizó por el salón y se dio cuenta que no había nadie allí. Los meseros habían abandonado el lugar. ¿Dónde habían ido todos?, se preguntaba. Se dirigió a la cocina con precaución y tampoco vio a nadie, el lugar estaba vacío. Tras rebuscar en el lugar, Sara halló unas sogas y regresó donde estaban todos:

—Átale las manos atrás y asegúralo contra la silla.

—Y... ¿qué pretendes hacer?, —le preguntó Almirón.

—Vamos a matarte aquí mismo.

—¿Qué vas a hacer?, ¿dispararme? —Mientras tanto, tras detallarlo, la cara de Baquero empezó a cambiar—. Se ve que no saben con quién tratan.

—¿Con quién? No me digas, con un muerto, pero yo estoy vivo y robaste mi identidad —dijo Antonio. Entonces, intervino Baquero:

—¿Estuviste vivo todo este tiempo?

—Como puedes ver, claro que lo estuve.

—Pero eso es imposible, porque...

—Porque tú y tu amigo se aseguraron de que estuviera bien muerto.

—Bueno, a él ya le devolviste el favor; te juro que yo no pensaba matarte.

—Mientras tanto, háganos del Club.

—Y... ¿de qué quieres que te hable; seguro, ustedes ya saben lo suficiente al respecto.

—Bueno, ¿sabes algo? Tenemos algunas preguntas.

—No creo que tengan más que yo.

—Pero no estás en condiciones de preguntar.

Sara quiso grabarlo todo y dispuso su teléfono, entre el servilletero en la mesa; sin que Baquero pudiera notarlo, lo iba a grabar; Almirón lo vio, pero no pudo pronunciar palabra, pues sobre él estaba el novio de Sara.

—¿Qué hay de ella?

—¿De quién?

—De Bárbara, ¿qué hicieron con ella?

—Creo, que él podría decirles —y señaló a Gabriel.

—No lo sé —respondió.

—Vamos, Gabriel, habla —le dijo Antonio.

—Es que, de verdad, no lo sé.

—Te lo contare yo —intervino Baquero—, para hacer esto más breve: él los cambió, para tratar de resarcir su error con ella; la dejó libre para que pudiera rehacer su vida; es decir, los usó como una moneda de cambio.

—Y... ¿dónde está?

—¿Qué sé yo?

—Pensé que la habías encontrado.

—¿Encontrarla?, ¿para qué? Ni siquiera la buscaba; sirve para exactamente lo mismo que todos ustedes, para nada.

—Y ¿qué hay de Daniel?, ¿por qué lo mataron?

—Preguntó cosas que no debía preguntar, indagó en lugares donde tampoco debía hacerlo.

—Pero... ¿por qué matarlo?

—No lo sé, pregúntale a él; él se encargó del viejo —dijo, señalando a Almirón.

—Solo cumplí órdenes —dijo.

—Fue una víctima, del poder —dijo Baquero.

—¿A qué se refiere?

—Estaba en la calle; de seguro, no tardaría en desalojar el lugar donde vivía y, ¿quién sabe?, podía irse a vivir a su oficina. Su pensión la embargaron unos burócratas y sus bienes también se confiscarían.

—¿Por qué?

—¿Acaso no sabes la verdad?: por el dinero. Siempre hay alguien que lo tomará, siempre lo hacen.

—Siempre lo hacemos —querrás decir.

—Sí. Bueno, todos siempre somos la víctima en otra historia, ¿no?

—¿A dónde vas con todo esto?

—Que sobre mí, al igual que sobre ustedes, pesan amenazas: no puedo salir del Club y no puedo ignorar sus órdenes o podrían matarme y reemplazarme. Es más, —prosiguió Baquero—, ¿ven a este hombre?, es el nuevo Almirón; menos fuerte y agresivo que el otro, pero sirve para exactamente lo mismo. Cuando ustedes mataron al primero, este tardó casi un mes en volver... de unas vacaciones anticipadas. Y, ya ven, volvió muy cambiado; todo en él cambió, menos, claro está, su identidad y lo valiosa que es; así que por mí no se inquieten: si me matan, no tardará otro en asumir mi identidad.

—La mía —querrás decir.

—La tuya, la mía..., dejémoslo en nuestra identidad, por ahora.

—Y... ¿qué hay con las elecciones?

—¿Que? ¿Esos son los documentos que buscas?

—Sí, de eso hablamos.

—¡Vaya, están bastante enterados, entonces! No sabíamos qué alcance tenía su investigación, pero veo que avanzaban bien, pero lo hacían a base de golpes de suerte, de errores que terminaban en salidas apresuradas, que realizaban sin pensarlo; era como si una fuerza superior los guiara.

—¡Ah!, si ustedes tienen una parte, la necesitan de vuelta.

—Pero... ¿para quién?

—Para el mejor postor; esto no es nuevo, todos los años pasa; quizá alguno que otro de estos años fue más difícil, pero siempre los candidatos fueron capaces de ganar.

—Nadie se interesa por los resultados reales, si tiene en la mano algo de dinero. O sea que, además de robar la identidad a los muertos, a los nuevos vivos los obligan a reunir votos.

—Sí, sobre todo a aquellos que se muestran desinteresados; además, ¿no crees que los muertos pueden siempre ganar las elecciones?

—Pero... ¿quién de ellos ha ofrecido más este año?

—No lo sabemos, quizá uno u otro, pero, a la larga, se elegirá el que se considere más útil para los objetivos del Club.

—¿De qué hablas?

—Ellos, al final, solo son más de lo mismo: burócratas ambiciosos que antes incluso de asumir sus cargos ya saben cuándo, cómo y dónde robar; el dinero pasa por sus manos, aun cuando ni siquiera este materialmente ahí.

—Y si esto ha pasado durante tantos años, ¿cómo es que nadie ha preguntado al respecto?

—¿Crees que no lo han hecho? Ingenuamente, los que lo hacen creen que son los primeros y, si eso piensan, se equivocan. Antes, créanme, muchos morían por esta situación, había que callarlos y su voz no se ahogaba fácilmente; hoy los podemos hacer pasar por mentirosos o ahogar su voz en medio de la prensa a nuestro cargo, quien nos ayuda sin pensarlo demasiado. Además, la gente está muy ocupada en otros asuntos y, si no se preocupan por los vivos, menos aún se van a ocupar de los muertos.

—¿Quiénes saben que el muchacho y yo investigábamos al Club?

—¿Quiénes? Casi nadie, aunque desde el primer momento en que la lápida en mi coche desapareció, lo supimos; pensábamos matarte muchacho, —dijo dirigiéndose a Gabriel.

—Lo sabía —dijo Antonio—. ¿No te parece irónico que llegaste a hacer un trato con alguien que había planeado matarte y lo hiciste como si su palabra valiera lo suficiente? Y... ¿cómo lo supieron? —le preguntó a Baquero.

—¿Qué?, ¿que investigaban? Fue sencillo; desaparecían cosas aquí y allá y hacían preguntas incómodas; uno no tarda mucho en descifrarlo. Además, supimos que alguien había decidido ayudar al muchacho y... ¡mírate!, jamás pensé que el de la ayuda fueras tú, un... muerto. Podemos hacer un trato, —les propuso. Los documentos que ustedes tienen no son indispensables, pero nos servirán mucho para terminar el trabajo. Les daré algunas identidades, ustedes seguirán una vida no muy distinta a la que ya tienen y tendrán algo de dinero; a mí se me facilitara el trabajo y todos contentos, ¿no es cierto?

—No —dijo Antonio— quiero mi identidad, ¡la mía!

—Justicia —dijo Sara—, nosotros queremos justicia.

—Todos quieren justicia, pero esta vez lo justo no está en manos de ustedes; no están en posición de hablar de justicia, porque a estas alturas nosotros decretamos lo que es justo. Tú

menos que nadie, Antonio, pues, antes de perder tu identidad, no eras muy diferente de lo que soy yo ahora. —Todos callaron.

—Vámonos; tenemos suficiente información —dijo Sara. Grabé la conversación y dijo mucho; incluso sin las otras pruebas, creo que, por fin, terminaremos con esto.

—Ata bien a este —le dijo Antonio al novio de Sara—, no queremos que se muevan de aquí antes de que nos hubiéramos ido.

—¿Los dejará aquí?

—¡Claro!, ¿esperas que los mate? Nos acusarían de homicidio y daría igual si decimos esto o aquello.

—Y... ¿a él? —preguntó el novio de Sara.

—No, a él no lo ates. —Resignado, con la cabeza gacha, Gabriel se quedó rezagado, parecía un solitario. Y más que parecerlo, ahora lo era. Empezaron, pues, a salir por la puerta, uno tras otro.

Pasaron algunos minutos y los pocos ruidos del restaurante desaparecieron de a pocos y, cuando se hallaron solos, Baquero se dirigió a Almirón:

—Lo echaste a perder. ¡Maldita sea!, lo echaste todo a perder.

—Fue culpa suya —pensé que Gabriel se traía algo entre manos. Perdido y desorientado, Gabriel guardaba silencio.

—Si, tú también lo echaste a perder; tenemos que solucionar esto.

Baquero se dirigió al muchacho, Gabriel estaba ante él.

—Muchacho, suéltanos. —Gabriel accedió a desatarlos, pues, a pesar de su confusión, estaba dispuesto a enfrentar las consecuencias de sus actos.

CAPÍTULO 27

LAS DOS CARAS DE LA MONEDA

La salida del lugar no fue complicada, pues afuera no había nadie. Aunque corrieron hasta llegar al coche de Antonio, esta vez no se despidieron, pues el tiempo parecía apremiar; mientras el novio de Sara la encendía:

—Sube rápido, —le dijo, y retumbó el sonido de la motocicleta que aceleraba.

Antonio abandonó solo el parqueadero y volvería a estar solo, como hacía meses.

—Cuanto menos ha sido un fracaso o algo parecido —se dijo. Condujo durante algunos minutos que, en forma vertiginosa se volvieron horas; pasó por el hotel y vació por completo el cuarto que ocupaba Gabriel; dejó apenas sus ropas y poco más...

—¿Qué puedo hacer? —se preguntó. Tenían más pruebas, esta vez todo estaba casi resuelto, pero, a cambio, había perdido quizá a la única compañía que llevaba meses alimentando la ilusión de justicia. Estaba Sara, pero quizá Gabriel le hacía más falta; en cierta forma, el muchacho se había convertido en el bastión que lo soportaba cuando parecía cansado, pero le había dado la espalda, lo había traicionado para tratar de resarcir errores, que eran ya irreparables; era obvio que el contacto entre ambos se iba a perder de forma total; más que eso, la suerte del muchacho parecía estar echada; estaba más perdido que nunca, sin una mano que se extendiera en su dirección para perfilar una fantasiosa escapatoria; ahora tendría que ingeniárselas solo, algo para lo que, si bien ahora se pensaba más preparado, nunca lo había estado lo suficiente, y menos para encarar solo la situación actual.

Mientras tanto, en el restaurante, Baquero se dirigió a Gabriel:

—Muchacho, ya no hay nadie aquí; nada va a pasarte, pues esa no es nuestra intención ahora mismo. —Almirón lo miró extrañado, pues era una actitud diferente la que mostraba.

—¿Por qué intentaron matarme, entonces?

—Yo nunca lo pensé —le aseguró Baquero—, fue el gordo, —le dijo, para referirse de forma obvia al otro Almirón. Yo quizá cedi un poco ante sus ideas o fui muy permisivo, ya sabes que uno se deja influenciar de vez en cuando; él era quien quería erradicar tu problema de la única forma que conocía —por un momento Gabriel lo pensó y era cierto; quien había intentado matarlos fue Almirón.

—Y... ¿qué hay de Daniel?, ¿por qué lo mataron?

—Bueno, sí había estado haciendo averiguaciones aquí y allá, pero de seguro ya alguien más quería su pensión, otros buitres más querrían los pocos bienes que tenía y, ¿quién sabe?, los más viles hasta querrían sus trajes, que parecían ser de buena calidad.

—Solo una pregunta más—, dijo Gabriel. Baquero accedió, mientras le daba forma en su cabeza a un nuevo plan—. A que se refería con que Antonio no es tan diferente de ustedes.

—A eso mismo; mi objetivo, al entrar en este Club de los muertos, era vengarme de él. El flamante y bastante joven registrador Antonio Baquero, ¡vaya que era tenaz y, también, ambicioso como el que más! Pero esa faceta que le conoces, la de víctima, es relativamente nueva; antes fue quizá igual que yo.

—¿Igual que usted? —preguntó Gabriel, extrañado.

—Si igual que yo; te contaré esa maldita historia.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no van a matarme?

—¿Para qué queríamos hacerlo? Sabes lo mismo que ellos y ellos ya se han ido con la información, ¿que podrás hacer? Además, no eres una moneda de cambio válida para ellos. Por algo te dejaron atrás, ¿no?

—Pensó Gabriel durante unos momentos, pero concluyó que en las palabras de Baquero había mucha razón; ahora, sin ellos, él no era un peligro. No representaba una amenaza, ni siquiera una preocupación mayor. Era simplemente él y ya. Entonces, Baquero se dirigió a Almirón:

—Lárgate, —le dijo—, toma un taxi y vete a tu casa. —El aludido, como si fuera un niño recién regañado y enviado a su habitación, pasó rápido junto a ellos y salió del restaurante.

—¿Quiere llevarme? —le preguntó Gabriel a Baquero, que lo pensó y, al final, aceptó—. No tengo dónde ir. Nadie quisiera recibirme ahora mismo. —Camino detrás de Baquero hasta su auto—: lléveme, por favor; en unos días, me iré,

—Súbete, entonces —le dijo Baquero.

Gabriel decidió subirse en el asiento trasero del auto.

—Aquí estoy bien —dijo.

—Vale, como quieras —le respondió Baquero y arrancó.

—¿Podría terminar su historia?

—Está bien, si quieres oírla, te la contaré. ¿Quieres que te lleve a algún lugar en particular? —le preguntó, como si aquel con quien hablaba no hubiera sido antes su enemigo.

Gabriel lo pensó y era obvio que si lo llevaba al cuarto de hotel que habían rentado era un peligro; si bien Antonio no quería verlo ahora, llevar a Baquero a los lugares donde estuvieron junto a Antonio era un riesgo que, aunque ya no estuviesen juntos, no quería correr.

—No, vamos a donde quieras; no tengo dónde ir; seguro, ya no tengo donde quedarme.

—¡Ah!, ¿te quedabas en un hotel?

—Sí, —dijo casi inconscientemente, aunque pronto notó su error. Rápido, Baquero le planteó una pregunta aún más directa:

—Y... ¿en qué sitio? —Gabriel entendió lo que Baquero trataba de lograr.

—Al norte, —dijo—, resultaba costosa y no hemos pagado aún—; de seguro, Antonio no volverá allí y yo no tengo dinero y, si voy, llamarán a la policía, cuando les diga que no tengo dinero para pagarles.

Baquero le creyó; quizá habían estado tan cerca de él, allá, en el norte, que jamás había puesto atención especial a verlos por allí, ¿quién sabe?, incluso pudo cruzarse con ellos y jamás los vio. Gabriel, en cambio, dudaba sobre si le había tomado en serio su respuesta, ya que, de hecho, nunca había estado en el norte, sino en el sur de la ciudad.

—Pero siga con su historia, ¿quiere? Deseo terminar de saber con qué clase de persona he estado todo este tiempo —le dijo Gabriel.

—Mira, lo de las identidades es cierto, tal como ustedes lo investigaron, pero, como les dije, antes esto siempre ha existido; no somos nosotros los primeros, tampoco los últimos; todos comienzan incluso donde el tal Antonio comenzó, casi por accidente.

—Como lo haría él.

—Ya te dije que era joven y estaba recién nombrado, quizá por la influencia de algunos amigos que siempre tuvo, pero que al poco tiempo de asumir el cargo olvidó. Y ellos se olvidaron de él. Fue como abandonarlo a su suerte, en un puesto tan importante. Pronto conoció a personas de otros departamentos, dependencias y fueron llegando al caso extraño de errores con transacciones de ayudas humanitarias. Dineros, Gabriel, dineros que al principio creyó poco ético tomar, pero después tomó un poco aquí y allá, ya que pudo pasar casi inadvertido. Al poco tiempo, entendió que bien podría desviar una que otra cuenta y nadie lo notaría. Entonces, empezó a robar, porque, aunque ya tengamos palabras sofisticadas para definir los robos por especificaciones técnicas sobre como roban, no se quita el hecho de que fuera, en el fondo, un robo; empezó a robarles a niños, a ancianos, a mujeres, pues para el burócrata eran solo cifras, no estómagos vacíos, ni medicinas por comprar.

Y allí estaba mi familia; él y yo teníamos casi la misma edad; yo trabajaba, pero apenas me alcanzaba para cubrir los gastos de casa y la poca pensión que mi padre heredó a mi madre, al morir, desapareció; así dejó de llegar súbitamente un día; intentamos reclamar, pero todo fue infructuoso, hasta que un día, tras tanto intentar saber qué ocurría, una muchacha de la oficina parece que descubrió que, en realidad, la cuenta de la pensión se cobraba aún, junto con otras más, que iban a una cuenta especial. Ella me dio el número de la cuenta para que pudiera yo ir a la policía y denunciarlo, pero mi madre empeoró y sin dinero y ya casi sin trabajo, por correr tras la pensión, todo fue irreversible. Lo descubrí tarde; cuando supe que la cuenta era de él, estaba furioso, quería matarlo, pero tenía mi cabeza demasiado ocupada con la enfermedad de mi madre..., pero la justicia que mencionaron le llega hasta a aquellos que se creen más justos, porque sus injusticias se hacen solo sobre el papel. Quizá la avaricia

lo llevó a cometer un error o un amigo suyo lo delató; la envidia y la avaricia son una mala combinación. —Gabriel estaba sorprendido; jamás había oído durante tanto tiempo la voz de Baquero, que hablaba con tal sentimiento que se notaba que esas palabras venían del fondo de su corazón y ese resentimiento era real. —Un día la avaricia de otro alcanzó los pasos cortos que daba el tal Antonio y entendió que ninguna fechoría, cuando de dinero se trata, es lo suficientemente pequeña como para que otros no quieran una parte de la tajada. Él empezó a defenderse de las arremetidas de todos esos buitres y desató así la furia que contenían. Entonces, empezaron los ahogados gritos inconformes entre esos otros, que también querían su parte y, aunque él se negó, pues fingía mantener su postura de intachable burócrata, su cabeza ya tenía precio.

El hombre que lo liquidó fue Almirón, que siempre decía que conocía bien la naturaleza de los hombres. Quizá por eso era tan violento; yo me hice su amigo en una cafetería, cuando vi que él también perseguía al tal Antonio. Un día me llevó a que notara que él y yo nos parecíamos en muchas más cosas de las que yo creería o hubiera siquiera detallado.

Ninguno de los dos había dicho siquiera que observábamos al tal Antonio, pero se lo obviaba, dado que, una vez salía de su oficina, ambos le lanzábamos una mirada rápida, pero muy detenida, sobre él.

—Tiene muchos enemigos —dijo una vez Almirón—, y después seguimos hablando, hasta cuando me pidió el número de mi teléfono. Creo que empezamos a seguirlo desde diferentes lugares, aunque nuestras miradas nunca se encontraron de nuevo; un día, supongo yo, pensamos lo mismo, que era el indicado. Estaba solo, estaba alejado de la ciudad... en definitiva era la ocasión perfecta; yo lo acechaba hasta que vi que alguien se acercó de forma súbita y le disparo varias veces; por el ensordecedor estruendo que me confundió, ni siquiera atiné a contar el número de disparos. Alguien me había ganado ese valioso instante, aunque, en la adrenalina del momento, al verlo abatido al fin, me hizo correr desde mi escondite hasta llegar cerca y ver que estaba muerto. Cuando pensé en lo que había hecho, no imaginé lo que seguiría, pues bien pude ser el siguiente en recibir un disparo; en cambio, el hombre con el arma solo se paró a mi costado derecho:

—Le dije que tenía muchos enemigos, ¿no? —Me pregunte si me dispararía; nos habíamos hecho amigos, sí, pero ni siquiera sabía yo su nombre, pero él sí sabía el mío, o, bueno, no el antiguo, sino mi nuevo nombre. Extendió su mano y apretó fuertemente la mía:

—Mucho gusto, señor Antonio Baquero —dijo—, y mi nombre es Rafael Almirón —concluyó—. Lo llamaré un día de estos; tiene mucho que saber sobre su traslado —y después se fue, no sin antes eliminarle las huellas digitales al tal Antonio. Yo empuje el cuerpo tras algunas plantas de modo que solo fuera visible si alguien se acercara a buscarlo... y lo creímos muerto.

Al principio, le juro que no supe a qué demonios se refería; caminó de vuelta a su auto, que había estacionado en los alrededores, con una parsimonia impropia de alguien que acababa

de matar a otro hombre; era como si en el camino ni siquiera el agua que calaba su elegante gabán le pesara.

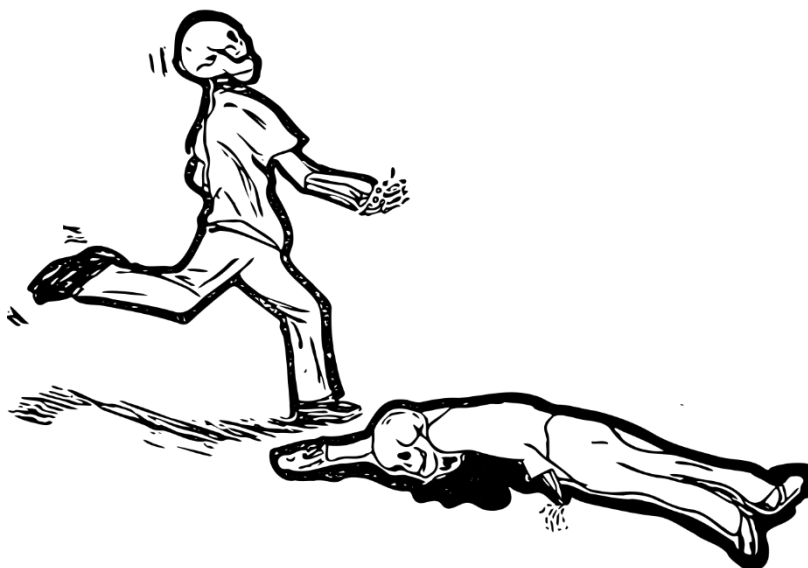


Figura 8. Golpear un nombre.

Yo tuve que volver bajo la lluvia a la casita que rentaba y, en la soledad del cuarto en el que había jurado venganza de aquel hombre, lloré su muerte y heredé su nombre. Resulta irónico, yo quería verlo muerto y, aunque pensara que había sido así, quizá el verlo vivo me revivió algo del pasado. Saber que no lo habíamos matado, me quitó un peso del corazón. ¿No te contó cómo sobrevivió?

—No dijo nada de eso, nunca me dijo nada sobre su vida —dijo Gabriel.

—Quizá se avergonzaba de una parte de ella, —dijo Baquero y prosiguió—. Bueno, para que no sea el cuento tan largo, asumí su identidad y las pocas cuentas que se movían se convirtieron en un caudal de dinero para este y aquel bolsillo; ya sabe que los gabanes pueden almacenar más billetes; yo me quedé con una fracción de su vida y desde entonces hemos hecho algunos trabajitos.

—Y en cuanto a Almirón, ¿esa identidad era suya o también la había robado?

—La identidad de Almirón, no lo sé; era un hombre con dinero, solitario, —según me contó el gordo—. Pero ya, después, cuando lo fue, él no era más que un arma contundente; bastante violento, en ocasiones vehemente, pero necesario, según el Club. Para mí fue un amigo; que no me matara fue una gran prueba de su amistad; en medio de su fuerte carácter, fue un amigo grato. Me dolió que muriera, pero entiendo que se defendieron de él. Poco sabía más que

encargarse de los problemas en esa forma. Ahora ve con claridad que no se trata de que uno fuera un burócrata, se convierte en uno y, de vez en cuando, se aprovecha de esa situación.

—Y, ahora, ¿qué va a hacer?

—Eso no le incumbe; está conmigo porque ahora no tiene a dónde ir y le juro que, si el gordo Almirón estuviera aquí, ya todos estarían muertos.

—Y menos aún sentado en este auto —añadió Gabriel—. Pero ¿por qué debe encontrarlos?

—Porque, aunque podíamos callarlos de forma sistemática, esta vez son algo más que peligrosos. Podría negociar con ellos, pero creen que hacen un bien y, hoy por hoy, las causas justas no son más que luchas perdidas. —Cuando menos se lo esperaba, Gabriel se dio cuenta de que habían llegado a la casa de Baquero, pues este detuvo su auto.

—Si quiere, puede quedarse aquí unos días; después le daré algo de dinero y desaparece. Quizá yo no tengo corazón para matarlo, pero si sigue aquí, seguramente podría pasarle algo malo.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Sí, dígame.

—¿Esta casa fue antes de Antonio?

—No, nunca lo fue; mucho de lo que tengo ahora lo conseguí yo mismo; él siempre fue un funcionario bien pagado, pero no al nivel que lo soy yo ahora. —Entraron en la casa—. Arriba va a encontrar un sillón que puede adaptarse un poco; trate de armar una cama con ello. En el closet que está allí —dijo señalando con su mano—, hay algunas cobijas que podría utilizar. Lleve el mueble hasta uno de los cuartos traseros del segundo piso. La idea es que, si alguien llegase a venir, no lo encuentre.

—Está bien —dijo Gabriel.

—En unos días, debe desaparecer. Váyase, ¡yo qué sé!, a un lugar recóndito —le dijo con su actitud seria—, allí no lo buscarán o no les interesará lo que haga.

—Y... ¿qué pasará con Antonio, con Sara, y sobre todo con Bárbara?

—Con Sara no puedo hacer mayor cosa; es la hijastra de otro miembro del Club. A la larga, hablaré con ella; al ver lo cerca que estuvo de morir, recapacitará; sé dónde encontrarla y llevarla a que entre en razón.

—Iré a revisar el mueble y el cuarto. Trataré de no hacer ruido.

—Sé que es extraño que esté aquí; por eso trate de no intervenir en esto; haga de cuenta que, por el aprecio que le tuve a sus padres, le hemos perdonado la vida a cambio de que se fuera lejos de aquí.

CAPÍTULO 28

UN NOMBRE INADECUADO

Gabriel oyó, ya bastante entrada la noche, el quejido que provenía del salón principal, aunque apenas pudo oír lo que decía; decidió acercarse para observar si acaso se trataba de una emboscada. Además, poco había podido dormir, pues con el enemigo tan cerca, o amigo; ya ni siquiera entendía la situación... Su medicamento se había terminado y con él esa determinación valerosa había disminuido en proporción, pero aún existía en él un vestigio vago.

Sobre uno de los muebles se hallaba casi desplomado Baquero, con una botella en una mano y una copa en la otra, aunque fuera innecesaria, pues, al parecer, bebía de la botella de forma directa. No fue consciente de cuánto tiempo estuvo allí tratando de entender las inconexas palabras del hombre que, a falta de alguien con quien hablar, parecía hablar consigo mismo.

Tras tanto pensar en unir palabras que parecían tan sueltas, entendió que todo aquello, que había murmurado, no era sino el lamento por llevar el nombre del asesino de su madre, pues así lo veía él, como su nombre. Además, cuando de alguna forma había aceptado la forma en que era ahora, un fantasma del pasado, dueño del pesado nombre, y a quien creía muerto, había aparecido y, con él, en parte la inquietud y en parte la satisfacción, porque se sentía un poco menos asesino y solo víctima de las circunstancias; total, que Almirón era la razón perfecta de todo; además, echarle la culpa a un muerto, que poco puede defenderse, era una argucia, que en el Club podría ser frecuente. Finalmente, al parecer en el reflejo de un ventanal vio a Gabriel asomado y con la destreza de un hombre ebrio, pero apurado, le pidió que bajara.

—Tuvo que pasar todo esto para que me aprendiera su nombre, Gabriel, ¿cierto? Acérquese, venga.

—¿Qué le pasa?, ¿está bien? —le preguntó, desconfiado, y aún en las escaleras.

—No, no muy bien —le respondió—, estoy confundido.

—¿Por qué está confundido?

—Siempre lo he estado —Gabriel entendió perfectamente cómo se sentía, pues él llevaba meses sintiéndose así.

—Y... ¿por qué?

—Ya no sé quién soy; me llaman siempre por otro nombre y, a veces, olvido incluso cómo me llamaba antes. Parece una broma, ¿verdad?

—Sí, eso supongo, pero ¿de qué le sirve fingir ser alguien más, pues parece que lo lamenta?

—Y créame que lo hago; de vez en cuando todo se vuelve peripecias para conservar esta identidad; tratamos de todo, todo el tiempo escondemos cosas aquí y allá; vivimos en afanes, no tenemos tiempo para muchas cosas. El poder requiere de trabajo para conservarse, como bien podrá ver. Yo hace mucho detesto esto, pero salir de aquí no es una opción muy viable; quién sabe si mañana necesitan de nuevo a Baquero y podrían arrancarme el nombre letra por letra.

—¿Cree que lo matarían?

—A mí y a cualquiera que amenace la supervivencia del estilo de vida al que se han acostumbrado los del Club.

—¿Y si tratáramos de acabar con ese Club?

No sé qué diablos hace aquí, muchacho; hay cosas que no entiende; es más, no sé por qué le hablo.

—Porque, en las situaciones desesperadas, uno no recurre a la opción más adecuada, si no a la más inmediata.

—En eso tiene razón, pero, ahora, por favor, mejor déjeme solo.

—¿Cómo es posible que, si quiere huir, prefiera vivir aquí, con miedo? Tiene el dinero, váyase; sabe dónde ocultarse, dónde no buscarán y dónde estará a salvo —le dijo Gabriel.

—Váyase, déjeme solo, —dijo, desdeñando las pocas esperanzas con que Gabriel había hecho su ofrecimiento—, cuando busque malos consejos, me pararé frente a un espejo; con eso basta.

—Gabriel volvió al cuarto, a la improvisada cama; no se arropó, solo se sentó en el piso por un momento, mientras pensaba en qué debía hacer.

—Husmea —le dijo una voz conocida que hacía algunos días no oía—. Husmea aquí y allá, busca algo que te sea de utilidad y trata de lograr que le llegue a Antonio. ¿Por qué no lo matas? Está ebrio y así debe ser sencillo. —Gabriel trató de precisar el lugar de donde venía la voz..., como si no supiese ya de dónde venía.

—Husmea, trata de ayudar; sabes que es lo correcto y no es una lucha perdida —le dijo la voz en su cabeza—. Sirvió de mucho, al parecer, que dejara de hablarte; mira cómo has avanzado —le dijo en tono sarcástico la voz—, empiezo a pensar que este fue tu plan todo el tiempo.

—Nunca he tenido un plan; ya lo sabes, he tratado de ayudar.

—Más que no conseguirlo, hiciste lo opuesto, los hundiste.

—Calla de una buena vez, ¿por qué sigo oyéndote? Pensé que te habías ido, de una vez por todas.

—Claro que no solo pudiste acallarnos con medicamentos y trucos baratos; fingiste ser alguien con todas tus fuerzas y también fracasaste; hasta donde veo, no has hecho algo más que fallar.

—Ahora sé por qué tomaba el medicamento; así, evitaba oírte, oír tus tonterías.

—¿Sabes?, podrías matarlo; ya lo has hecho una vez; eso no garantizaría que la identidad se le devuelva a Antonio, pero supongo que ese puede ser un gesto de retribución muy grato para él.

—¿Qué tan diferente sería a ellos, si hiciera algo similar? Supongo que la justicia no se trata de equilibrar esta balanza de barbaries.

—Quizá no, pero ¿cómo crees que conseguirás algo si lo convences? —De golpe soltó una risotada—. ¿Crees que ese hombre necesita que lo convenzas? Si hablamos de una posición más estable, no es como que fueras la opción más ejemplar.

—Él tampoco parece seguro de lo que hace.

—Bueno, si tú lo dices..., pero estaré aquí para recriminarte tu error cuando así suceda.

—Seguramente lo estarás. Creo que no tome las suficientes pastillas como para matarte de una vez por todas.

—¿Matarme?, ¿estás loco? Para ello, también debes morir. —Gabriel guardó silencio. La voz en su cabeza por fin concluyó—: Entonces, husmea, ya que no te atreves a hacer algo de más provecho.

No supo cuánto tiempo paso, pero pudo oír que Baquero andaba a tientas por el pasillo, abrió una puerta y se dejó caer sobre un mueble o una cama; no pudo identificar el sonido con claridad. Espero algunos minutos, hasta que por fin hubo una indicación de que dormía, pues sus ronquidos así lo indicaban. Con dificultad se levantó, pues no sabía si lo que iba a hacer era correcto, pero, a estas alturas, ya nada podía tener una etiqueta semejante. Solo diría que era necesario, quizá prudente.

Se quitó los zapatos para estar seguro de que al andar no haría ruido; como la casa era grande, no sabía por dónde empezar, así que empezó a husmear por las habitaciones cercanas. Recordó la lujosa casa de Almirón y, a decir verdad, se parecían un poco, pero la de Baquero estaba mucho mejor arreglada, pues no se veía suciedad alguna; era modesto, más sencillo y se veía elegante. Fue habitación por habitación para ver qué había en una y en otra, había más camas, una biblioteca con un escritorio, un salón grande, con lo que parecían ser botellas de licor; un cuadro en la biblioteca le llamó poderosamente la atención. Era Baquero con la mujer de su historia; esa era, al parecer, su madre; allí se veía sonriente. Quizá nunca lo había visto sonreír con tal sinceridad..., sonriente, pero humilde. ¿Será verdadera la historia que me contó?, se preguntó.

Entonces, oyó unas pisadas torpes que se dirigían hacia el lugar donde se hallaba; Gabriel solo atinó a ocultarse tras una cortina; Baquero entró y como pudo tomó el cuadro con la

foto, dejó la habitación mientras lo abrazaba y lo ponía lo más cerca de su pecho, apretado entre sus brazos.

Busco entonces en los cajones, pero el sonido al deslizarlos parecía nada menos que el arrastre de un ataúd por un piso entablado. No solo era un ataúd; pudo notar luego que allí estaban las pruebas, allí mismo. Estaban allí, en un pequeño escritorio.

—Espera que Baquero te dé el dinero para irte y vete con estos documentos o trata de comunicarte con Antonio, —le dijo la voz en su cabeza.

—Antonio quizá ni siquiera se imagina que sigo vivo.

—Entonces, ve, ve a la cama —le dijo la voz, que sonaba compasiva con él por primera vez y no acusadora—, ve y piensa calmadamente qué vas a hacer.

Oyó que Baquero sollozaba en algún lugar de la casa, ¡qué tortura la que sentía aquel hombre por llevar el nombre menos adecuado para él, el nombre de la persona que él creía que había sido el culpable de la muerte de su madre! Gabriel, una vez en su cuarto, miraba al techo, pues poco más que eso podía hacer..., su mente intentó mantenerse despierta, pero, al cabo de algunos minutos, se durmió.

CAPÍTULO 29

LA CONFESIÓN

Mientras Gabriel dormía, en algún lugar de la ciudad, los demás se hallaban en un peligro inminente. Sara llamó, entonces, a Antonio:

—Sabes que lo más prudente es buscar a un periodista ya, que pueda ayudarnos; entre más personas sepan lo que hemos averiguado, hay menos peligro para nosotros, pues pueden hacer menos.

—Sí, hay que buscar a alguien; entre más rápido, mejor —le respondió Antonio, que no había hecho más que pensar en lo sucedido y oír la radio para ver si en algún momento se daba alguna noticia sobre la muerte de Gabriel. Esperó durante mucho tiempo, hasta la llamada de Sara. Después, también durmió:

—No hay nada que hacer por él —se había dicho—, él eligió su destino, se acercó a su verdugo y, a lo mejor, ya no está con nosotros.

Fue una noche larga; aunque Antonio había dormido, parecía que durante la noche no había podido recuperar las energías, pues se levantó cansado aún. A la mañana siguiente, recibió otra llamada de Sara:

—¿Sí?, ¿en qué puedo servirle? —dijo, al contestar el teléfono.

—Busqué durante la noche y creo que encontré a un periodista que podría ayudarnos; como le digo, no lo he asegurado, pero creo que lo más importante sería tener una copia de todo —le dijo Sara.

—Y... ¿ya lo ha contactado? —le preguntó.

—Sí, me ha pedido información específica para reunirse con nosotros y he quedado a la espera de una respuesta.

—Cree que ese periodista acepte?

—Es lo más probable.

—Puede contactarme apenas lo haga, —le sugirió Antonio—, necesitamos hacer esto rápido, pues creo que corremos bastante peligro.

—Está bien, así lo haré.

En aquella mañana turbulenta, sin otro acompañante en el cuarto, ni siquiera alguien, fuera de Sara, a quien llamar, no sabía qué hacer. Intentó contactar a Bárbara, pero el teléfono, apagado, también sugería lo peor. Solo, estaba solo de nuevo, como hacía meses. Pasó el día

tomando fotos de unos y otros documentos, organizando lo que dirían, incluso lo que pensaba, identificando actores en el entramado descubierto, este..., aquel, así se conectan estos de aquí; ellos ya están muertos y él..., el más importante es este, Antonio Baquero, que, en realidad, soy yo, y me robaron hace años mi identidad. Cuando pensaba en Gabriel, titubeaba, ¿sería necesario referirle al periodista que uno de los partícipes en la búsqueda de esos documentos lo había traicionado? De todas formas, decidió que era prudente tener y contar todo, aunque de Gabriel nunca hubo foto alguna.

Empezó a inquietarse cada vez más; por fin, este sería el final; aunque había repasado toda la investigación, cuando narraba su historia sin Gabriel, parecía que aún había vacíos, pero se trataba más del fantasmagórico ser de Gabriel en la historia.

Al sentirse tan cerca del final y en espera de algo que le aunara suerte, decidió tratar de establecer una reflexión que intentaba ser una síntesis de su situación:

—Sé que en el pasado tuve errores, pero he tratado de corregirlos. La desgracia que he vivido podría ser la perfecta Ley del talión: robé y me robaron, y creo que fue justo, pero desmedido encomendar esta tarea, que creo muy justa; estas personas, que creo son muy valientes, y esta causa, creo que son válidas y es necesario llegar a una solución, pero se había acercado tanto a ella que ahora temía, podía ver el rostro del poder cerca de él y, más aún, podía imaginarlo rodeando todo y a todos.

Se confesó su temor, porque pensó que así lo dejaría atrás, pero seguía ahí, adherido a él; de todas formas, tomó sus cosas y las puso en una caja. No lo llevaría todo; solo llevaría las fotos y su testimonio, pues, en caso de que algo saliese mal, no quería perderlo. Vio entonces el cuarto de baño en la habitación donde estaba y ocultó la caja en el cielo raso. Allí, allí descansarían los muertos en su ausencia. Una vez lo llevó a cabo, salió.

Caminó algunas calles con la cabeza gacha, para evitar que alguien lo reconociera. Se sentó en un bar, que tenía una vista panorámica. Desde allí vio la ciudad; sus ojos encandilados por la luz, le dejaban pensar poco. La llamada llegó, al fin; era martes y la cita con el periodista sería el jueves. Eran dos días más de incertidumbre, pero eran mucho mejor que la idea de hacerlo todo en la inmediatez, ¿o no? Quizá, si se pensaba bien, era mejor que todo se resolviera de golpe, pero ya había un acuerdo y poco podía hacer ya para cambiarlo.

Volvió a su casa y trató de ocupar su cabeza en repasar cómo iba a contar la historia, una y otra vez; la repitió, hasta hastiarse de ella, repitió detalles, uno y otro aquí y allá; se cansó de reiterarla y solo supo sentarse y, apoyando los codos en sus rodillas, se confesó temeroso de lo que iba a suceder.

CAPÍTULO 30

EL ENEMIGO

Sonó el timbre en casa de Baquero, Gabriel lo oyó y Baquero trató de arreglarse como pudo la ropa, para que no se den cuenta que lleva las de un ebrio, aunque para esa hora ya había pasado el mal momento y solo sentía una leve incomodidad al ver luces demasiado intensas. Abrió entonces la puerta y vio ante él a un hombre uniformado.

—Los tenemos, —le dijo alguien emocionado, pero con algo de seriedad. Baquero tuvo miedo, pues pensó que se referían a ellos.

—Al fin los tenemos.

—¿Cómo?

—Han contactado a un periodista, que ha hablado demás con alguien acerca del tema. No sabe demasiado, pero, por lo poco que le dijeron, supongo que se trata de ellos.

—Y... ¿qué va a pasar con la hijastra del hombre del cementerio?

—Al hombre le importa bastante poco; la muchacha no le interesa; por su parte, no se opone a nada, siempre y cuando llevemos a que parezca un accidente.

—Y... ¿saben dónde es la cita?

—No, aún no lo sabemos, pero el periodista nos lo confirmará.

—Y... ¿qué harán?

—Los atraparemos ese día y los mataremos.

—Y... ¿para qué vinieron a contármelo?

—Almirón ha dicho en el Club que eres muy blando y que no mataste ayer al muchacho que los traicionó.

—Almirón es un imbécil, ha echado todo a perder y ahora me echa la culpa; no sé dónde se metió el muchacho después de soltarnos en el restaurante.

—Espero no se te hubiera ocurrido ayudarlo.

—¡Claro que no! —le respondió Baquero.

—Y... ¿qué piensan hacer ahora para reparar el error?

—Bueno, vine a dejarte la información. Peralta quiere verte en la tarde; no te ha llamado, porque no quiere que se rumoreen conexiones entre ustedes, pero parece que es la mejor opción para el Club.

—¿Ha ofrecido suficiente?

—En mi opinión, demasiado, pero será divertido ver cómo pelean por lo que sea que hubiera ofrecido, —dijo riendo.

—Bueno, ellos siempre querrán más; es casi como ver a unos cerdos que se embisten unos a otros por comer de un comedero que no es lo suficientemente grande.

—Bueno, eso no nos incumbe. Ahora, me voy; solo venía a decirle esto y a ver cómo estaba luego de su encontronazo de ayer; Almirón está más afectado, pero veo que no está mucho mejor que él, al parecer.

—Sí, ese inexperto dejó que lo desarmaran y lo golpearon una o dos veces; se lo merecía por inepto.

—Bueno, todos merecemos algo por ineptos, ¿no? —le dijo, y se fue. Baquero se quedó un poco extrañado, no solo por su actitud al final, sino por la visita que le había hecho, pero entró, pues la luz le molestaba.

—¡Demonios, quiero algo de agua! —se dijo.

—¿Quién era? — le preguntó Gabriel, asomado desde el final de las escaleras, en el segundo piso.

—Ya le dije que entre menos sepa, mejor.

—Solo preguntaba por curiosidad.

—Era otro miembro del Club que vino a informarme algunas cosas.

—Pues, lo que le dijo no se oyó como una petición.

—Bueno, será porque fue una orden, entonces.

—Me pareció que era un policía o algo así.

—Quiere darlo a creer; le dimos la identidad de un hombre del ejército que murió hace ya algunos meses; apenas se está acostumbrando a su papel y como nunca sintió el rigor militar, cree que, al hablar con ese tono, suena como la autoridad.

—Pero me parece que sonó a una amenaza.

—¿Eso crees?

—Estoy casi seguro de eso.

—Bueno, menos charla y más caminar; váyase a al rincón que ocupa aquí y no olvide que nuestro trato es temporal. Hoy trataré de conseguir algo de dinero y va a irse, como habíamos acordado. —Gabriel, por fin, aceptó que su destino ya no estaba allí. La noche larga había dejado que él pensara bien las cosas. Entonces, se dijo:

—Y... si inicio de nuevo lejos de todo esto, tal vez eso sea lo mejor. —Pero inclusive comenzar lejos era una tarea complicada, aunque era aquello a lo que más se estaba habituando, a las tareas difíciles, pues desde un comienzo nunca se había sentido realmente cómodo, ni aceptado en ningún lugar; debía cambiar:

—El cambio es bueno —se dijo y se dirigió a Baquero—: Disculpe, si necesita algo, puede decírmelo; yo le ayudaré con gusto; así como de alguna forma me ha perdonado la vida, seré agradecido.

—Gracias; lo tendré en cuenta. —Ya entrado el mediodía Baquero le pasó de comer a Gabriel, que comió oculto en un rincón alejado, aunque intentó entablar una conversación:

—¿Quién preparó el almuerzo?; no me diga que sabe cocinar.

—Claro que lo sé, muchacho; he vivido solo durante mucho tiempo, no he tenido el tiempo y tal vez no he querido arriesgar a una persona para que esté conmigo, así que he aprendido hacer las cosas por mí mismo, aunque tenga el dinero para contratar a alguien más; de alguna forma, esas pequeñas labores me mantienen alejado de la tediosa vida que llevo; ¿quién sabe?, hasta podría decir que le he agarrado gusto a cocinar, a tratar de ornamentar mejor esta casa, para no dedicarle mucho tiempo a mi vida, pues a ratos no la siento como si fuera mía.

—Será porque no lo es —dijo Gabriel, aunque de inmediato se sintió torpe por haber dicho algo de tan de mal gusto en un momento en el que mencionarlo era obviamente incómodo.

Baquero recibió una llamada y dejó sobre la mesa su almuerzo, que pronto se empezó a enfriar, puesto que la llamada demoró lo suficiente como para que el almuerzo perdiera el calor que le daba el sabor; algunos de los alimentos que había preparado, al final término por despreciarlos, tomó el plato y lo vació en un basurero; se despidió:

—Trate de empacar sus cosas y no ande husmeando por la casa; ¿acaso crees que no lo noté? Trate de empacar lo que trajo, para que desaparezca lo antes posible de esta casa; sacaré hoy algo de dinero, el suficiente como para que no vuelva por aquí y pueda, de alguna forma, buscarse la vida en otro lugar. —Era inútil lo que le decía pues no tenía nada que empacar; bueno, en realidad, no es que no tuviera nada físico, sino que ya ni siquiera tendría un nombre, ni unos buenos recuerdos. Aunque todos lo llamaran Gabriel, sentía que bien podrían llamarlo de otra forma y haría poca diferencia.

Entonces, se oyó el golpeo de la puerta al cerrarse y, luego de la salida de Baquero, se oyó que abordó su auto; un poco después vio que el coche pasaba y salía por una reja que daba a la entrada de aquel conjunto donde se hallaba su casa. Entonces, Gabriel empezó a dar un paseo por la casa de nuevo; ya que estaba solo podía husmear más a gusto, pero se puso a pensar que Baquero parecía algo cambiado, pues ahora que sabía que el verdadero Antonio

Baquero estaba vivo, parecía que quisiera dejar esa identidad y volver a ser el que había sido antes; caminó por la casa y entró casi en cada habitación; todo tenía un aire común, elegante, atractivo; fue un largo paseo por la casa que, por momentos, parecía interminable; siempre había una habitación nueva en que husmear. Cuando pasó de nueva cuenta por la biblioteca, sobre el escritorio estaba la foto de la noche anterior, pero dentro de él ya no había nada.

Se concentró en la foto, donde se lo veía sonriente, sonriente y feliz se lo veía y, ¿por qué no decirlo?, aquella sonrisa parecía transmitir paz, humanidad y, sobre todo, felicidad en aquel hombre de dientes un poco torcidos que ya empezaba a proyectar el regordete en que se había convertido con el paso de los años; de forma casi extraña, al girar un poco la foto y verla de un lado a otro, pudo entender por qué lo habían escogido para reemplazar al Antonio Baquero original, pues de alguna manera ese perfil lo asemejaba lo suficiente; aburrido de pasear por la casa, de husmear aquí y allá, se sentó en la cama de Baquero, miró a todos lados y trató de recostarse de lado, sin darse cuenta que aquella posición le facilitaría más las cosas para dormir y así lo hizo, pues se durmió profundamente.

De pronto, oyó que alguien subía por las gradas con premura, se asustó; mientras se estiraba para levantarse, de repente un haz de luz entró por la puerta, lo golpeó en la cara y, entonces, oyó que Baquero le preguntó:

—¿Qué hace aquí?, ¿por qué no está donde debe estar?

—Me aburrí un poco y empecé a caminar por la casa, pues no puedo salir y no puedo hacer nada, llegué aquí, me sentí cansado, me recosté y me quedé dormido.

—Espero que no hayas hecho algo estúpido.

—Claro que no; ni siquiera tengo a quién acudir, desde que decidí tratar de solventar este problema por mí mismo y parece que solo perdí a los amigos que tenía; no quiero cometer más errores. ¿Por qué llegó tan afanado? Eso me pareció.

—Pensé que habían venido a matarte o a rescatarte; no sé, pero cualquiera de las dos situaciones hubiera sido un problema.

—Y... ¿por qué cualquiera hubiera sido un problema?, ¿a qué se refiere con ello?

—Pues, si alguien viene a matarlo, es porque saben que está aquí y tal vez el próximo hubiera sido yo, y si venían a rescatarlo, sabes más de lo que sabías antes y por ello sería un problema mayor.

—No, fíjese que no tengo a quién acudir, ya no tengo nada, no tengo a nadie; quizá Bárbara está por allí afuera, pero apenas se entere de lo que hice, no sé si me odiará por haberla traicionado o me disculpará al ver el sacrificio que hice en su nombre.

—¡Vaya, vaya!, ¿quién te oyera, muchacho? Pero sigue siendo un problema, aunque no es el único al que la ha pasado algo extraño.

—¿En serio?

—No sé si considerarlo como algo fuera de lo común, pero el candidato ha ofrecido algo que a los demás miembros del Club les pareció suficiente y ya han buscado una forma de que el reparto fuera equitativo, hasta en eso quieren parecer diplomáticos; ya se han puesto de acuerdo sobre algunos de los puestos que van a repartir, las identidades y los votos, ya ha quedado todo bastante claro, pero me exigen que recupere los documentos y que mate a sus amigos.

—Y... ¿qué piensa hacer?

—No lo sé, no sé si tengo corazón para matarlos y, aunque encargar a alguien más parezca que me libera de la culpa, no lo siento así. Además, hay algo que no me cuadra desde el día en que me llamó para decirme que me estaban siguiendo y que, de hecho, sabían mucho acerca de lo que yo hacía; he tratado de percatarme más acerca de los coches que me siguen, que van de aquí para allá o siquiera se estacionan cuando yo lo hago; ¿recuerda al hombre que vino por la mañana?

—Sí, el vestido de militar.

—El muy infeliz me ha seguido el día de hoy, creo que sospecha algo; además, ese imbécil de Almirón pudo haber contado en el Club que los dos no terminamos en tan malos términos y que, una vez nos soltó, salió conmigo del restaurante. Me preocupa más, porque el desgraciado que me siguió vive cerca de aquí. Si se entera que está aquí adentro, ¿qué cree que los miembros del Club me harían?

—No lo sé.

—Me puse a preguntarme por qué me seguiría; quizá busca ganar indulgencias, poder o dinero —dijo Baquero.

—Quizá matarnos, si nos ve juntos.

—¡Sí que atrae los problemas, muchacho!

—Pudo sacar el dinero; si lo hizo, dímelo, lléveme afuera de la ciudad y me iré.

—No pude, el tipo ese me seguía; solo retiré un poco en un cajero, pero creo que eso no es suficiente, pero está decidido: apenas tenga lo suficiente, se irá.

—Me parece bien y creo que hasta ahora no se lo he agradecido lo suficiente.

—Bueno, tal vez no lo has hecho, porque hasta hace muy poco éramos enemigos —dijo.

CAPÍTULO 31

UNA VOZ CONOCIDA

Llegó el jueves; Baquero y Gabriel habían pasado juntos solo esos días y ya solo faltaba un poco de dinero para que Gabriel pudiese partir. Entonces, Baquero hizo la que consideraba su última jugada: contactó a un amigo suyo, periodista, para que se reuniera con ellos, Sara y Antonio, y tomara el lugar del otro periodista. Gabriel trataba de ignorar que sabía el día en que se reunirían, pero era inevitable, era ese día. Esperaba que llegara Antonio con sus manos vacías o que a su casa no llegara ninguna caja, pues eso implicaría que algo les había pasado.

Ya era la hora y el día de la reunión; allí se llevaría a cabo el plan, pues las directrices eran concisas para él, como si estuvieran impresas en su mente; no necesitaba testigos, así que trataría de perder al hombre que lo seguía. Antonio y Sara estaban ya en un salón amplio de un apartamento, propiedad de su amigo el periodista; allí se habían citado. Sara, para salir pronto del asunto, había accedido sin medir las consecuencias y mucho menos tomar las precauciones del caso. Estaban sentados allí, sin más, ansiosos, sin saber con qué podrían encontrarse.

El hombre que los había recibido había sido amable; Antonio quizá había atribuido esa amabilidad a la necesidad que tenía de la noticia que ellos traían; en él había encontrado familiaridad; aunque no sabía qué era, sabía que se parecía a alguien.

—Y bien... —había dicho el periodista, mientras tomaba una libreta.

—Para empezar, mi nombre es Antonio Baquero.

—¿Como el registrador? —preguntó.

—Exactamente, soy él: para que lo entienda, mejor, trate de no interrumpirme. —A medida que avanzaba el relato de Antonio, el hombre ponía cara de estupefacción al enterarse de las personas allí comprometidas, al darse cuenta del nivel de detalles que estos dos pseudoinvestigadores habían logrado encontrar. Aun así, sus gestos no podían describirse de otra forma que... exagerados. Parecía fingir las reacciones de forma irónica; Antonio terminó de narrar su historia y él les prometió redactar algo conciso, algo que pudiera servir para que la verdad saliera a flote; buscaría a las personas indicadas, prometió:

—Vamos a denunciar a los implicados —había insistido con la vehemencia de un político a mediados de un discurso, movía sus manos y era bastante expresivo—. Nada puede empañar nuestra democracia —había añadido en un momento, sin más.

Antonio, al fin entendió frente a quien estaban, miró a Sara de reojo, con la intención de que entendiera que debían salir de allí pronto. Ella no sabía quién era el hombre, pero Antonio estaba cada vez estaba más seguro.

—Pueden esperar un momento; esta charla creo que se debe cerrar con una buena taza de café. —Cuando se retiró, Antonio trató de explicarle quién era el hombre.

—Este periodista no nos ayudara, ¡vámonos!

—¿A qué se refiere? Apenas le narró la historia.

—Pero no tiene intención de ayudarnos.

—Y... ¿cómo lo sabe?

—Porque este solo es un impostor; su voz la he oído en la radio.

—O sea, que ya lo conocía.

—No en persona, pero la última frase que dijo hace un momento sí se la he oído varias veces.

—Entonces, sonó el timbre del apartamento y el periodista salió de la cocina y se dirigió a abrir:

—Disculpen, —les dijo—, espero una visita. —

Abrió la puerta y allí estaba Baquero, con un arma en la mano, y se dirigió a Antonio y a Sara:

—Van a ir ambos conmigo. Ambos van a subir adelante en mi coche, que está abajo. Antonio va a conducir y Sara se sentará en el asiento del copiloto. No intenten sorprenderme, ¿entendido? —Había sido una trampa, habían ido directo a una trampa—. Vamos.

Al abandonar el apartamento, Baquero le pasó, con discreción unos billetes al impostor de periodista y, después, los aludidos empezaron a caminar con dificultad. Bajaron hasta el estacionamiento y abordaron el coche, como Baquero les había indicado; luego, una vez sentado en el asiento trasero, guardó el arma y se dirigió a Antonio:

—Conduce a la casa de Sara; allí la dejaremos y, después, los dos arreglaremos esto; déjela en su casa y le aseguro que no le va a pasar nada malo, no solo a ella; no les haré nada, pero a cambio necesito algo. —Sara estaba silenciosa y pálida mientras oía la vibración de la voz en el asiento trasero— Me estoy encargando de que esto no tenga para ustedes otro final, pero necesito hablar contigo por un momento a solas y creo que podríamos resolver mejor toda esta situación.

Antonio, en medio de la desconfianza, pensaba que un cambio tan abrupto en un personaje como Baquero no era común, pero ahora tenía el dominio de la situación y no conocía los móviles que impulsaban este cambio repentino. Antonio condujo a través de la ciudad, sin prisa, aunque con una agilidad precavida, mientras pensaba que aquella situación era bastante

extraña, pues la solución que les planteaba Baquero quedaba, por ahora, fuera de su comprensión.

—¿Cuáles son las alternativas posibles para que arreglemos esto? —preguntó Antonio.

—Pues, de mi parte, no tiene que ver con matarlos, pero el resto déjame a mí. —Así, arribaron a la casa de Sara, que descendió del coche y, con su mente inquieta por lo que había sucedido, se dirigió hacia la puerta, pero antes le dirigió una mirada breve a Baquero, que le dijo:

—No le va a pasar nada; tranquila, pero ya no tendrás noticias de él.

—Y... ¿cómo sabré que estará bien?

—Solo le queda confiar; si no la he matado, que bien pude hacerlo, ¿por qué cree que la dejaría vivir? Ahora, vaya a su casa. —No la tranquilizaban sus palabras, pero al menos no estaban muertos, tras haber caído en la trampa que les habían tendido, que bien pudo haberse evitado, pero no había tenido el debido cuidado para pactar la reunión con el periodista. Ella había contactado al periodista, pero había aceptado cualquier término, con tal de salir rápido de todo, pero ahora ya nada podía hacerse, los errores se habían cometido y ya era algo irreversible, poco quedaba por hacer; había pensado en la posibilidad de la solución, pero se había cumplido un extraño presentimiento que la había acompañado desde hacía algunos días atrás. En cuanto a Antonio y Baquero, ya en otro sitio de la ciudad:

—Detén el coche —le dijo Baquero—. Antonio lo detuvo, pues dado el lugar y las circunstancias, no parecía un sitio peligroso para detener el coche allí. Baquero descendió de la parte trasera del coche y subió al asiento del copiloto y una vez allí, Antonio le formuló la pregunta:

—¿Me puede decir qué pasó con Gabriel?. ¿dónde está?, ¿qué le ha ocurrido? —Baquero le respondió:

—Él está bien, pero, por seguridad de todos, creo que lo mejor es no decir dónde está o dónde se ha ido, porque mucho me temo que podría buscarlo para proseguir con esta aventura puede exponerlos a un mayor peligro. Verá, quizá no recuerde quién soy yo, pero me ha traído un gran alivio saber que está vivo; quizá crea que solo fui yo quien decidió usurpar su identidad, pero todo este tiempo, al no saber si habían hallado su cuerpo, guardé esa secreta esperanza; ahora, lo necesito para solucionar esto de alguna forma, pero no será como quieren, pues eso va a resultarles imposible. Sí que lucharon, pero no era sino una utopía —le dijo—, pues aquí los muertos tienen más poder que los vivos y eso no lo van a cambiar.

—No logro entender lo que trama, ¿por qué le pagó a ese hombre que se prestó para que cayéramos en la trampa que nos tendieron?

—Le pagué por sus vidas, por la suya y por la de Sara; quizá él no dirá nada acerca de que ustedes estuvieron en su apartamento; inventará que tal vez evitaron ir o que intuyeron que

algo malo les pasaría si se reunían los dos en un mismo lugar; entonces, le pagué para poder sacarlos de allí sin que él dijera una sola palabra; ojalá el dinero le cierre la boca al respecto.

—Y... ¿cree que lo va a cumplir? Así como nos vendió como mercancía, por un mejor precio a lo mejor venderá al primero que lo compró.

—Espero que no. —Antonio, sin pensarlo, le preguntó:

—¿Cree que lo que hizo valdrá la pena?

—Para mí, sí, pues habré hecho algo medianamente correcto.

—¿No cree que, si se enteran los otros miembros del Club, lo van a matar?

—Sí que lo sé, pero espero que ustedes no me van a delatar y, si alguien sabe algo antes de que lo divulgue, ya habremos solucionado este lío, pero primero, si acepta lo que voy a proponer, tendrá que ceder a algunas de sus ideas para que pueda alcanzar un objetivo casi común: le daré una nueva identidad y dinero para que trate de rehacer tu vida, pero a cambio debo tener todos los documentos que han reunido y desaparecer, irse lo más lejos que pueda. Recuerde que le estoy salvando la vida a cambio de un precio casi inexistente; sé que lo que le propongo, podrías no aceptarlo, pero eso significaría casi firmar una sentencia de muerte. Acepte el trato que le propongo y podrá irse de aquí, comenzar una nueva vida con otro nombre, con algo de dinero y alejado de todo esto.

— Y... ¿qué pasará con Sara?

—Ya les había dicho que no le pasará nada; si quiere pensarlo, piénselo, pero no tiene mucho tiempo, aunque si se tratara de mí, lo aceptaría; basta tener dos dedos de frente para darse cuenta de que la situación en que se encuentra no es favorable y que sus adversarios van a superarlo en casi todos los planes que intente. Basta, —le dijo Baquero—, ya no arriesgue su vida y no siga arriesgando las vidas de los demás por tratar de volver a ser quien era, pues aquel ya no existe; con que recupere su identidad, no va a devolver el tiempo y mucho menos va a desaparecer el Club. Es más probable que muera en extrañas circunstancias, víctima de un suicidio o de un accidente de tránsito; una vez desaparecido, a pocos les importaría lo que significaba su nombre y el poder que tenía y, si vuelve, no tendrá el poder que tenía antes, no tendría ya el mismo valor. Váyase y comience una nueva vida, viva y trate de ser mejor persona, como yo estoy tratando de serlo ahora.

Y el muchacho, ¿qué hay de Gabriel?

—Le propuse el mismo trato; él es inteligente pero un poco emocional; trata de ser un apoyo casi en todo momento. —Esta era una descripción que Antonio reconocía en parte, quizá las mismas palabras que él utilizaría.

—Quisiera saludarlo y decirle que estoy bien. Entiendo que cometió un error, pero ¿quién no ha errado alguna vez en la vida?

—Entonces, se lo va a decir.

—No, no le diré nada; tampoco lo buscaré, si eso lo pone en peligro; tranquilo.

—Eso es lo mejor que puede hacer, alejarse y no tratar de buscarlo; yo lo ayudaré y procuraré qué no le pase nada. Ahora iremos a un banco; como ya me liberé de las personas que me seguían, podré sacar el dinero que necesito para ayudarles. —Llegaron a un parqueadero y Baquero se bajó y le dijo a Antonio que esperara en el auto. Una vez que pasó por el banco, tras unos minutos, que le parecieron eternos, Baquero regresó; tenía en sus manos un sobre de papel, bastante robusto, abrió la puerta del copiloto y subió:

—Tenga —le dijo—, esto bastará.

—Gracias. —Luego, Baquero sacó de la gaveta del auto una carpeta:

—Bien, le explicaré los pormenores de los retiros bancarios que deberá hacer con su nueva identidad. Busque entre estos documentos a alguien con una edad cercana a la suya o, si quiere, un poco más joven; no importa; lo realmente importante es que esa será la identidad y el nombre que llevará de ahora en adelante; las propiedades adscritas a esa identidad pasarán a sus manos y podrá disponer de ellas como quiera. —Antonio rebuscó entre un manojo de identidades; estaban bien separadas aquellas que servían para fines como ese, de dar amparo y dinero a alguien, de las que únicamente servían para votar. Halló, entonces, una que le agradó; no se parecía mucho al hombre en la foto, pero sería un homenaje al muchacho:

—Esta, —le dijo—. Gabriel Álvarez leyó Baquero:

—Es un gusto —le dijo, y le estrechó la mano.

—Ahora, lléveme por los documentos que guarda y, después, iremos a algún lugar para que tome un transporte. —No manejó demasiado; habían estado relativamente cerca, en auto, del lugar al que necesitaban ir.

La velocidad disminuyó tan gradualmente que casi ninguno había sentido la turbación propia del frenado; en el camino, Baquero le había explicado los pormenores de su nueva identidad y, sobre todo, cómo debía manejar el dinero y las propiedades sin levantar sospechas:

—Debe optar por conservar un perfil bajo, —le dijo. Así Antonio logró entender de una vez por todas los pequeños detalles que rodeaban aquel mundo de muertos. Y era cierto: quizá el entramado del mundo que habían construido bien podría alcanzar el mundo real, aunque le parecía una exageración lo que Baquero le había dicho, aquello de que en la ciudad había más muertos que vivos, pero el poder que tenían esos muertos bien podría superar el poder de los vivos: ¡vaya poder el que llega a detentar un burócrata!, pensó.

Y eso lo entendió, pues no podía negar que lo había avasallado ese poder, no sabía cómo había sobrevivido tanto y avanzado a ese nivel, con la magnitud del Club.

—Será un miembro del Club, aunque no será oficial.

—Es aquí —le dijo Antonio—, no para anunciar su llegada, sino para romper el silencio, pues veía que Baquero trataba de observar en una y otra dirección.

—¿Aquí? —preguntó, extrañado, Baquero.

—Sí, aquí; aquí me he estado quedando los últimos días; aquí guardo las pruebas que hemos reunido.

—Vaya por todo —le dijo.

—¿Me dejará ir solo?

—No me preocupa que huya; si lo hace, es más probable que muera; yo ya le ofrecí una salida y, si la deja, debería emprender de nuevo su camino. —Emprender ese camino era un riesgo; estaba solo y así no se decidiría por esa opción.

—Si quiere, vamos, entonces, para no perder las costumbres del villano. —Entonces entraron juntos a la edificación, caminaron uno detrás de otro hasta llegar a la habitación casi vacía, donde nada se veía especialmente llamativo.

—¿Esto es una trampa? —preguntó Baquero—, ¿dónde están los documentos?

—Allí —dijo, mientras señalaba el cielo raso. Luego, levantó una de las tapas:

—¡Vaya escondite! —exclamó Baquero. Luego, de bajar unas cajas, ambos caminaron de vuelta al coche, abrieron el maletero y las pusieron allí. Tal vez el leve parecido que tenían llevó a que el dueño del lugar creyera que era un familiar, quizá un hermano.

Una vez en el auto, Baquero al volante, le dijo:

—Le auguro una larga y próspera vida; la que le he hurtado ya vale muy poco; espero que nos volvamos a encontrar, y menos aún envueltos en este tipo de problemas. —Entonces, arrancó el auto y lo llevó hasta el terminal, donde podría conseguir transporte.

—Elija un destino lejano y bájese en cualquier lugar, a medio camino en el trayecto; así su rastro se perderá poco a poco y lo hará lo suficiente por si alguien se da cuenta de que sigue vivo o vea que está en algún otro lugar gozando esto.

Antonio se bajó del auto y se despidió de Baquero, de su identidad y tal vez de todo lo que había construido y de toda su investigación y su búsqueda, agobiado por la incertidumbre, pero aliviado porque, a la larga, por fin iba a tener algo de paz y se abría ante él un futuro, aunque fuera poco claro.

Sin nada en las manos, sin equipaje y solo con el dinero y algunos documentos, desapareció entre el gentío y decidió no volver la vista atrás para dejar lejos su pasado; Baquero lo vio desaparecer entre la multitud y suspiró quizá un poco aliviado, pues uno de sus problemas había terminado. Encendió el coche y, para no ir de regreso a su casa, condujo por la ciudad, entonces vio a su izquierda una floristería, se acercó a la acera y, desde el auto, pidió un ramo, pues su corazón le había indicado dónde debía dirigirse, en este tiempo de paz. Llegó al cementerio y, tras estacionar el auto, se bajó y con la destreza memorística de alguien que

evoca algo importante, encontró la tumba de su madre; allí puso las flores en una tumba que se veía marchita.

Luego, aunque no era tiempo de planes, tendría que terminar con aquello que había comenzado.

CAPÍTULO 32

UN BURÓCRATA EJEMPLAR

Baquero salió del cementerio y fue a su oficina; trató de mantener satisfechos a los miembros del Club; pensaba trabajar hasta tarde. Buscó una identidad nueva para Gabriel y una para sí mismo; por si acaso, para ambos buscó a alguien con riquezas suficientes para que pudieran acomodarse de nueva cuenta en un lugar lejano, tal como lo había hecho con Antonio; sentado en su oficina buscó aquí y allá algo que estuviese disponible y que no fuese codiciado; durante el transcurso de la tarde y la noche no dejó de hacer averiguaciones en su oficina, en los archivos, en páginas, en expedientes, dominado por aquel trabajo, para el que se veía sumamente preparado.

Tal vez jamás imaginó que tuviera el poder y mucho menos dominarlo con tanta destreza; lo había hecho todo tan a la medida de sus deseos, que no había pensado en que tuviese tantas formas de adelantarlos; trató de no hablar con otros miembros del Club y, como era hábil con el manejo de los recursos disponibles, no tardó en encontrarle una identidad adecuada a Gabriel y una para sí. Sin dilaciones empezó a trabajar con los documentos que estaban al alcance de su mano y solamente requerían su firma, que eran la gran mayoría de ellos; tomó un sobrecito en el que puso todo lo suyo y aparte lo que le entregaría después a Gabriel.

Buscó a un profesional para que fingiera que se había deshecho del cuerpo del hombre que tenía consigo las cajas que había recuperado; le pagaría bien. Baquero llamó a alguien por teléfono para decirle que había recuperado los papeles y se había deshecho del cuerpo del hombre que los tenía mediante un profesional:

—Ya recuperaré los papeles.

—¿Los tiene todos?

—Sí, ya; por otro lado, ya me he deshice del hombre.

—Me dijeron que también estaba involucrada una muchacha en el caso.

—En lo relativo a los papeles, solo era el hombre.

—¿Está seguro? No fue eso lo que oí.

—Sí, estoy seguro.

—Está bien.

—¿Qué debo hacer ahora al respecto?

—Es pertinente que, como ya tiene las identificaciones y los documentos que buscaba, que los disperse; el tiempo apremia; trate de no levantar sospechas y espero que no cometa otro error —le dijo una voz de alguien que parecía un anciano por el teléfono antes de colgar.

La diligencia de Baquero nunca había sido tan evidente; durante casi toda su jornada no dejó de hacer llamadas y de recibirlas, no dejaron los mensajeros de ir y venir con paquetes, con identificaciones, con documentos, con cajas bastante organizadas; Baquero ejercía su poder burocrático con tanta naturalidad que ya ni siquiera sentía presión al trabajar contrarreloj. Hacia el final del día, varias cajas se apilaron el asiento trasero de su auto; a pocas semanas de las elecciones, los muertos empezaban a viajar desde su oficina.

Gabriel, en casa, pensaba en ambos hombres:

—A la larga, —se dijo— no son tan diferentes; son amables en el fondo y se parecen mucho más de lo que uno pensaría. Quizá ser tan semejantes los tornó enemigos. —Acto seguido, oyó que el auto se detuvo en la entrada.

Había tratado de confiar en Baquero; en una situación normal hubiera sido una completa tontería, pero ahora dependía ahora de la ayuda de su enemigo, que en algún momento había querido matarlo. Ahora incluso Baquero le había ayudado a protegerse; la naturaleza de su pacto era extraña, pero veía que esa la única salida al lío en que se había metido y que había significado que debía irse.

Sintió que Baquero entró en la casa. Gabriel se abstuvo de referirse a la reunión; quería intuir, como si en eso fuera bueno, lo que había pasado en los gestos de Baquero, pero no pudo notar nada, no era tan sencillo hacerlo. Pronto así lo concluyó y aunque trató con cautela de captar algo de esa información, no consiguió nada.

—Es hora de cenar —le dijo Baquero, cuando se encontraron.

CAPÍTULO 33

UN BUEN CHEF

Baquero, que había querido evitar a Gabriel durante toda la tarde, había trabajado en su oficina hasta tarde, pero lo había conseguido a medias, pues este lo esperaba en casa; ya era casi la hora de dormir, pero lo remplazó por la hora de cenar, pues sentía hambre. Tras saludar a Gabriel, dijo:

—Cocinaré algo para cenar —y se dispuso a hacerlo, con buen ánimo. Apurado, pues, dispuso las cosas necesarias para preparar una cena, al menos, decente. Gabriel solo le vio poner las cosas sobre la mesa. Recoger agua en algunas ollas, ponerlas sobre el fuego y tomar algunos cuchillos; ¡cuán conocedor se lo veía y aquel que lo viera cocinar no opinaría diferente; sus movimientos ágiles superarían los de un cocinero regular, tenía algunos juegos de cuchillos especiales para utilizarlos en diferentes momentos de su desempeñarse como cocinero: delgados cuchillos, algunos acerados, algunos que le ayudaban en la labor de eliminar las cáscaras, otros muy comunes, pero, en suma, un gran juego, que usaba como todo un profesional.

Mientras fileteaba la carne, Gabriel le preguntó:

—Si decía que Almirón era quien se encargaba de esos trabajos sucios, significa que no has matado a nadie.

—No físicamente; tal vez adelantamos su muerte en una oficina, pero no he matado a nadie.

—Tras terminar de filetear la carne, se lavó las manos y dispuso los filetes sobre una sartén.

—Pero otros sí lo han hecho, digo matar a alguien, para robarle, luego.

—Sí —dijo, mientras esparcía algo de pimienta sobre los filetes—, no creerías el poder que han llegado a tener algunos miembros del Club—. Los filetes empezaron a sonar, mientras se freían en sus propios jugos. Por fin Baquero, trató de disuadirlo de sus preguntas y, a su vez, le preguntó:

—¿Cómo acabaron con Almirón y por qué lo hicieron?

—Fue en defensa propia, pues se atrevió a atacar a Bárbara y, en el forcejeo, se ha golpeado con un mueble.

—¿Está seguro que fue así?, pues parecía que lo habían golpeado con algo fuerte.

—No fue más que defensa propia, —insistió Gabriel—, atacó a Bárbara y Antonio y yo lo encontramos cuando lo hacía; no crea que fue fácil, —le dijo—: nos salvó un descuido suyo y que éramos dos contra él, aunque bien pudo matarnos.

—Le creo, pues sí que era partidario de utilizar la fuerza bruta y era un buen peleador. Entonces..., lo subieron al auto y lo llevaron de vuelta a su casa... —Gabriel se sintió incomodo, pues se refería a la muerte de alguien asesinado con naturalidad; así, entendió por qué Baquero le formulaba esas preguntas; lo que le decía era que los dos no eran muy distintos..., en el fondo.

—Sí, queríamos averiguar algo más y pensamos que en su casa hallaríamos más información.

—Y hallaron las cajas.

—Ni siquiera estaban en su casa, sino en la cajuela de su auto, pero decidimos dejarlo allí para evitar que el cuerpo lo hallaran en otra parte. —Entonces, hubo un silencio prolongado, pues para los dos resultaba incómodo referirse a esos temas.

Ahora, Baquero cortaba algunas verduras con un cuchillo común. Al golpetear del filo contra la tabla en la que cortaba lo seguía un sonido breve, como si allí no hubiera nada ni nadie más. Pronto vació lo que había cortado en una olla algo más grande. Al ver a Gabriel allí de pie y en vista de que la cena tardaría un poco, decidió prepararle un abrebocas.

Con el acerado cuchillo cortó algunas rodajas de pan; del refrigerador tomó alguna fruta y con un cuchillo común cortó algunos frutos más; después dispuso algo de mermelada sobre el pan y se lo pasó:

—Coma algo, mientras está la cena —le dijo. Se veía que disfrutaba con su labor en la cocina; allí, aunque sus movimientos bien podían ser mecánicos e intuitivos como los del burócrata de oficina, eran más decididos y elegantes, como los de un diestro cocinero. Gabriel tomó el pan, le dio una mordida y poco a poco lo comió.

Entonces, de pronto, algo entró por una ventana; se trataba de algo como un fragmento de ladrillo, con un papel amarrado. Baquero se agachó a recoger lo que habían lanzado:

—¿Ocultas a alguien? —decía en el papel arrugado.

Gabriel se dirigió corriendo a la ventana y a lo lejos vio salir la figura del hombre que los espiaba.

CAPÍTULO 34

LA JUBILACIÓN

Pasaron años del incidente; para Gabriel, la ciudad se hizo enorme; se dejó crecer el cabello y la barba para que nadie lo reconociera y empezó a rodar por el mundo, yendo de aquí para allá. Empezó a quedarse afuera de las iglesias y rondaba en los parques, en busca de dinero para comer de vez en cuando.

De a pocos, se fue convirtiendo en un vagabundo. Aún en su paladar, cada vez que comía algo dulce se sentía como aquella última vez que alguien, a quien creyó un amigo, le preparó algo: ¡ah, qué buen cocinero era aquel!

La gente lo toma por algo menos que un loco y resulta que él mismo no se toma como menos. Temprano en la mañana camina hasta afuera de una iglesia y, después, estará de camino por la ciudad.

Una mañana de febrero vio a un hombre que le pareció familiar; aquel bien podría haber sido Antonio, pero...

—Él está muerto —se dijo y solo lo vio de lejos. Parecía que era un vendedor:

—Él, al parecer, tampoco tiene mucho que digamos —se dijo y se alejó. Una mujer, a lo lejos, gritó:

—Gabriel —ambos giraron su cabeza y, luego, cada uno siguió su camino.

—¡Vaya, el hombre también se llama Gabriel! —exclamó.

Un día llegó a sus manos un fragmento de un periódico; allí se anunciaba que el registrador se jubilaría, tras años de hacer una gran labor. El funcionario se llamaba Antonio Baquero y allí había una fotografía.

—Está claro que este no es el Antonio Baquero que conocí, —se dijo—; yo conocí a dos con ese nombre y este no se parece a ninguno de los dos.

Respecto al candidato, se diría que fue un poco menos intrincado el asunto, aunque se resolvió de forma más ágil; aún no se avecinan consecuencias para nadie; aquel que buscaba los votos solo respondía al nombr...